
UN
REINO
OSCURO
ELA VALDECÁN

Un Reino Oscuro

Tomo III: Trilogía de las Cenizas y la Corona

Este libro es para todas aquellas que habéis llegado hasta aquí. Gracias por acompañar a Genoveva en este viaje del héroe y por ayudarme a mí a cumplir este sueño loco que persigo desde la infancia.

Este libro está aquí gracias a cada comentario, a cada valoración, a cada Me gusta en redes. Sois las alas de mis letras.

A seguir peleando.

Este libro ha sido corregido por Cristina Saavedra
IG: @_cristina_saavedra_

1. Tres traiciones

He sido traicionada tres veces.

Una por cada hombre que he amado.

Y la última va a costarme la vida.

El primero fue mi padre, que convocó a un Heraldo del mismísimo infierno para asesinarme. Su posterior arrepentimiento no le exime de culpa; no reparó el daño, solo lo agravó: alquimia, pactos oscuros, secretos... esas son sus consecuencias, las que me han empujado hacia este desenlace sin remedio.

Me educaron bajo la férrea creencia de que por el trono había que sacrificarlo todo, sin saber que yo misma había sido el primer sacrificio. Porque mi padre no dudó: eligió salvar la corona, aun cuando el precio era mi sangre. Cuando el velo cayó y la verdad se reveló, comprendí demasiado tarde que la familia no siempre es refugio, sino, a veces, el primer campo de batalla.

El segundo llegó cuando mis grietas ya estaban abiertas. Se presentó como apoyo en un mundo que se había vuelto demasiado grande y yo, demasiado pequeña para seguir sin ayuda. Disfrazó su ambición bajo gestos de protección, bajo una ternura medida y complaciente.

Yo estaba sola y se valió de esa vulnerabilidad. Perseguía una empresa desmesurada, un abismo que exigía partirme en dos, y él lo sabía. Me ofreció guía, conocimiento y apoyo cuando me derrumbaba; pero no supe interpretar sus silencios ni detectar las fisuras en el personaje que había construido para mí. Me hizo creer

que caminaba a mi lado cuando, en realidad, me conducía hacia el lugar exacto que necesitaba que ocupara.

No me obligó a nada, y eso fue lo más cruel.

Me dejó elegir… dentro del sendero que él mismo había trazado. Confundí su vigilancia con cuidado, su cercanía con lealtad, su paciencia con amor… Y cuando vi la verdad, ya estaba atrapada en una red tejida mucho antes de que creyera haber tomado la primera decisión.

Así he aprendido que no toda traición llega con sangre. Algunas lo hacen con una mano tendida, una voz suave al oído, una promesa de que no caminarás sola…

Por el tercero lo perdí todo.

Por él abandoné a mi familia, el trono y el destino que me aguardaba bajo la reluciente corona del Oeste. Por él me interné en una marcha hacia la muerte vestida de esperanza. Descendí a los infiernos convencida de que su condena era culpa mía, de que había pagado con su eternidad y su cordura el haberme salvado.

Me hizo creer que se había sacrificado por amor. Me dejó cargar con ese peso para convencerme de que amarle significaba no permitir que se consumiera solo.

Y lo hice.

Le amé con todo lo que era. Con una fe ciega y feroz, capaz de mover montañas. Creí en cada palabra, en cada gesto contenido, en cada silencio… Creí que me esperaba, que resistía por mí.

Sin embargo, el amor que se ofrece como salvación puede ser también la forma más cruel de traición.

Cuando abrí las Montañas Rocosas para penetrar en las Tierras Baldías, cuando renuncié a todo lo que era para convertirme en alguien dispuesto a no regresar, comprendí que no había sido yo quien lo había arrastrado a la oscuridad, sino que había sido él quien me había guiado hasta ella.

Y, aun así, incluso ahora, recordar su engaño duele más que cualquier herida, porque no hay traición más honda que la que se disfraza de amor… y no hay mentira más eficaz que aquella que deseamos creer con todas nuestras fuerzas.

He sido traicionada por los tres únicos hombres que he amado, y cada uno de ellos me ha enseñado una forma distinta de perderlo todo.

Ahora me encuentro colgada del techo por decenas de cadenas negras que tintinean cada vez que me muevo. La mitad de mi vitalidad pelea una cruenta batalla lejos de aquí, y esta debilidad me impide concentrarme en la sangre para conjurar.

He perdido la noción del tiempo. Las horas, o los días, se han disuelto en una espera lenta, pastosa, sin principio ni final. No sé cuánto falta para el desenlace, pero no creo que mi cuerpo resista mucho más.

Aguardo el final con una calma que me resulta ajena. Me lo han arrebatado todo, incluso el temor a morir. Solo hay una cosa que duele más que este destino, y es dejar atrás a mi hermana, a la dulce Camila.

Pienso en ella, en su fragilidad, en la certeza de que quedará desprotegida en esa tierra hostil y fría, y algo dentro de mí se resquebraja sin remedio. Todo comenzó para protegerla y todo termina sin haberlo logrado.

Las cadenas entrechocan con mi ataque de tos. Apenas tengo fuerzas para volver a tomar aire. Me ahogo.

Al principio creo que es una alucinación por la falta de oxígeno, pero luego los pasos se vuelven más nítidos, retumban entre las piedras y los huesos de aquella catacumba. Levanto la cabeza con esfuerzo, justo a tiempo para ver la luz de la antorcha que irrumpe en mi celda.

Bajo la llama, distingo las facciones marcadas de Akhir. Y hay algo más: en su mejilla brilla un sigilo de oro. Un símbolo antiguo, preciso, cruel en su significado. La marca de su triunfo… y de su traición.

—Por fin lo has conseguido —murmuro, con una sonrisa exhausta —. Tu plan ha salido a la perfección.

Escupo veneno con cada sílaba.

Él no responde a mi desprecio. Ni una palabra.

Las cadenas se aflojan de golpe. Caigo contra el suelo y el impacto me arranca un gemido. Me aferro a las piedras del suelo, pero no

tengo fuerzas para resistirme. Akhir me toma del brazo y me arrastra sin esfuerzo.

La rugosidad de la roca rasga mi ropa y me araña la piel. Mi sangre deja un rastro oscuro a nuestro paso.

Atravesamos los pasillos del castillo negro. Veo las columnas sucederse, altas, delgadas, imposibles… abrazaderas que sujetan antorchas que brillan con luz negra. Arrojan sombras que se escabullen y reptan por las paredes como si tuvieran vida propia.

A mi alrededor, todo está borroso.

El suelo desciende en amplias rampas pulidas por siglos de tránsito, de pasos que no pertenecen a hombres sino a sombras. Se suceden varios salones en los que sus puertas se abren sin ser tocadas, gimiendo como criaturas heridas.

Todo es negro. Suelos, paredes, marcos de ventanas, muebles… Es como estar enterrada bajo tierra.

Mi cuerpo se balancea, inútil, sostenido por una mano implacable que me arrastra hacia el final. La mano que un día deseé que recorriera mi cuerpo, que lo acariciara con avidez, ahora me entrega a mi verdugo. Es una ironía que duele más porque nace de un sentimiento hermoso que se corrompe.

La escasa luz que domina el ambiente se apaga un poco más y presiento que hemos llegado al corazón del castillo, al lugar donde todo converge.

Me arroja al suelo.

Las baldosas son negras y blancas, pulidas, como un tablero de ajedrez gigante.

Alzo la vista.

La luz, teñida de esa pátina rojiza que riega las Tierras Baldías, entra ahogada por unos largos y estrechos ventanales ubicados detrás de un trono monstruoso. Sobre mí hay una figura oscura, pero estoy demasiado débil para distinguir formas en el interior de aquella masa negra. De todas maneras, no necesito verla con claridad para saber de quién se trata.

Se inclina sobre mí con la indiferencia de alguien que observa una cucaracha, pero no se acerca demasiado. Quizás hay algo que aún teme…

—Heredera del linaje de Aethyron —su voz parece surgir de las entrañas de la tierra—, gracias por tu sangre.

El cansancio y la falta de vitalidad me impiden reaccionar. O quizás, una vez perdida toda esperanza, la nada sea la única reacción posible.

—Procede.

Siento que Akhir se me acerca.

Se arrodilla frente a mí y me giro para mirarlo. Hubiera preferido no hacerlo, no quiero que su rostro sea lo último que me lleve de este mundo. Pero lo hago para que mis ojos sean lo último que él recuerde de mí; que contemple en este espejo de mi alma el rastro de ceniza y ruina que ha dejado su engaño.

El sigilo de oro reluce un segundo a la luz incierta mientras aparta su mirada.

Cuando el filo del cuchillo roza mi cuello y el dolor estalla, pienso, con una claridad cruel, en el camino que me ha traído hasta aquí. En cada decisión tomada por lo que creí que era amor, en cada sacrificio… en cada paso hacia mi condena creyendo que era salvación.

Y mientras mi sangre comienza a derramarse sobre el tablero como una pieza que abandona la partida, comprendo que esta historia no empieza con mi muerte.

Comienza mucho antes.

2. Una herida abierta

La refriega termina al caer la tarde.

Cuando extraigo la espada del pecho de la última monstruosidad que he derribado, estoy exhausta, cubierta de vísceras y fluidos vitales que huelen a azufre y a descomposición.

Me dejo caer bocarriba en el suelo para recuperar el aliento. Mi pecho sube y baja con violencia, mientras contemplo el abismo rojo que se extiende sobre mí. Hasta el cielo es distinto allí.

No solo criaturas abominables han salido de la grieta que abrí en las Montañas Rocosas. Las Tierras Baldías han expulsado una bocanada feroz de vapor de materia, como si hubiera descorchado un recipiente sellado durante siglos. Ahora, esos gases tiñen el cielo de un carmesí amenazador.

He creído enloquecer al respirar aquel aire de materia putrefacta. La visión se me tiñó de rojo y una furia implacable se apoderó de mí. No distinguía amigos de enemigos. Derribé cuerpos sin control, hostigada por una fuerza oscura que me susurraba palabras de muerte al oído y me impedía pensar con un mínimo de claridad.

Durante un instante, vi el rostro de Trash deformado por los vapores y lo confundí con una criatura del otro lado de la Grieta. Me lancé a por él, pero otro demonio se interpuso en mi camino y eso frenó mi espada. Si no… no sé qué hubiera pasado.

No dejo de darle vueltas.

La materia de estas Tierras es veneno para mi voluntad.

Lo peor de todo es que tengo la sensación de haber disfrutado de esa violencia. Matar por el simple placer de hacerlo.

Meneo la cabeza para alejar de mí esos pensamientos.

Por suerte, Vaerion comprendió enseguida lo que ocurría y conjuró un escudo frente a mi rostro. Ahora respiro aire filtrado, y la presencia de la materia solo es un cosquilleo incómodo en la base del cráneo.

Cierro los ojos y trato de silenciar los sonidos del campo de batalla tras la matanza: gemidos, últimos estertores, espadas concediendo indulgencia a los caídos… mi propio ruido interior es suficiente para ahogar cualquier estímulo externo.

Aunque la calma apenas dura un instante. Una sombra cubre la luz sobre mis párpados.

—¿Estás bien?

Suspiro. Abro los ojos.

Las vetas plateadas del Ancestral me recorren con lentitud.

Me tiende la mano y me ayuda a incorporarme. El estado del campo de batalla sigue siendo un caos: soldados yendo y viniendo sin orden, sanadores buscando supervivientes, guerreros recuperando armas entre los cuerpos…

—Me duele la cabeza. —Me toco la parte superior de la nuca, allí donde se ha instalado el dolor punzante.

—Es el efecto de esta materia. Yo también lo siento. —Señala el escudo frente a mi rostro—. Con esto estás mejor, ¿no es cierto?

Asiento.

—¿Durará? —Me quito el yelmo con forma de águila y me aparto de la frente los mechones blancos, sudorosos.

—Es un perpetuo —aclara—. Se mantendrá, aunque yo caiga.

Vuelvo a recorrer con la mirada el campo de batalla. La luz del atardecer baña la carnicería con tonos naranjas… y no deja sombras. No lo encuentro, y el pulso se me acelera al pensar que pueda haber caído.

Vaerion se da cuenta de lo que pasa y los músculos de su cuello se tensan bajo la coraza. Su mirada se endurece.

—El Heraldo está en retaguardia, con los arqueros —dice, apretando los puños; su honor le impide callarse—. Les ha ayudado

a prender las flechas.

Asiento para agradecerle las indicaciones y lo dejo atrás.

—Sus ojos vuelven a ser dorados —dice a mi espalda, como si no me hubiera dado cuenta—. No puedes fiarte de un Heraldo de ojos dorados. Puede que la Sombra que conociste ya no siga ahí.

No respondo. Sé que habla por despecho, pero sus palabras no están desprovistas de verdad. El Akhir que me salvó la vida tenía una fisura roja en su iris dorado, un resquicio por el que se colaban restos de algo parecido a sentimientos. El Heraldo que ha estado a una estocada de matarme no tiene grietas en su iris.

Una congoja me sacude el pecho.

¿Para qué he venido hasta aquí? ¿Por qué he luchado contra los dioses y contra mi destino por alguien que no me necesita?

Reprimo las ganas de llorar y trato de silenciar estos miedos, esta incertidumbre, porque sé que Vaerion, detrás de mí, es capaz de presentirlos, de traducir mi estado de ánimo. No quiero darle el gusto de tener razón. No todavía.

Distingo su aura mucho antes de acercarme. La luz mengua a su alrededor, las tinieblas la devoran.

Su rostro está manchado con la sangre de los soldados que ha matado antes de encontrarme. Después, ha cambiado de bando y se ha retirado para ayudar a nuestros arqueros. Eso debe significar algo.

Tiene que hacerlo.

Un hormigueo recorre mi estómago. Han pasado tantas cosas desde nuestro último encuentro que parece que hubiera sucedido en otra vida. Sin embargo, dentro de mí late muy fuerte el eco de sus últimas palabras, de una despedida que me dejó con el alma rota y el anhelo de este reencuentro.

Repaso una y otra vez lo que voy a decirle. He imaginado esta escena tantas noches que casi podría jurar que lo hemos vivido. En mis pensamientos siempre hay alivio. Siempre hay un brillo de esperanza en su mirada cuando me ve aparecer entre la bruma.

Ensayo su nombre en silencio.

Akhir…

Él camina hacia mí ajeno al caos que resuena a nuestro alrededor. Lo hace sin prisa, despreocupado. No se acerca como alguien que regresa. Su serenidad me hiere porque yo contengo el impulso de correr a su lado y abrazarlo.

Cada paso que doy hacia él es una tortura. Tengo miedo de la posibilidad de que no me reconozca, de que su mirada me atraviese como si fuera una desconocida, de que todo lo que he sacrificado, corona, hogar, honor… haya sido por un hombre que ya no existe.

Se detiene a dos metros de mí. A un abismo de distancia. Sus ojos dorados me recorren con curiosidad, como si fuera la primera vez que nos vemos.

—Has cambiado.

Su voz… esa que tantas veces he escuchado en sueños, esa que tantas veces he soñado con oír, penetra en lo más profundo de mi ser y remueve cada átomo. Me hace temblar.

—Tú también. —Allí, a las puertas del mismísimo infierno, en los confines del mundo, no me atrevo a dar un paso más hacia él. Me siento ridícula—. Creí que estabas en peligro. Todo esto… —hago un gesto torpe con la mano—, es por ti.

Eleva una ceja con incredulidad. Es un gesto tan suyo que la nostalgia me invade. Puede que sus ojos hayan cambiado, pero su esencia permanece.

Me observa en silencio. No encuentro en su mirada el alivio que esperaba encontrar. Es como si me viera desde una distancia que no sé cómo acortar.

—No era necesario.

Sus palabras me aplastan.

El ruido del campo de batalla se atenúa hasta convertirse en un zumbido lejano. Las voces, los pasos, el metal… todo pierde contorno. Solo permanece su mirada, fija, impasible. Dorada.

Todo lo que quería decir, la confesión que llevo guardando dentro desde que partí de Lirien, se reduce a cenizas.

No era necesario.

Recuerdo lo que he sufrido para llegar hasta aquí. Las veces que puse mi vida en juego hasta perder la cuenta. El miedo constante a

no estar a la altura, a no merecer este momento. La culpa, áspera y persistente, por desear lo que no debía, desgarrándome por dentro. Y las huellas de la devastación, marcadas en mi pelo y en mi piel, como precio por abrir un camino hacia él… todo se reduce a una decisión unilateral que él no pidió.

Trago saliva, pero la garganta está seca.

Doy un paso hacia adelante. Me niego a pensar que todo este esfuerzo haya sido en vano, que todo lo que siento por él no encuentre respuesta… que salir de las Tierras Baldías nunca haya sido parte de sus planes.

Me ahogo.

—Akhir…

Él retrocede y levanta una mano, por si la distancia entre nosotros no fuera barrera suficiente.

Aprieto los dientes. Siento la mandíbula tensarse hasta dolerme. Me obligo a mantenerme erguida, a no derrumbarme, aunque el pecho me arda con una presión insoportable.

Me doy la vuelta por orgullo.

Respiro hondo, pero no grito. No lloro.

Me trago la ira como he aprendido a hacer siempre. Una reina no puede mostrar sus emociones, no pueden verme perder el control, aunque si me quedo sin hacer nada un segundo más, si no encuentro algo que duela lo suficiente como para acallar estos pensamientos, voy a estallar y a ceder a la furia.

Y ahora mismo no me puedo permitir hacer eso.

Cuando descorro la tela e irrumpo en la tienda de Vaerion, el vapor me envuelve de inmediato. El aire es espeso, tibio, cargado de olores que aún no han sido eliminados por el agua caliente. Él está sumergido en una bañera portátil, la cabeza ladeada y los ojos cerrados. El agua oscura arrastra restos de sangre y de fluidos que el Ancestral llevaba adheridos al cuerpo tras la batalla. Su piel, llena de hematomas y cicatrices, brilla bajo la humedad.

Levanta la cabeza al sentir mi presencia. En su mirada se mezclan el asombro y una especie de victoria contenida.

Me acerco despacio, pero con determinación. En cada paso, temo que se levante y se aparte, que repita el gesto de rechazo que todavía me duele. Pero no lo hace. Me permite llegar hasta él mientras sigue con atención mis pasos con sus vetas plateadas.

Rodeo la bañera y me detengo a su espalda. Contemplo su ancha musculatura y percibo cómo su respiración se acelera cuando mis manos se posan sobre sus hombros con firmeza. Las deslizo por su pecho, sin prisas, y las sumerjo en el agua. Está tibia.

Él tensa la espalda. Contiene el aliento. Yo acaricio con mis dedos sus cicatrices: el cuello, los hombros, el pecho… y, dentro del agua, por encima de sus abdominales, su cintura, su miembro, que ya me espera. El agua se agita.

—Esto es por despecho —dice, con la voz quebrada por el esfuerzo de contenerse.

No necesita preguntar. El conjuro que me ata a él le permite adivinar lo que siento.

Mi mano no se afloja. El movimiento no se detiene.

—¿Te importa? —No me molesto en mentir. No serviría de nada.

Hay un segundo de duda en el que cierra los ojos y se permite solo *sentir*.

—No —responde al final, con un gruñido que es más salvaje que racional.

Se gira y, de pronto, soy yo la que pierde el equilibrio. Me toma sin delicadeza, con la urgencia de quien lleva meses aguardando este momento, y me sitúa sobre él, con mis rodillas apoyadas en la bañera, a ambos lados de sus muslos, mi sexo en contacto con el suyo, pero con la ropa como barrera. Aun así, puedo sentir su calor, su bravura.

Nos besamos. Su lengua busca con avidez la mía mientras sus manos mojadas se cuelan por debajo de mi jubón y lo rompen. Cae desgarrado sobre el agua turbia que nos envuelve y desaparece.

No hay ternura. No la busco y él lo sabe.

Se detiene un segundo a observar mi desnudez, a recorrer cada centímetro de mi cuerpo que sobresale de la lámina de agua, ahora cubierto de complicados tatuajes. Pasea sus dedos sobre las dos cicatrices de mi costado sin delicadeza.

Estoy demasiado excitada para sentir vergüenza. Luego su boca sigue el camino que le han marcado los ojos.

Me incorporo para quitarme los pantalones, pero él no puede esperar. Los desgarra con la misma urgencia que el jubón. Sus dedos me buscan, me acarician con la premura y la fuerza justa.

Gimo.

Me aferro a él para no desmoronarme, como si el contacto de nuestros cuerpos pudiera acallar el nombre que me quema por dentro.

Y al fin me penetra.

El agua salpica. El vapor nos oculta. Jadeo entre respiraciones entrecortadas mientras la furia compartida encuentra salida en nuestro movimiento. Brutal. Salvaje.

Cuando todo termina y el placer sacude cada terminación nerviosa, cierro los ojos y dejo que esa sensación me acune… mientras deseo que el mundo entero desaparezca.

Sin embargo, no lo hace.

Me alzo y dejo atrás el calor de su pecho. Sus ojos plateados siguen cada uno de mis movimientos, pero no me detiene. Permite que salga del agua y me alcanza su camisa de lino negra, sin mirarme.

Me visto. La tela cae por debajo de mis muslos.

No hay preguntas innecesarias sobre adónde voy o peticiones incómodas como quédate. Lo único que Vaerion me dice cuando salgo de la tienda es: ten cuidado ahí fuera.

El aire exterior me golpea, caliente, y siento la piel aún sensible bajo la camisa. Camino unos metros sin rumbo fijo, con la cabeza bullendo de pensamientos intrusivos que no me dejan concentrarme en lo que verdaderamente importa.

De pronto, el olor putrefacto de la materia descompuesta se vuelve más evidente y, al alzar la vista, contemplo el desfiladero ante mí. Profundo, estrecho. Una grieta contra natura abierta en la carne de las Montañas Rocosas.

Es mi marca. Mi herida. Mi grieta.

Recuerdo el instante exacto en el que la roca se separó. La presión insoportable en las sienes, la sangre fluyendo más allá de mi cuerpo.

Pensé que no lo conseguiría, que la fuerza de su naturaleza me aplastaría antes de partirse, que la materia que consumí se agotaría antes de completar el conjuro. Y algo en mi interior se desgarró con el mismo sonido con el que las cumbres empezaron a separarse.

Ahí está, el conjuro perpetuo que he firmado con mi sangre y contra mi vitalidad. El pago está implícito en la pérdida de color de mi pelo, en cada centímetro de mi piel cubierta de tatuajes.

Me detengo en el borde de la roca y apoyo una mano sobre su superficie. Está tibia. Recuerda todavía el esfuerzo de abrirse en dos.

Abrí este camino convencida de que era la única forma de salvarlo, y ahora lo contemplo sin saber si lo que hice fue una proeza o una imprudencia colosal.

Las Montañas Rocosas eran frontera, límite, advertencia, y yo decidí que ningún obstáculo debía interponerse a mis deseos.

Respiro hondo.

La materia cosquillea bajo mis dedos y me despeja la mente del ruido.

No era necesario.

Me rodeo el cuerpo con los brazos y me permito un momento de debilidad. Lloro en silencio, permitiendo que la angustia salga, que afloje el nudo que me aprieta la garganta.

He cruzado medio continente, he expuesto mi alma a oscuridades que no creí que pudieran existir, me he roto en mil pedazos entre la culpabilidad y el deseo… y no ha servido para nada.

El desfiladero se extiende ante mí. Abrupto. Amenazador. Sus picos se alzan centenares de kilómetros sobre mi cabeza y el final no se alcanza a ver. Puede que atravesarlo conlleve más de una jornada de caminata.

Doy un paso atrás, alejándome del límite.

Todavía no sé qué hacer, qué decisión tomar. Lo único que tengo claro es que lo he arriesgado todo para abrir un camino hacia el infierno y ahora no tengo motivos para cruzarlo.

Y el problema es que lo que hay dentro sí tiene razones para salir.

Una sombra se mueve detrás de mí. Al volverme, se me encoge el corazón durante un instante al pensar que se trata de Akhir.

—Buenas noches —saluda Méntor.

—Aún no he tenido tiempo de darte las gracias.

Su porte es parecido al de Akhir, pero la barba negra es más poblada y luce una cicatriz alargada por debajo del ojo.

—El agradecido soy yo por que me hayáis permitido formar parte de vuestro ejército. —Hace una leve inclinación de cabeza y el brillo de sus ojos desaparece un segundo.

—¿Cómo podéis estar aquí? —pregunto—. ¿El Señor Oscuro no os… reclama?

—Constantemente.

Se despoja del brazal y me muestra la piel desnuda de su antebrazo. Sus venas forman un mapa rojo. Abultadas. Latentes.

—¿Duele mucho? —La pregunta es estúpida, pero es lo primero que me viene a la mente.

—Como si me estuviera quemando por dentro.

Vuelve a colocarse la armadura sobre el brazo.

—¿Tan seguro estás de que ganaremos?

—Nunca vi al Señor Oscuro anhelar un alma con tanta desesperación como la vuestra —responde—. Para mí, eso es suficiente.

Me vuelvo hacia la montaña. Sus picos afilados despuntan en el cielo rojizo. Es solo un anticipo de la amenaza real que nos espera al otro lado de la Grieta.

—¿Y qué os ocurrirá si le derrotamos? —La pregunta no es por él.

Se encoje de hombros.

—Lo peor que nos podría suceder es que volviéramos a sentir.

—¿Tan malo sería eso?

Sonríe, condescendiente.

—Nadie acepta convertirse en Heraldo Oscuro por gusto —dice—. Es una vida solitaria, en una tierra demencial, a las órdenes de un amo cruel. Si estamos aquí, es porque lo que hemos dejado atrás es aún peor.

Dudo en preguntar, aunque la curiosidad puede más.

—¿De qué huyes tú?

—Asesiné a mi mujer y a mi hijo —dice, sin mostrar la más mínima turbación—. Fui uno de los mejores archimagos del Reino del Este y llegué a dirigir los Altos Tribunales de Alquimia. Sin embargo, la

materia me obligó a elegir entre ella o mi familia. Y ya sabes por qué me decanté.

No parpadea al decirlo. No titubea.

Me quedo callada. No sé qué decir. No tanto por el horror de lo que acaba de confesar sino por la forma de hacerlo. Sin emoción, sin atisbo de remordimientos. La sentencia cae entre nosotros con la misma naturalidad con la que otros mencionarían una cosecha perdida o una mala decisión política. Esa es la fuerza de la promesa del Señor Oscuro. Da igual lo que hayas hecho, la afrenta a los dioses que hayas cometido, él te permite avanzar sin necesidad de rendir cuentas.

Méntor contempla la grieta como si la escena estuviera proyectándose allí dentro.

—Me mostró un mundo perfecto donde todo encajaba: el conocimiento sin límites, mi talento como eje que vertebraba el mundo… —Sus venas, bajo la piel del cuello, palpitan con un rojo intenso—. Solo tenía que soltar aquello que me lastraba. Extirparlo y asegurarme de que no volvía a desconcentrarme.

Guarda silencio. No hace falta decir nada más.

—Espero que la victoria caiga de nuestro lado —digo al fin, emprendiendo el camino hacia la tienda.

—Yo también.

3. Donde empieza el silencio

En realidad, el campamento no duerme. No se puede descansar en la frontera con el Fin del Mundo. Hay siempre un turno de soldados haciendo guardia a los pies de la grieta.

Algunos fingen conversar en voz baja para engañar al miedo. Otros permanecen en silencio, con la mirada fija en la hendidura negra de la montaña, esperando que algo emerja en cualquier momento. La Grieta respira, exhala un vapor denso que se cuela entre las tiendas como el aliento de un gigante.

La materia descompuesta huele más fuerte de noche. Durante el día, el movimiento del campamento distrae, pero en cuanto el sol cae y las voces se atenúan, el olor a hierro oxidado y a carne podrida se vuelve más evidente. Se adhiere a la lengua. A la piel. A los pensamientos.

Un soldado joven permanece apostado frente al desfiladero. No debe de haber cumplido los veinte. Aprieta la lanza con tanta fuerza que los nudillos se le han vuelto blancos. Teme ser el primero que anticipe la amenaza.

Atravieso la zona de tiendas, serpenteando entre las telas gruesas que se agitan como fantasmas. Hay suficiente luz en el interior de algunas de ellas para que pueda caminar por el campamento sin necesidad de antorcha. Las sombras se proyectan deformadas sobre la tela, figuras alargadas que se mueven con el ritmo de espectros inquietos.

En mi tienda brilla la luz de las llamas. Alguien ha dejado lámparas de aceite en diferentes ubicaciones estratégicas para que el interior no se me antoje tan desolador. Como si fuera sencillo olvidarse de dónde estamos.

Las apago y me meto en el lecho de pieles con la camisa de Vaerion aún puesta. Reconozco su aroma y temo echarle de menos…

La tela de la entrada se abre y la luz del día incide sobre mis párpados cerrados. Mi cuerpo reacciona de inmediato. Se tensa.

Me incorporo y pongo la mano a modo de visera para luchar contra el deslumbramiento.

A contraluz, es solo una silueta; pero reconozco su aura, su manera arrogante de caminar.

—Me gustaría hablar contigo.

Akhir se detiene en mitad de la tienda. Se ha vuelto a poner la armadura, o tal vez haya dormido con ella.

Yo aguardo sentada en el lecho, con las pieles cubriendo mis piernas desnudas y la camisa de Vaerion ligeramente desabrochada sobre el pecho.

Él baja la mirada un instante, no sé si por pudor o por otra cosa.

—Ayer fui… demasiado directo —dice—. No era mi intención herirte.

Es lo más parecido a una disculpa que he oído de su boca, y me aterra porque el Akhir que yo conocí jamás se habría disculpado.

—¿Y cuál era tu intención? —La pregunta sale más áspera de lo que pretendía.

Me sostiene la mirada, ajeno a mi malestar.

—Dejar las cosas claras desde el principio.

La contundencia del golpe me bloquea.

Me levanto despacio. Ya no me importa estar medio vestida, pero soy incapaz de quedarme un segundo más en el lecho cuando me están vapuleando.

—Ya es un poco tarde para eso, ¿no te parece? —Intento controlar la rabia, aunque mi tono está impregnado de ella—. Cuando te marchaste de Lirien…

Gira la cabeza y cierra los ojos. No quiere escucharme y yo prefiero no seguir.

—Tus ojos… —digo finalmente—. ¿Dónde está el rojo? ¿Dónde está el resultado del sacrificio que hiciste por mí?

Entonces, su resplandor dorado se desvía. Me evita un instante antes de responder.

—No es relevante —responde después del titubeo.

—Lo es para mí —replico—. Sobre todo ahora, que ya no veo nada de ti ahí dentro.

Akhir se queda quieto, demasiado inmóvil. Solo su respiración le agita levemente el pecho.

—He hecho un nuevo trato. —No hay emoción en su voz. Ni orgullo, ni vergüenza, ni arrepentimiento—. Era la única manera de sobrevivir.

Las palabras se quedan suspendidas entre nosotros con un alcance que todavía no comprendo del todo.

Mi mente empieza a rellenar los huecos sin que yo me dé cuenta, y me enfurezco con él por no haber tenido fe en mí, por no creer que vendría a buscarlo; pero también conmigo misma, por haberme creído las visiones sobre su agonía que la materia proyectaba en mi cabeza.

Ahora descubro que decidió salvarse sin mí.

—¿Has hecho un trato… con Él? —Miro más allá de la entrada de la tienda, hacia el lugar donde las Montañas Rocosas se han abierto para formar un camino al interior de las Tierras Baldías.

Akhir no responde de inmediato. Su silencio no es desafiante, tan solo mide cuánto puede decir sin traicionar algo más oscuro que yo no alcanzo a ver.

—No me quedaba otra opción —contesta al fin.

—Siempre hay alternativas —escupo, y mi rabia encuentra al fin una puerta de salida.

—No ahí dentro, Genoveva.

Me doy cuenta de que estoy respirando demasiado deprisa y me obligo a bajar el ritmo, como si pudiera mantener mi dignidad intacta a base de compostura. Pero, a estas alturas, apenas me queda orgullo.

—Todo lo que me dijiste antes de marcharte: que yo te había salvado, que nunca habías estado más cuerdo que en ese momento… ¿era mentira?

Akhir abre la boca para responder… y no sale nada.

No sé qué esperar. No sé interpretar sus dudas. He vuelto al inicio, al momento en el que apareció sobre el símbolo de invocación y me quemó con esa presencia que incendia mi existencia.

—Dime una cosa —susurro—. Mírame y dímela.

Sus ojos dorados se anclan a los míos. Su mirada es una esfera firme, sin fisuras ni grietas donde lo humano pueda buscar refugio.

—¿También era mentira cuando aseguraste sentir algo por mí?

—No —responde de inmediato. Ahora no hay titubeo, y no sé si alegrarme o romper a llorar.

—¿Aún lo sientes?

La pregunta cae entre nosotros con la fuerza de un vendaval. Sin embargo, no responde. Se queda ahí, respirando, como si la respuesta no dependiera de él, como si necesitara permiso para contestar.

El aire en la tienda se vuelve más denso. El olor a aceite quemado y cuero húmedo me resulta de pronto insoportable. Oigo mi propio pulso en los oídos, un golpeteo irregular que altera el silencio.

Si dice que no, todo terminará aquí.

Me marcharé sin reproches ni súplicas. Tengo demasiado orgullo para dejarme ver herida. Solo yo seré consciente del vacío doloroso que tendré.

Si dice que sí… que me permita abrazarlo, fundirme con él en el fuego ardiente de su cuerpo.

Lo observo. Busco en su rostro un gesto mínimo, un indicio que me muestre qué se oculta detrás de su fachada inmutable, aunque no consigo ver nada.

El segundo se alarga. Luego otro.

Y ese tiempo de más es el que me hiere.

Siento el calor en la garganta, ese inicio de llanto que tanto detesto. Trago. Me niego a dejarlo avanzar.

—No lo entiendo. —Es cuanto atino a decir.

Cuando creo que no puedo soportar más esa situación, la cortina de la entrada se aparta de golpe y el aire del campamento invade la tienda con un soplido caliente y denso.

La luz rojiza incide sobre Akhir, y su sombra se estira por el suelo hasta alcanzarme. Es lo más cerca que he estado de él desde el reencuentro.

Dos siluetas irrumpen sin esperar invitación.

Vaerion entra primero.

Su presencia llena el espacio. No lleva armadura, solo un peto blanco con el Lobo de Faerín grabado en el pecho. El cabello húmedo, recogido hacia atrás, y las vetas plateadas analizando con atención la escena que acaba de interrumpir.

Durante una fracción de segundo, su mirada se detiene en mí.

En la camisa que llevo puesta. En la piel desnuda de mis piernas. No es un gesto consciente. Simplemente, no puede evitarlo.

Su mandíbula se tensa antes de desplazar la atención hacia Akhir. Tuerce la boca en un gesto de desagrado que no se molesta en disimular. Si de verdad fuese un lobo, estaría enseñando los dientes.

Tras él, entra su capitán, Gerald. Luce un par de cicatrices más que el día anterior y le han vendado un brazo.

—Genoveva —saluda el Ancestral, breve, rígido—. Tenemos que decidir el próximo paso.

Gerald da un paso al frente. Lleva un mapa en las manos y tiene intención de desplegarlo sobre la mesa.

Le interrumpo.

—Aquí no. —Sigo llevando solo una camisa de lino. No puedo imponer autoridad con ese aspecto—. En diez minutos en la tienda principal.

Salgo después de haberme vestido y aseado. El campamento me recibe en plena actividad: sonidos metálicos, órdenes a media voz, arrastre de botas sobre la tierra endurecida…

Camino con decisión hacia la tienda principal. Soldados, sanadores, da igual el rango, todos interrumpen lo que hacen para inclinar la

cabeza a mi paso. Y, de golpe, algo llama mi atención y me obliga a frenar el paso.

Al principio no sé lo que es. Me detengo y miro alrededor… Un acento, una forma de reír.

—¿Noérin?

Me giro. Reconozco el brillo de dos hachas sobresaliendo por la espalda y un collar de dientes que, quizás, es un poco más largo que la última vez que lo vi.

—Celebro ver que lo has conseguido —dice Trash.

Se acerca y me golpea el hombro. Detrás distingo otros rostros conocidos: Maevriel, Kael, Eryndal… Las Espadas de Vaerion han venido hasta aquí. Hasta este lugar que los mapas no consiguen reflejar.

No sé qué decir. Ninguno tendría que estar aquí, exponiéndose a la ruina y a la amenaza de la Grieta Abierta.

Han cruzado medio continente por mí. No debería reconfortarme y, sin embargo, en cierta medida lo hace. Me alegro de tenerlos ahí.

—Os imaginaba cómodos en Faerín, disfrutando de la ausencia de vuestro jefe —murmuro, incapaz de encontrar algo más digno que decir.

Trash sonríe con esa mezcla de burla y lealtad que lo caracteriza.

—Y perdernos el fin del mundo… —dice—. Ni hablar.

Sin embargo, cuando le sostengo la mirada, la broma se diluye. Hay algo más profundo detrás de esa ligereza forzada. Un temor auténtico por lo que se avecina.

Quiero decirles que todavía pueden marcharse, que esta no es su guerra, pero la mentira se atasca en mi garganta porque, si entramos, necesitaré cada una de sus espadas.

—Nos vemos después.

Asienten, pero no se dispersan de inmediato. Se quedan ahí un instante más, aguardando una orden que todavía no he pronunciado.

Entiendo que, quiera o no, no voy a caminar sola.

Y eso me fortalece a la vez que me aterra.

La tienda de mando aguarda en el centro del campamento, iluminada por la luz fría de las piedras de luna que contrasta con el ambiente rojizo de los vapores de materia corrupta. Avanzo hacia ella sabiendo que cualquier decisión que tome llevará también sus nombres.

La mesa de madera, ubicada bajo los cuatro mástiles, está cubierta con un único mapa. A su alrededor, dos hombres y dos Heraldos se sitúan en los extremos opuestos de la mesa. Me coloco en medio, a la misma distancia de cada bando.

No necesito que nadie lo diga en voz alta. La tienda está dividida.

El mapa desplegado es conocido para mí. Se trata del dibujo del interior de las Tierras Baldías: los cuatro círculos concéntricos, los cuatro sellos, el castillo negro… Pero hay nuevos trazos. Alguien ha completado el plano añadiendo un intrincado diseño de líneas entre cada círculo. También hay figuras grotescas en su interior.

Gerald evita mirar directamente hacia los Heraldos. Finge concentrarse en el trazado de las líneas, pero la tensión de su musculatura lo delata. Vaerion no disimula nada. Su postura es recta, casi desafiante.

Estoy en centro, sí, pero no estoy en equilibrio. Hay dos fuerzas que tiran en direcciones opuestas, y ambas esperan que me decante por una.

—Estoy aquí. —Es mi manera de ofrecerme para que me digan qué es lo que esperan de mí.

Es Vaerion quien toma la palabra.

—Hay que decidir lo que queremos hacer —expone sin rodeos—. La puerta está abierta. No tendremos otra oportunidad como esta. Si retrocedemos ahora, Él enviará sus huestes a por nosotros, y será el fin de la vida tal y como la conocemos.

No aparta sus ojos de Akhir.

—Da la orden, Genoveva —añade—, y entraremos con todo para derrotar al Señor Oscuro.

El capitán asiente.

—Tenemos ejército, tenemos materia y sanadores, tenemos el mapa para llegar hasta el castillo negro y…

Se interrumpe. Se da cuenta, como todos, de que está hablando de logística ante alguien que todavía no ha dejado clara su lealtad. El otro Heraldo, Méntor, pone también distancia.

Silencio.

Los ojos de Vaerion son dos cuchillas. Sin embargo, Akhir no se inmuta. Observa el mapa sin mostrar curiosidad. Con calma.

—Un ejército que entra en las Tierras Baldías —dice al fin—, es un ejército que desaparece.

El capitán frunce el ceño.

—Hemos combatido a las criaturas —replica—. Hemos repelido el ataque sin apenas bajas.

Akhir no se inmuta.

—¿Podréis conjurar esos escudos para todo el ejército? —pregunta, señalando el filtro de vapores que Vaerion ha lanzado sobre mi rostro—. Porque todo aquel que haya probado la materia va a volverse loco ahí dentro. No sobreviviréis ni dos días.

Gerald aprieta los labios y Vaerion da un paso al frente.

—¿*Nos* estás amenazando? —pregunta haciendo énfasis en la palabra "nos". Delimitando los bandos.

Akhir alza la mirada y clava en él sus ojos dorados.

—No —dice, manteniendo la calma—. Solo *te* estoy advirtiendo.

Ambos se giran para mirarme. Pretenden que asuma el papel de juez en una disputa que parece ir más allá de la simple estrategia militar. Sin embargo, yo estoy demasiado concentrada en el mapa que se extiende sobre la mesa para darle importancia.

—¿Qué son todas esas líneas? —Señalo los nuevos trazos entre los círculos concéntricos.

—He completado el mapa. —Méntor, el otro Heraldo, se adelanta. Su piel cobriza brilla bajo la fría luz de las piedras de luna—. Habéis interpretado bien los círculos que os proyecté. Se trata de murallas infranqueables que rodean al Castillo Negro; pero tienen puertas. Para acceder a estas hay que cruzar un extenso y complicado laberinto. Son las líneas que ves.

Me fijo un poco más. Me cuesta discernir el camino correcto sobre el papel, imagino la locura de vivirlo en el terreno, añadiendo además el peligro de las criaturas que pueblan el lugar.

—¿Y estos dibujos? —Señalo las figuras que han aparecido junto a cada puerta.





—Lo interpretamos como una especie de sellos —interviene Gerald —, pero no lo son.

—Lo que traté de proyectaros son los glifos que representan a los Demenciales —aclara Méntor.

—¿Demenciales? —La palabra me provoca una vibración desagradable en la lengua.

—Mascotas moldeadas a petición de cada Senescal. —Va pasando el dedo por encima de cada uno de ellos—. La Quimera, el

Minotauro, el Espectro y el Dragón. Para que la puerta que da acceso al siguiente anillo se abra, no es necesario derrotar al Demencial, solo al Senescal.

Asiento mientras sigo con la vista fija en el mapa, tratando de ignorar esa punzada que se parece al miedo.

—¿Y esta zona en blanco? —Poso mi dedo en el espacio sin trazos entre el último círculo concéntrico y el castillo negro.

El Heraldo tuerce el gesto y mira a Akhir, que se encoje de hombros.

—No sabemos lo que hay ahí —responde Méntor—. Son las Llanuras Abisales.

—¿Las Llanuras Abisales? —pregunto, contrariada—. ¿El Señor Oscuro rodea su castillo de las Llanuras Abisales?

—Desea tener a los desertores cerca —explica Akhir—. Vigilados

—Pero, ¿tú no…?

Me interrumpe negando la cabeza con determinación.

—No llegué a entrar —dice—. Renové el pacto antes de ser abandonado allí.

Los ojos de Vaerion se clavan en mí. Sé que está sintiendo mi rabia, pero no puedo sujetarla. Ni un día… no me esperó ni un solo día.

El silencio que sigue es espeso. Siento la tensión escalar por cada uno de mis dedos y agarrotar los músculos.

—¿Seguís queriendo marchar a través de la Grieta? —pregunta Akhir.

Si no lo conociera, pensaría que se burla, aunque no hay atisbo de ironía en su tono. Es una reflexión lanzada al aire.

Vaerion gira entonces la vista hacia él, como si quisiera atravesarlo.

—¿De qué lado estás? —escupe.

La pregunta queda flotando. Nadie respira. Akhir tarda demasiado en responder. No porque dude, lo hace de manera deliberada.

—Estoy del lado de la supervivencia —dice al fin.

Y sé, al oírlo, que esa frase puede significar cualquier cosa.

El capitán Gerald suelta un bufido de desprecio.

—Palabras —murmura.

Vaerion no aparta los ojos del Heraldo.

—Yo estoy del lado de poner fin a esta amenaza —sentencia—. Y este mapa es nuestra única ventaja.

Se vuelve hacia mí.

—No hay otra opción. —Su mirada es casi suplicante—. No te queda vitalidad suficiente para volver a cerrar la Grieta Abierta. Si no entramos ahora, habrá pueblos arrasados, fortalezas caídas. Sangre. Él no se detendrá.

Me doy cuenta de que estoy atrapada en el centro de dos fuerzas que se contraponen: el honor feroz de Vaerion y el silencio opaco de Akhir.

Y lo peor es que, pese a todo, una parte de mí todavía espera que Akhir diga una palabra que me salve de haber cometido el peor error de mi vida.

Pero no lo hace.

Afuera, la materia corrupta me susurra a través de las montañas, como el lamento de un mar enfermo.

Y comprendo que no estoy decidiendo, solo aceptando lo inevitable.

—Entraremos.

4. La vigilia de los que no duermen

Anochece de forma abrupta. Las Montañas Rocosas ocultan el sol mucho antes que en cualquier otra parte del continente.

En el campamento se encienden hogueras bajas y controladas, voces contenidas. El resplandor rojizo de la materia sigue filtrándose desde la grieta, tiñéndolo todo de un tono enfermo que ni la oscuridad logra apagar.

Al principio, me mantengo al margen de cualquier corrillo y me siento en un tronco solitario, a medio camino entre varias fogatas. No tengo ganas de hablar con nadie. El cansancio se me ha instalado en los huesos, denso, como si el cuerpo supiera antes que yo lo que está por venir. Nadie me reclama. Esta noche solo soy una mujer a la espera.

Me paro a observar las puntas quebradas de mi pelo blanco como si pudiera leer en ellas el destino.

—Nunca te gustó encajar del todo, ¿verdad? —dice una voz conocida.

Alzo la vista mientras ella se lleva dos dedos al pecho.

Maevriel se ha acercado hasta mí. Conserva la misma elegancia en el porte con la que trató de ganarme en la Arena de Faerín. Tiene el cabello un poco más corto y la trenza ya no se enrosca sobre su cabeza, sino que cae por debajo de la nuca. En los brazos luce tatuajes nuevos.

—Soy una reina educada para gobernar en un castillo —respondo —. Estos lugares me vienen grandes.

Maevriel ladea la cabeza y resopla. No parece estar de acuerdo.

—Apuesto a que en Lirien también batallabas —dice—. Solo que habría menos barro.

Su tono no es adulador, es honesto.

Se sienta a mi lado en el tronco y me ofrece un plato de la comida que han preparado. Me había olvidado de que necesitaba cenar. Mi estómago ruge como reprimenda. Lo acepto y empiezo a devorarlo. No sabe igual que los platos preparados en Faerín, pero no es el momento para disfrutar de la comida.

Poco a poco se acercan los demás. Trash aparece con una jarra que huele a alcohol fuerte; Eryndal se sienta sobre la tierra y se entretiene en afilar su espada; Kael se queda de pie sin hablar demasiado, como siempre. Todos conocen la orden de marchar hacia el interior de las Tierras Baldías y, aun así, siguen allí.

—¿Os pidió Vaerion que vinierais? —pregunto al cabo de un rato.

—No, pero no queríamos perdernos esto. —Trash señala vagamente en la dirección de la Grieta.

Su perfil rojizo, exudando vapores tóxicos de materia, se alza frente a nosotros como una herida que sangra.

—¿Quién podría renunciar a matar demonios, Demenciales y Heraldos? —dice Eryndal.

—Me faltan en mi catálogo —Trash brinda con la jarra al aire.

Hay risas breves, apagadas. Humor seco del que sabe que la broma puede atravesarle la garganta en un descuido.

Hablamos de cosas pequeñas: de combates absurdos, de armas y escudos, de noches pasadas en los bosques de Faerín, cuando el peligro tenía forma y nombre y no era este vacío silencioso que nos observa desde el otro lado de la Grieta. Nadie menciona el Castillo Negro. Nadie pronuncia el nombre del Señor Oscuro. No es necesario para sentir su presencia sobrevolando nuestras cabezas.

Lo noto en la forma en la que las conversaciones se interrumpen medio segundo antes de tocar ciertos temas, en cómo las bromas provocan menos risas, en cómo nadie se aleja demasiado de la luz de las hogueras.

Me acerco a Maevriel, que sigue sentada a mi lado, y le pregunto de forma discreta.

—¿Qué tal está Shaelira?

Ella arruga la nariz.

—La hermana de Vaerion sigue viva —dice—, pero los últimos pronósticos hablan solo de semanas. La materia… —se frena, como si fuera a decir algo que no debe.

—No tienes que callar —digo—. Sé lo de su escasez. Sé… lo de los niños y su sacrificio.

El estómago se me revuelve de nuevo. Puede que haya aceptado caminar entre ellos, pero desde luego no lo apruebo.

—Las reservas de materia se han agotado en Calendra —interviene Trash, que no ha podido evitar escuchar nuestra conversación—. La alquimia ya no la salvará.

Recuerdo la última imagen que conservo de ella, cuando me habló del linaje de Aethryon. Estaba pálida y consumida, sin poder levantarse de la cama. Me sorprende que siga resistiendo.

Cuando el frío empieza a calar, alguien me coloca una manta sobre los hombros sin decir nada. Al darme la vuelta, creo estar viendo un fantasma.

Lërian sale de las sombras del campamento sin hacer ruido. Lleva sus acostumbradas ropas que hacen que parezca recién creada por el bosque. Al menos, esta vez lleva zapatos.

Durante un instante no parece real.

Aquí, en la frontera con el Fin del Mundo, su presencia tan pura, tan cándida, resulta casi ofensiva en este aire envenenado.

El contraste me golpea. Ella huele a resina y a hojas húmedas, y el campamento a hierro y sudor.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con sorpresa.

—Sálverin me dijo que me había nombrado tu sanadora y que no puedo volver a Lúm Väire mientras te mantengas en campaña militar.

Rodea el tronco y se arrodilla frente a mí. Me toma las manos con cuidado y vuelve hacia ella las palmas para leer mis líneas. Después, revisa los bordes visibles de los tatuajes que han cubierto mi cuerpo.

—Noto el esfuerzo que has hecho. Tu vitalidad se resiente —dictamina—. Pero ahora eres más fuerte.

Sonrío un poco. No hay reproche en mi expresión. No es el momento de recordar antiguos silencios y traiciones.

Me aparta un mechón de cabello blanco y frunce un poco el ceño al ver el tono apagado de mi piel.

—La Grieta te seguirá pasando factura —añade—. La deuda continuará creciendo.

—Lo sé.

Se levanta y mira al resto de Espadas con un dedo levantado en un gesto de tierna amenaza.

—Que no caiga en combate —les dice—, del resto ya me encargo yo.

Todos asienten como si le debieran lealtad, pero lo cierto es que su tono no admite réplicas. Se sienta en el suelo, entre mis piernas, y se une al club de los que no duermen. Es difícil hacerlo cuando la sombra que se cierne sobre nosotros es tan grande.

No conversamos mucho más, no es tiempo para las palabras sino para la reflexión.

Observamos la Grieta desde la distancia mientras las hogueras se apagan poco a poco. Las Espadas de Vaerion se retiran a descansar una a una. Al final solo quedamos Lërian y yo, en recuerdo de cómo estuvimos durante mucho tiempo.

—Quiero que sepas que no es una condena para mí estar aquí —me dice en voz baja.

No digo nada, pero pienso que el castigo, en realidad, lo estoy sufriendo yo. Cada vida que se pierda en el interior de esas montañas va a pesar sobre mi espalda. Si Maevriel, Trash, Kael, Eryndal o el propio Vaerion caen, no habrá más culpable que yo.

Suelto la espada corta que me regaló Camila del cinturón y se la tiendo a Lërian. Ella la mira con asombro sin atreverse a cogerla.

—Quédate con ella —digo—. Por si acaso.

Lërian no la toma de inmediato.

La contempla como si fuera un objeto demasiado basto para sus manos. Sus dedos rozan la empuñadura con una delicadeza que nace del temor.

—No sé si sabré blandirla —dice, dudando aún.

—No hace falta saber —contesto—. Solo clava tan profundo como puedas.

La toma entre sus manos, que se me antojan pequeñas cuando rodean la empuñadura. No sé si Camila estaría de acuerdo con este gesto, pero ahora mismo eso importa menos que mantenerla con vida.

Juega un rato con ella en silencio, admirando el reflejo de las brasas en el filo, y, al cabo de un rato, se levanta y se despide con un suave "buenas noches". Como si tal cosa fuera posible en las puertas del fin del mundo.

Yo me quedo un poco más, respirando la quietud, empapándome de aquella calma tensa de la que no volveré a disfrutar hasta quién sabe cuándo. Y, para entonces, ya seré otra persona, porque lo que tengo claro es que no saldré indemne de este viaje, que las heridas infligidas ahí dentro tendrán una escala mucho más profunda que la de la propia piel.

Cuando finalmente me levanto para regresar a mi tienda, veo su figura semioculta en las sombras.

—¿Me esperabas? —pregunto.

—No quería interrumpirte.

Vaerion no lleva armadura, solo una camiseta blanca y su espada colgando del cinturón. No se acerca del todo. Se detiene a unos pasos, respetando un límite que ninguno de los dos ha marcado.

Sus vetas plateadas se deslizan un instante hacia mis labios antes de regresar a mis ojos.

—Me preguntaba si querrías compañía esta noche, antes de… —se detiene.

No termina la frase, aunque el brillo anhelante de sus ojos lo hace por él. El ofrecimiento queda suspendido entre nosotros durante un rato. Y, por un instante, pienso en lo fácil que sería utilizar a Vaerion para olvidarme de todo. Me horroriza reconocerlo… y, aun así, el pensamiento no desaparece porque sé que, si me lo pidiera con la suficiente convicción, quizá aceptaría solo para no pesar en otros ojos dorados.

Y eso es un egoísmo en el que no me reconozco. En el que no quiero caer.

Niego despacio. En realidad, el temor a lo que nos espera a partir de mañana no me permite pensar en otra cosa. No necesito compañía esta noche, solo soledad para vencer ese miedo que no me deja respirar.

Vaerion asiente.

—Estaré cerca —dice—. Por si me necesitas.

Lo veo alejarse con el mismo porte recio de siempre y me pregunto cómo ha sido capaz de soportar la muerte de tantos soldados a su cargo.

Tal vez no se trate de olvidar, pienso, sino de aprender a seguir avanzando sin mirar lo que dejamos atrás.

5 El paso a través de la Grieta

No hay un umbral ni una marca que pueda franquear el primer soldado con el estandarte en alto. Cuando quiero darme cuenta, tengo kilómetros de roca alzándose sobre mi cabeza. Cabalgo a lomos de Lux. La piedra rezuma un calor enfermo, húmedo, y el aire se vuelve espeso, difícil de tragar.

El yelmo del águila reposa sobre la grupa de Lux. Me recuerda a mi fiel compañero alado del que he tenido que despedirme en el campamento. El lugar hacia el que me dirijo es demasiado oscuro para un alma tan noble como la suya.

—Gracias por todo, amigo —le he dicho. Y, como si me hubiera entendido, ha levantado el vuelo de mi brazo y se ha perdido entre las nubes, de regreso a las verdes tierras de Faerín.

Le he seguido con la mirada hasta que ha desaparecido y luego me he vuelto hacia la Grieta. Hacia el final de mi camino.

Ahora el cielo es apenas una hebra rojiza al final de dos verticales imponentes. La roca se eleva a ambos lados como las paredes de una tumba abierta.

Al principio, todavía llega algo de viento desde el exterior, pero conforme avanzamos, el aire adquiere una consistencia densa. No está acostumbrado a transitar entre las entrañas de la montaña.

Conforme avanzamos, el paso se estrecha y la luz empieza a menguar. Unos metros más adelante, apenas vemos dónde pisar.

Las paredes del desfiladero han atrapado restos fosilizados, sedimentos de carbono… Me concentro en mis últimas emociones hasta que siento que el linaje de Aethryon despierta. Mi sangre

llama a los materiales orgánicos atrapados entre la roca y los hace arder, concentrando sobre ellos el calor residual de la montaña. Lenguas de fuego empiezan a reptar por la piedra, como si la roca misma exhalara luz.

Al menos ahora vemos algo y podemos evitar las rocas y las grietas del suelo.

El ejército pierde su forma antes de que pueda darme cuenta.

Los estandartes que habían ondeado con cierto aplomo a la entrada de la grieta ahora se pliegan contra los mástiles para no chocar contra la roca. Los soldados que los portan se ven obligados a bajar los brazos y, con ese gesto, se disuelve la última ilusión de orden.

Los capitanes intentan mantener la formación con gestos y empujones, pero aquí dentro el ejército deja de responder como un bloque y se convierte en una masa.

Los quince mil hombres rompen filas: los arqueros se mezclan con los guerreros, la caballería se dispersa, los sanadores se adelantan y su posición en retaguardia se disuelve… Vaerion, que cabalgaba a mi lado, desaparece entre un mar de armaduras y yelmos. Avanzamos comprimidos, hombro contra hombro, obligados a caminar al ritmo del terreno. Las voces se apagan; hablar aquí resulta inútil, como si las palabras murieran antes de abandonar la boca.

El aire empieza a llenarse de un polvo rojizo que cae en cortina desde la cima. Es materia corrupta. Me raspa la garganta incluso a través del filtro.

Empiezo a acusar sensaciones extrañas: se me eriza la piel bajo la ropa por el impulso de los centenares de trazos tatuados sobre ella, la sangre se me agita sin necesidad de concentrarme en ningún sentimiento en particular…

Sé que, si no llevara el filtro de Vaerion sobre el rostro, ya habría enloquecido.

Delante de mí, algunos soldados empiezan a respirar demasiado rápido. Otros se detienen sin motivo aparente, obligando a los que vienen detrás a empujar. Todavía no hay pánico, pero sí desconcierto. Es la primera falta en la disciplina férrea que llevo

admirando desde que llegué. La primera señal de que, lo que funciona fuera, aquí se convierte en debilidad.

Miro atrás una sola vez.

La entrada ya no se distingue con claridad. La luz del campamento queda reducida a un resplandor rojizo, distante. No siento miedo al perderla, solo la certeza irrevocable de que hemos dado el paso, y de que algo, al otro lado del desfiladero, ya lo sabe.

Caminamos durante horas por el pasadizo. No vemos nada más que roca, una alfombra roja de materia y lenguas de fuego recorrer el perfil escarpado de la montaña. Pierdo referencias y la noción del tiempo se distorsiona.

No sé cuánto hemos avanzado cuando un crujido sordo y profundo sobrevuela nuestras cabezas. Parece un espasmo de la montaña.

Primero caen fragmentos pequeños, grava que rebota entre cascos y hombreras. Algunos soldados levantan los escudos por instinto. Otros miran hacia arriba demasiado tarde.

El sonido cambia de repente. Un crujido profundo se propaga por la roca como una grieta abierta en un lago helado.

La montaña respira.

Y luego escupe.

El bloque que cae delante de nosotros arrastra tierra, fragmentos de pared, raíces fosilizadas. Todo se precipita con una violencia ciega que aplasta a los primeros hombres antes de que puedan gritar. No hay tiempo para reaccionar y menos para dar órdenes.

El impacto de las rocas sacude el desfiladero entero.

Durante un segundo, creo que la montaña se está cerrando sobre nosotros. Después comprendo que ha sido un derrumbe.

—¡Atrás! —grita alguien—. ¡Atrás!

Sin embargo, esa opción no existe.

Durante varios minutos, reina el caos. Lux relincha, nervioso, y tengo que hacer uso de toda mi templanza para evitar que se desboque y aplaste bajo sus cascos a los que han sobrevivido al derrumbe.

Cuando el estruendo se disipa, lo que sigue es peor: gemidos, alaridos, el sonido húmedo de la sangre deslizándose entre las piedras…

Veo cuerpos inmóviles bajo los escombros. Algunos ya no respiran. Otros apenas se mueven, atrapados de cintura para abajo. Hay piernas en ángulos imposibles y brazos desgarrados.

Me acerco cuanto puedo al desastre. Un sanador me adelanta. Reconozco el emblema de Lúm Väire cosido en el hombro de su casaca. Se arrodilla junto al primero de los heridos que encuentra: un joven con la pierna destrozada y los ojos desorbitados por el dolor.

Se toma un vial de materia y apoya las manos sobre la herida. Aunque la hemorragia no se detiene.

El sanador frunce el ceño y vuelve a intentarlo. Acerca más las manos. La materia no responde. El herido grita.

Otro sanador se acerca. Luego un tercero. Las manos se superponen y las energías se triplican, pero la carne no se cierra, la sangre no se detiene. Al contrario: la herida parece oscurecerse, volverse más granate, como si algo la estuviera corrompiendo desde dentro.

Lërian se abre paso entre la multitud, que permanece expectante, congelada en el tiempo.

Se arrodilla junto al soldado herido y lo evalúa apenas un segundo antes de actuar. Espolvorea materia sobre la herida a la vez que ella misma la consume. Apoya las manos, en contacto con la sangre, y cierra los ojos.

Nada ocurre.

Retira las manos despacio y vuelve a intentarlo cambiando la posición. Su respiración se agita.

Nada.

Levanta la vista.

Nuestros ojos se encuentran a través de la expectación. Su expresión hace que mi mundo salte por los aires: miedo, pánico contenido por la respuesta a una pregunta que no se atreve a formular en voz alta.

Niega muy despacio. Nunca la había visto así.

Los últimos estertores sacuden al soldado mientras ella aún está de rodillas.

A nuestro alrededor, el polvo cobrizo sigue cayendo en una fina cortina desde las alturas, como si el cielo nos enviara una lluvia mortal.

Una sombra se acerca a Lux, que se revuelve inquieto.

Se trata de Méntor. Se inclina y observa la herida del soldado ya fallecido.

—¿Qué está ocurriendo? —le pregunto.

—Era una posibilidad —dice, aún agachado, analizando la sangre.

—¿El qué? Habla claro —le exijo.

Lërian y los otros tres sanadores tampoco le quitan ojo.

—La Herrumbre. —Señala la lluvia de materia corrompida—. Lo impregna todo, también las heridas. Vuestra materia es poca en comparación, no puede sobreponerse.

—¿Quieres decir que…? —Lërian no termina la frase.

Sé lo que está tratando de decir. También a mí me cuesta asimilarlo.

—Aquí dentro, vuestra materia no funciona —concluye Méntor.

Una oleada de susurros se inicia a nuestro alrededor y recorre el ejército, convirtiéndose en un tsunami. El rugido se propaga entre las paredes del desfiladero y nos expone a nuevos derrumbes.

Méntor se incorpora y me mira. Sus ojos dorados se clavan en los míos.

Sé, con una claridad demoledora, lo que está pensando.

"Ahora solo tú puedes conjurar".

El paso se ensancha durante varios kilómetros y surge un reguero de agua oscura en el suelo. Parece que la grieta ha atravesado un acuífero. Nos detenemos y nos preparamos para descansar unas horas.

Aunque el agua no tiene buen color, no huele ni sabe a nada que parezca peligroso, por lo que algunos lo aprovechamos para asearnos un poco y quitarnos parte de la mugre y la Herrumbre del camino.

Me retiro en soledad al lugar más apartado que encuentro, que es a menos de dos metros del corrillo más cercano. Me siento en el suelo y me recuesto sobre el regazo de Lux. Trato de descansar.

Veo a Vaerion moviéndose entre los hombres y dando órdenes en voz baja: señala con la barbilla, reorganiza y coloca los frentes para avanzar mañana en función de las nuevas condiciones del entorno.

—Turnos cortos —le leo los labios—. Nadie más de dos horas seguidas.

Los soldados se distribuyen como pueden: sentados contra la roca, apoyados en los escudos, tirados en el suelo cubierto de Herrumbe. El cansancio es demasiado acusado para quejarse.

A unos metros, Akhir observa la escena sin participar en ella.

Su silueta se recorta contra la pared del desfiladero, casi confundida con las sombras. Si el tatuaje de invocación no me latiera con tanta intensidad cuando él está cerca, podría pensar que se ha marchado.

No me mira.

Sus ojos persiguen el movimiento de los soldados de un sitio para otro.

Aparto la vista antes de que me descubra observándole.

La banda sonora del descanso está compuesta por respiraciones irregulares, roce de cotas de malla y, como melodía de fondo, el murmullo constante de la Herrumbre cayendo.

Cierro los ojos un instante y la imagen vuelve: la sangre oscura, casi negra; la alquimia fallando; la mirada de pánico de Lërian…

La presencia de Vaerion interrumpe mis pensamientos. Y lo agradezco.

—Percibiría tu preocupación aun en ausencia del conjuro que nos une —dice, sentándose a un lado.

Me ofrece su cantimplora.

Bebo, y el sabor a hidromiel me inunda la boca.

—He visto morir a un soldado que no debería haberlo hecho.

—Lo sé. Se ha corrido la voz.

Su tono no intenta consolarme.

—Si no podéis conjurar… —empiezo.

—No podremos —me interrumpe. No quiere albergar falsas esperanzas que nos aboquen a la muerte.

Aprieto los dedos contra el metal frío de la cantimplora.

—Será una carnicería cuando lleguemos a las puertas.

—No podremos apoyarnos en conjuros —continúa—, pero sabemos combatir con armas.

—Estaremos expuestos, Vaerion. De nada servirán nuestras armas contra una lluvia de rocas o contra una tormenta de fuego. Cualquier Heraldo puede ejecutar un conjuro Mayor y aplastarnos como a una mosca.

El Ancestral guarda silencio un segundo más de lo habitual. Y luego me mira.

Sus vetas plateadas brillan con menos intensidad bajo la lluvia incesante de Herrumbre.

—Hay otra opción —dice al fin—. Pero, como siempre, exigirá sacrificios.

Asiento. Por supuesto, lo tengo claro.

Levanta una mano y toma uno de mis mechones. Cabello blanco. Consumido. Agotado. Lo acaricia entre sus dedos como si pudiera devolverle lo que ha perdido, como si le doliera la ausencia de color por lo que significa.

—Pero no quiero que pagues más —susurra.

Sus ojos no se apartan de los míos mientras su mano se desliza por mi mejilla.

El desfiladero parece cerrarse un poco más a nuestro alrededor. Las lenguas de fuego ahogan su resplandor.

—Cuando llegue el momento —respondo—, haré lo que tenga que hacer.

Vaerion inclina la cabeza. No sonríe.

Levanto la vista y, sin querer, mis ojos se cruzan con los de Akhir. Ahora sí nos observa. Sé que no siente nada, ni celos, ni furia, ni rabia… pero algo en su gesto denota incomodidad, como si nuestra visión le desagradara.

Vaerion se levanta y se aleja para continuar organizando las guardias.

Yo me acurruco sobre el lomo de Lux y me sumerjo en la oscuridad de mi cabeza. Siento cómo la Herrumbre se deposita sobre mi piel como una lluvia que no cala.

Si este lugar ha decidido que solo yo puedo conjurar, sea pues. Pero no sé qué quedará de mí cuando termine de hacerlo.

Cuando consideramos haber descansado lo suficiente, continuamos la marcha.

No existe el amanecer en las entrañas de la tierra, no hay cambio perceptible en la luz que marque el día y la noche.

Caminamos. Eso es todo. Caminamos como si lleváramos haciéndolo desde siempre, como si el desfiladero no tuviera ni principio ni final y nosotros fuéramos una procesión condenada a avanzar por inercia.

Me bajo del caballo cuando noto que Lux empieza a resentirse. No puede trotar a la velocidad ni al paso que le gustaría, y sus flancos se agitan con un ritmo irregular. El sudor se le pega al pelaje enrojecido por la Herrumbre. Le acaricio el cuello y sigo a pie. No quiero obligarlo a cargar conmigo más de lo necesario.

La marcha se vuelve torpe. El efecto de la materia corrupta se acentúa: soldados que tropiezan más de la cuenta, que preguntan dónde estamos, que ven sombras más oscuras que las que nos rodean… El paso del tiempo se diluye hasta convertirse en una sensación vaga.

Lërian camina a mi lado sin decir nada durante un buen tramo, pero su atención está en mí. Lo noto en la manera en la que ajusta sus pasos a los míos.

—¿La escuchas? —pregunta al fin.

La miro sin comprender.

—A la Herrumbre —aclara—. Susurra cosas… a veces, no me deja pensar.

—Vaerion conjuró un filtro. Ven, te haré uno.

Sin embargo, me detiene alzando una mano.

—Guarda tu poder para cuando sea necesario, Noérin —dice—. Llevamos más de un día respirando esta lluvia roja. La Herrumbre

está dentro de nosotros, consumiéndonos como un veneno lento. No hay nada que puedas hacer.

—¿Y qué… qué te dice?

No sé si quiero saberlo.

—Me habla de mi padre. —Tiene la mirada perdida en algún punto del horizonte—. De su sangre impura. De mi falta de sacrificio por los bosques… Me dice que tal vez debería sacrificarme ahora, por la Herrumbre…

La agarro de los hombros y la sacudo para que me mire.

—Lërian, escúchame. Cierra los oídos, no le prestes atención.

Ella consigue enfocar mi rostro y sus ojos se llenan de lágrimas.

—Es que habla cada vez más alto.

La sostengo de los costados y la ayudo a caminar a mi lado. Miro alrededor y, de repente, me da la sensación de que todo el ejército tiene la misma mirada perdida que Lërian. Temo que, al llegar a las puertas, no tenga ya soldados a mis órdenes, sino meros zombis sin consciencia.

—Ignora la voz —le pido—. Háblame de otra cosa.

Lërian endereza la espalda y se limpia las lágrimas con el dorso de la mano.

La Herrumbre cruje bajo nuestras botas. El veneno rojizo se adhiere a la piel y a la ropa como una segunda capa.

—Deberías preguntarles a ellos. —Señala más adelante.

Sigo la dirección de su gesto y veo a Akhir y a Méntor avanzar un poco separados del resto del ejército. Su paso es vigoroso, ajeno al ritmo irregular del resto.

—Ellos sí pueden conjurar —dice, bajando la voz—. Deberías averiguar cómo lo hacen.

Siento un peso incómodo instalarse en el pecho ante la expectativa de volver a acercarme a Akhir.

—Si hay una manera de resistir lo que se avecina —añade—, no está en nuestras manos. Está en las suyas.

El desfiladero vuelve a estrecharse unos metros más adelante y la columna de soldados se comprime. Hombro contra hombro.

Respiraciones entrecortadas. La sensación de angustia es asfixiante.

Miro hacia los Heraldos una vez más, consciente de que, si quiero ganar esta campaña, tendré que adentrarme en el peligroso terreno de sus silencios.

Sin embargo, todo se precipita mucho antes de que yo haya tomado la decisión de acercarme.

La lluvia de Herrumbre se detiene y la grieta se abre de forma abrupta, sin anticipación.

El desfiladero desemboca en una extensión sin límites. Las Tierras Baldías se despliegan ante nosotros como una llanura vasta, quebrada por grietas menores, columnas de roca retorcida y ríos lentos de Herrumbre que serpentean como venas enfermas.

El cielo es una bóveda opaca, roja y oscura, saturada de gases putrefactos.

Durante unos segundos, nadie se mueve.

Después de tantas horas caminando entre muros de roca, la amplitud resulta casi violenta. El horizonte se abre de golpe, pero no trae alivio.

Allí, frente a la primera muralla, que se alza hacia el cielo con una altura que desafía los límites de la física, nos esperan.

El ejército del Señor Oscuro está apostado sin orden, inmóvil dentro de su caos. Filas interminables de criaturas deformadas que babean y aúllan. Demonios con piel humana y cuerpos en descomposición. La visión es macabra. Y, entre ellos, visualizo a centenares de Heraldos, erguidos con sus armaduras negras y sus espadas en alto.

La primera puerta se alza tras ellos.

Colosal. Negra. Tallada con símbolos que no entiendo, pero mis tatuajes reconocen. Alquimia llamando a alquimia.

Un escalofrío me recorre la espalda y, por primera vez desde que entramos en la Grieta, el silencio no es preludio del peligro. Es preludio de guerra.

6 El primer Senescal

Nuestro ejército se expande a lo largo de una línea invisible. Una frontera que no quieren o no se atreven a cruzar.

La llanura se abre ante nosotros y, aun así, lo que siento no es amplitud, sino encierro. El aire es rancio. La Herrumbre ya no cae en cortinas desde un cielo de roca, pero está en el suelo, en las grietas del terreno, en los pliegues de nuestra piel. Es una memoria roja que no se desprende del todo.

Delante, el ejército del Señor Oscuro aguarda. No hay estandartes ni formaciones. Son una masa viva —si es que esa palabra todavía sirve—, inmóvil dentro de su propio caos, como si la quietud fuera otra clase de amenaza. Entre las criaturas deformadas destacan las siluetas altas y rectas de los Heraldos: armaduras negras, espadas afiladas, ojos dorados que no parpadean.

La muralla se alza detrás de ellos, vertical, demoledora. Su sombra araña el terreno. Líquenes negros crecen sobre la superficie, adornados con flores rojas que sangran Herrumbre.

La puerta parece un tajo de obsidiana clavado en el muro.

Nadie dice nada. Ni siquiera los caballos.

Lux resopla con el cuello rígido. Entiendo que también nota esa quietud rara, ese silencio tenso.

Akhir se acerca a mi posición. Camina con la cabeza erguida y paso firme. El pelo negro cae en mechones ligeros sobre su rostro. No suda a pesar del calor asfixiante.

—Lo ha desplegado todo —dice, sin elevar la voz.

Vaerion, a mi lado, ha desenvainado la espada.

—¿A qué te refieres? —escupe.

Akhir no se digna a mirarlo. Sus ojos están fijos en mí.

—El ejército. Las criaturas, los Heraldos… —Pausa breve—. Todo cuanto le rinde pleitesía está ahí delante. Dentro de la muralla no quedará nada… o casi nadie.

—¿Casi? —pregunto, sintiendo que la palabra cae a plomo entre nosotros.

Akhir inicia un paso para acercarse, pero se arrepiente en el último momento. La distancia entre nosotros se mantiene.

—En el interior solo ha dejado a los guardianes de las tres puertas restantes —dice.

Méntor, que hasta entonces había permanecido a un lado, en silencio, asiente con un movimiento mínimo.

—Los Senescales —murmura.

Akhir se gira hacia el ejército de pesadilla, que aguarda.

—Asume que no sobreviviremos.

Siento un estremecimiento seco.

Levanto los ojos hacia la puerta, a la muralla circular, a la masa que espera delante de ella sin moverse. Y entiendo que las cuatro guerras se han concentrado en una sola.

Si logramos pasar con una cantidad aceptable de hombres, la victoria sobre el Señor Oscuro estará asegurada.

Delante de mí, quince mil hombres respiran como un solo animal asustado, y está en mi mano insuflarles el valor necesario para vencer el temor y aplastar al enemigo que tenemos frente a nosotros.

No se mueven, pero no están quietos. Algunas bestias se balancean sobre sus extremidades deformes; otras rascan el suelo con sus garras alargadas. Un murmullo ronco recorre sus filas.

La Herrumbre se acumula a ras de suelo y se levanta en pequeños remolinos por los pies nerviosos de los soldados. Puedo sentirla rozándome por dentro, intentando controlarme.

Cierro los ojos un instante.

No pienso en la puerta. Pienso en los soldados que he visto morir en el derrumbe. En la herida que no se cerró. En la mirada de pánico de Lërian, arrodillada.

Abro los ojos.

Vaerion está ordenando las tropas: caballería en primera fila, los batallones a pie, los arqueros a retaguardia. Conjuradores expertos y archimagos internos en cada formación. Los sanadores al final; solo avanzan si el enemigo retrocede para asistir a los caídos.

—¿Dónde está el Senescal y su Criatura? —pregunto. Es su sangre lo que importa para cruzar la puerta.

—Aparecerá —dice Méntor—. Cuando sienta que su ejército flaquea.

El sonido infernal de un cuerno resuena en la distancia. Su eco, grave, prolongado, se arrastra por la llanura y provoca la primera respuesta del enemigo: un rugido colectivo, desordenado, monstruoso.

Las criaturas empiezan a avanzar.

Al principio no corren, solo marchan.

La vibración llega hasta mis pies y escala por los huesos. Lux relincha y golpea el suelo con las pezuñas, inquieto. Apoyo una mano en su cuello para calmarlo, aunque en realidad a quien intento tranquilizar es a mí.

Vaerion alza la voz y ordena aguantar la posición.

Un segundo cuerno resuena. Las filas enemigas empiezan a correr.

Inhalo despacio y dejo que la sangre del linaje de Aethryon despierte del todo.

La Herrumbre lo nota antes que nadie.

El polvo rojo empieza a levantarse del suelo a mi alrededor y a formar remolinos pequeños que pretenden escalar por mis piernas, detener lo que se avecina.

Aprieto los dientes y me concentro en la emoción que ahora mismo tiene más fuerza dentro de mí. Y no es la culpa. Es la rabia.

Libero el primer pulso.

El viento nace bajo mis pies. Se alza desde el suelo en una espiral salvaje que arranca la Herrumbre adherida al metal, al cabello, a la piel. Se desprende de los cuerpos como una costra arrancada a la fuerza. El polvo rojo se eleva en una nube violenta que avanza contra el ejército enemigo como una ola invertida.

Veo el color original resurgir en mi ejército. El metal reluce, las respiraciones se vuelven menos pesadas. El aire se aclara, al menos durante unos segundos preciosos.

El vendaval continúa avanzando.

Golpea a las primeras filas de criaturas con fuerza. Algunas son lanzadas hacia atrás, otras se desintegran parcialmente. Garras, huesos, restos uniformes salen despedidos por los aires.

Me concentro un poco más. Su frase vuelve a mí: *No era necesario*. Y arranco la rabia de mis entrañas.

La roca responde.

El suelo tiembla bajo mis pies y bajo los de todo el ejército. Un crujido profundo recorre la llanura, distinto al de los derrumbes del desfiladero.

La piedra se eleva, asciende en grandes placas compactas, desprendiéndose del terreno contaminado. Una plataforma emerge con lentitud, sólida, limpia, libre de Herrumbre.

—¡Arriba! —ruge Vaerion—. ¡Todos a la roca!

La plataforma se expande conforme me vacío. No es infinita, pero es suficiente para dar cabida a todo nuestro ejército. Un islote de piedra en mitad de un mar rojo.

Sobre ella, el aire es distinto. La presión disminuye y el zumbido constante en mi cabeza se atenúa. Algo se desbloquea: un engranaje vuelve a funcionar después de días encajado.

Los conjuradores lo sienten también. Y los sanadores.

Veo a Lërian, entre las últimas filas, mirarme y sonreír.

Un grito de júbilo recorre nuestras filas. La esperanza retorna.

Entonces, el precio por el esfuerzo me alcanza.

Las piernas me fallan. El mundo se inclina. Siento la sangre abandonar mis extremidades y concentrarse en el pecho como un peso muerto. Caigo de rodillas sobre la roca recién elevada.

El enemigo se recompone después del azote del vendaval, y el aire vuelve a llenarse de ruido: cuernos, gritos, bramidos. Reanudan la carga, furiosos y desorganizados, pero letales.

Levanto la vista con dificultad.

He pasado algo por alto: sus Heraldos también conjuran.

Una nube de polvo rojo se levanta del suelo y se aproxima hacia la roca elevada. Una tormenta de arena carmesí se cierne sobre nosotros. Si nos alcanza, todo mi esfuerzo no habrá servido de nada.

Hago acopio de la energía que todavía fluye por mi sangre. Profundizo en una rabia ya casi extinta. Y conjuro de nuevo.

Canalizo las corrientes de aire que penetran por el desfiladero y las levanto. Empujo la tormenta de Herrumbre que se aproxima, la contengo a base de rabia.

Grito y me desgarro.

Veo al ejército enemigo aparecer de improviso tras la cortina roja, como quien emerge tras un manto de bruma. Las primeras filas de criaturas se lanzan contra la plataforma con un alarido agudo, antinatural.

Los soldados a caballo desmontan a una orden de Vaerion y lanzan sus monturas en una carga sin jinete. Mi visión está debilitada, pero consigo ver cuerpos deformados estrellarse contra el frontal de los caballos. Los derriban y quedan aplastados bajo los cascos. Se convierten en un amasijo de vísceras y huesos molidos. La sangre salpica la piedra limpia y la tiñe de oscuro.

La primera línea del enemigo ha quedado devastada por nuestras monturas. Es una pequeña victoria que me da alas para seguir conteniendo la nube de Herrumbre, pero la siguiente tanda de criaturas irrumpe pronto en el islote y el combate cuerpo a cuerpo comienza.

Escucho el susurro de las espadas cortando el aire antes de morder la piel. El sonido de la batalla no es extraño para mí. Derlham me mostró lo difícil que es concentrarse cuando sabes que cada grito, cada golpe recibido, es en defensa de mi nombre.

Mantenemos la posición, pese a las mandíbulas descomunales cerrándose sobre hombros, cuellos, vientres… Vaerion, a mi lado, controla la estrategia y da órdenes a los batallones. De vez en cuando, desaparece al galope para prestar apoyo a algún flanco que se debilita, pero siempre regresa a mi lado.

—Resiste —me dice—. Lo estamos logrando.

Sin embargo, yo apenas lo oigo. El zumbido de los oídos es cada vez mayor. Una gota de sangre cae sobre la piedra, a mis pies,

después de deslizarse por mi mejilla. Me sangran los ojos.

Llegan los primeros heridos a nuestra posición. Aquellos que son capaces de arrastrarse hasta las últimas filas para que los sanadores les atiendan. El ejército no puede avanzar o se saldrá de la plataforma. Vaerion se ha dado cuenta, y sabe que tarde o temprano tendrá que enviar a los sanadores a mitad de la contienda si quiere mantener vivo al ejército.

Pienso en Lërian y una punzada de miedo desestabiliza mi entereza y me desconcentra.

La nube rojiza avanza y entra en la roca elevada.

Gritos de sorpresa.

Me repongo enseguida y empujo de nuevo, pero tengo que esforzarme más que antes para contenerla. Estoy segura de que se trata de un conjuro creciente. Están prohibidos en conflictos bélicos por el Tratado Anti-Cataclismo, pero al Señor Oscuro y a sus Heraldos poco les importa mandar el continente a la extinción. Seguiré sujetándolo mientras pueda, aunque llegará un momento en el que el poder de mi sangre no sea suficiente… espero que tengamos la ventaja necesaria para entonces.

Los Heraldos entran en juego. Avanzan entre sus filas como cuchillas negras, erguidos e imperturbables. Alzan las manos y el aire vibra.

—¡Conjuros mayores! —grita Vaerion.

Una onda de líquido negro, hirviendo, se levanta del suelo y se precipita contra nuestras líneas. El impacto es devastador. Los escudos se funden, los hombres salen despedidos varios metros y caen sin volver a moverse.

Nuestros conjuradores tratan de extraer agua del suelo para calmar las heridas y rebajar la temperatura del líquido, que sigue bullendo, pero la tierra está seca. Apenas encuentran unas gotas que no sirven para aliviar a nadie.

Méntor se adelanta. Con los ojos dorados encendidos, levanta rocas del suelo para arrojarlas sobre el enemigo. Una lluvia de piedras cae sobre criaturas y Heraldos.

Las monstruosidades no dejan de aparecer tras la cortina de Herrumbre, pero nuestros hombres las abaten con maestría, con la

contundencia y elegancia que caracteriza a Faerín.

Trash embiste contra una criatura enorme en la primera línea de batalla. Sus hachas se hunden en el torso y le arrancan un alarido espeso. La bestia cae y, antes de tocar el suelo, se lanza a por la siguiente y la envía contra una fila de escudos para rematarla después.

Maevriel lucha más cerca de la retaguardia. Parece que Vaerion los ha desplegado para cubrir todo el campo de batalla.

La veo moverse con precisión letal, girar sobre sí misma, hundir la espada en un cuello deformado y arrancarla con un tirón seco. Eficaz y sobria en cada movimiento. Avanza paso a paso, protegiendo a los soldados que se repliegan.

Durante unos instantes, creo que lo lograremos. Pero un rugido se eleva sobre el fragor de la contienda y hace vacilar incluso a las criaturas. La propia nube de Herrumbre tiembla cuando algo enorme la atraviesa.

La Quimera emerge. El primero de los Demenciales.

La cabeza de león abierta en un bramido que desgarra el aire. Dos cuernos se elevan hacia el cielo, negros, cubiertos de escamas. Y, en la parte posterior, a modo de cola, se alza una serpiente de tronco grueso y unos colmillos capaces de partir en dos a un hombre. Su sola presencia basta para hundir nuestra moral y arengar al enemigo.

Sobre ella cabalga el Senescal.

Enorme. Colosal. La armadura igual de oscura que la de los Heraldos, pero mucho más voluminosa, más amenazadora, con enormes púas en las hombreras. Del yelmo despuntan dos cuernos, a juego con los de su Demencial.

Vaerion no dice nada, solo espolea el caballo y se lanza feroz en su dirección, bajo una lluvia de flechas que tienen el mismo objetivo. Contemplo cómo se aleja y me siento impotente por no poder hacer otra cosa que empujar, contener la Herrumbre lejos de la plataforma para que conjuradores y sanadores puedan seguir trabajando.

Maevriel se deshace de una nueva criatura y también enfila sus pasos hacia el Senescal y su criatura. Trash. Eryndal. Kael... Todos tienen claro hacia dónde dirigir sus armas.

Comienza el baile de las Espadas de Vaerion. Sin mí.

Antes de que lo alcancen, el Senescal lanza su primer conjuro.

La roca bajo nuestros pies se licúa, se convierte en arenas movedizas. Nos atrapa. Nuestro ejército se hunde. Yo me clavo, y no puedo hacer nada por intentar salvarme. Si me muevo, si pienso en otra cosa que no sea contener la nube, lo arrasará todo y perderemos cualquier opción.

Lux relincha a mi lado y trata en vano de elevar las patas.

Me giro hacia Méntor y le suplico ayuda con la mirada.

Asiente y trata de contrarrestar el conjuro del Senescal, aunque no tiene tanto poder. No consigue detenerlo del todo, solo ralentizar el descenso.

Si no lo abaten pronto, esto se convertirá en una fosa común.

Los soldados se hunden hasta las rodillas, algunos hasta la cintura. Los gritos de combate se transforman en alaridos de terror. Las criaturas también se sumergen, pero los Heraldos conjuran para caminar sobre la roca licuada. Se pasean entre nuestro ejército, aprovechando su ventaja y ejecutando a los soldados con un simple golpe de espada.

Veo manos alzarse, dedos suplicantes aferrándose al aire antes de desaparecer bajo la roca líquida.

Me duele cada una de esas respiraciones que se extinguen, cada vida de esos soldados que han prestado sus espadas a una causa que no les pertenece.

Las lágrimas de dolor se mezclan con las de sangre.

Méntor combate el conjuro creciente con los dientes apretados, sudor oscuro recorriéndole las sienes. Pero no da abasto. Lucha contra la voluntad del Senescal.

¿Dónde está Akhir? ¿De verdad se va a mantener al margen cuando estamos a punto de morir?

El Senescal y su Quimera aguantan bien el ataque organizado de Vaerion y sus Espadas. No le ha alcanzado ni una sola de las flechas que hemos lanzado. Las ha desviado con un solo golpe de viento. Ahora sigue a lomos de la Quimera, que lanza mordiscos con sus dos cabezas: la de León y la de Serpiente. Y el Lobo de Faerín ha conseguido conjurar para solidificar el suelo a su alrededor, pero no

puede hacer otra cosa que defenderse del ataque salvaje del Demencial. Maevriel también se mueve sobre la roca, pero Trash, Eryndal y Kael siguen atrapados y hundiéndose.

Igual que nosotros.

El eco de un golpe seco resuena en la llanura. Procede de la Grieta. La plataforma bajo nuestros pies vibra. El sonido metálico de miles de botas golpeando el suelo al unísono atraviesa incluso el fragor de la batalla.

Y los veo.

Emergen de entre la nube por un flanco del islote. A ellos les da igual la costra de Herrumbre; su habilidad no es conjurar, es ser fieles hasta el último suspiro. No hay polvo de materia suficiente para borrar eso de su cabeza.

El estandarte se alza por encima de la formación.

Los Águilas Grises. La Guardia Real. Y al frente cabalga Helmor.

No lleva yelmo. El cabello pelirrojo peinado hacia atrás. El rostro marcado por el rictus serio de un veterano de guerra. Mi General.

Han acudido desde Lirien enviados por mi madre, la reina viuda Aliseé. Siento que el calor de la gratitud me explota en el pecho, que mi energía se renueva.

—¡Águilas! —ruge Helmor—. ¡Por la Reina!

Los escudos se abren como pétalos de acero; las lanzas avanzan. El choque contra el flanco del ejército enemigo es brutal: criaturas empaladas, cuerpos partidos, Heraldos forzados a retroceder por primera vez…

La presión de la nube de Herrumbre disminuye. Si aflojara un poco más podría ayudar a Méntor a sacar al ejército de las arenas movedizas en las que se hunde.

Las Águilas avanzan palmo a palmo, empujando la línea enemiga hacia atrás con una disciplina que corta la respiración.

—¡Atacad a los Heraldos! —grito, pero mi voz se pierde en el rugido feroz del combate.

Me hundo; mi pecho desaparece entre el polvo licuado en el que se ha convertido el suelo.

El ejército del Señor Oscuro sigue siendo demasiado grande.

Las puertas siguen cerradas.

Y yo…

Yo ya no puedo aguantar mucho más.

El suelo me engulle hasta el cuello y el equilibrio mental se me rompe. Un mareo súbito me nubla la vista, y la presión de la cortina de Herrumbre me aplasta los pulmones. El conjuro empieza a resbalarme de las manos como arena mojada.

Sé que, si caigo ahora, todo se derrumba.

Entonces alguien me agarra.

Una mano firme, ardiente incluso a través de la armadura, tira de mi brazo. Me saca de las arenas y me aprieta contra su cuerpo: Akhir.

Me sostiene pegada a él, los dos brazos rodeándome por la espalda. Su cuerpo es un muro contra el que mi debilidad se estrella y se contiene.

Siento su respiración contra mi sien y el latido poderoso de su corazón, firme, constante, ajeno al caos.

El contacto me descoloca; el abrazo es demasiado íntimo para este infierno, demasiado cargado de emociones para ser solo un apoyo.

La conexión vibra y me bloquea.

—Vamos. No pienses —me ordena, en voz baja—. Ataca al Senescal.

—Pero la nube de Herrumbre...

—De la Herrumbre me encargo yo.

Suelto el conjuro y siento que me libero de un peso que no me dejaba respirar. Aunque me doy cuenta de lo cansada que estoy. Exhausta.

—No sé si puedo...

—Claro que puedes. —Sus ojos dorados se clavan en mí. Reflejan una confianza que duele por no poder atraparla para siempre junto a mí—. ¿Dónde está el ímpetu de esa Reina sin Corona que conocí?

Algo se remueve en mi interior. El recuerdo de una guerrera. De una mujer capaz de sacrificarlo todo por conseguir su propósito.

Aprieto los puños hasta que siento las uñas hundirse en la carne.

Cierro los ojos para abstraerme. Escucho la tierra y dejo que la sangre de Aethryon descienda y busque el punto exacto donde el conjuro del Senescal ha violado el equilibrio natural del suelo.

Encuentro la herida y la invierto bajo la Quimera. La piedra crece y cristaliza sobre las patas delanteras de la criatura, que quedan atrapadas hasta media articulación. Su movimiento se detiene de golpe.

Ruge. Se revuelve, intenta separarse del suelo, pero cuanto más tira, más se aferran los cristales que la sujetan.

El Senescal reacciona al instante. Se centra en tratar de contrarrestar mi conjuro para devolverle la movilidad a su Demencial y el suelo licuado gana consistencia de nuevo. Su conjuro creciente se detiene. Nuestros soldados dejan de hundirse.

Vaerion y sus Espadas consiguen al fin tomar la iniciativa en el ataque. Y yo ejecuto el segundo movimiento.

Ahora que la criatura está inmóvil puedo analizarla con detenimiento y descifrar la aberración que la mantiene en pie: tejidos diferentes coexistiendo, nervios y músculos que obedecen a dos lógicas distintas, pero obligados a cooperar por pura voluntad alquímica.

Me adentro en ese desequilibrio y lo fuerzo más allá.

La criatura lanza un alarido infernal. Sus tejidos se separan.

El Senescal no comprende lo que pasa. Desmonta justo a tiempo para ver cómo su Demencial se parte en dos. La carne entre el león y la serpiente se desgarra y sus vísceras se desparraman sobre la plataforma de roca.

La Quimera cae de costado y el impacto sacude el campo de batalla.

Algo caliente me brota de la nariz y cae sobre la armadura negra de Akhir. El mundo se me nubla por los bordes. Mi cuerpo tiembla bajo su abrazo.

Le oigo pronunciar mi nombre con urgencia, pero ya no importa. Porque Vaerion consigue alcanzar su objetivo.

Lo veo lanzarse sin dudar, espada en alto, con la armadura abollada, manchada de sangre ajena y propia. Maevriel entra por el flanco, precisa y letal. Trash embiste como una fuerza de la naturaleza, clavando sus hachas en la armadura del Senescal.

Lo derriban y se le echan encima como lobos hambrientos. Vaerion ruge hacia el cielo, en estado de furia asesina, con el rostro y las

manos cubiertos de sangre fresca.

Un tañido parte el aire de la llanura. La puerta se abre.

—¡Vamos! —Akhir me coge en brazos y deja de sostener la nube.

—¿Qué haces? —le pregunto, horrorizada.

Se da la vuelta y corre hacia el umbral del laberinto. Méntor nos sigue.

Vaerion y sus Espadas nos abren camino entre las criaturas y los Heraldos.

La batalla, sin embargo, se pierde.

Los Águilas Grises aguantan, pero retroceden. Las criaturas no cesan. La nube de Herrumbre avanza y nosotros la atravesamos para alcanzar la puerta.

Me doy cuenta demasiado tarde de lo que ocurre.

Los estamos abandonando. Vamos a cruzar el primer anillo y a dejarles allí, batallando hasta la extenuación contra un ejército que no merma. Sin nosotros, todos morirán.

—¡Nooo! —grito. Y golpeo el pecho de Akhir para que me suelte. Sin embargo, apenas tengo fuerzas para resistirme.

Kael y Eryndal quedan atrás, cerrando el paso y asegurándose de que ninguna criatura se separe del ejército y nos siga. Mientras atravieso la puerta, arrastrada por Akhir, mi mirada se aferra al campo de batalla por última vez.

La nube de Herrumbre ha caído sobre la plataforma de roca. El ejército vuelve a estar cubierto de esa pátina roja que nos debilita e imposibilita la sanación.

Veo a Helmor luchar rodeado. Veo a Kael y Eryndal contener a varias criaturas. Y la veo a ella. Lërian.

La espada corta de Camila en las manos y la hoja manchada de sangre seca. Tiene el miedo pintado en los ojos.

Un Heraldo alza la espada sobre su cabeza. Grito su nombre. La puerta se cierra y el sonido de la guerra queda atrás.

7 Los que pasaron

El eco de la batalla no desaparece de inmediato. Queda amortiguado, deformado, convertido en una vibración sorda que viaja por la piedra bajo nuestros pies. Gritos que ya no se distinguen, choques lejanos, un rugido que podría ser un cuerno… o un hombre atravesado por una espada. No lo sé. Y creo que eso es lo peor.

—Moveos —dice Méntor—. No os quedéis junto a los muros.

Akhir me suelta.

Doy un paso, pero el mundo se inclina.

Vuelve a sostenerme antes de que caiga. Su brazo me rodea la cintura con una firmeza que no admite discusión. Sin embargo, mi cuerpo todavía tiembla por el esfuerzo, por la rabia contenida, por la ruptura con lo que ha quedado al otro lado de la puerta.

—Suéltame —le espeto.

—No —responde sin contemplaciones—. Caerías.

Y sé que tiene razón.

Miro impotente hacia la puerta, pero ya no lo es. Se ha transformado en una superficie negra, lisa, recorrida por vetas apagadas que laten despacio, como un organismo vivo. No hay bisagras. No hay grietas. Ningún rastro de por dónde hemos entrado.

El laberinto no admite huellas.

Los muros curvos se alzan a ambos lados como costillas ciclópeas. Desprenden una energía que provoca un cosquilleo desagradable.

Vaerion está de espaldas, dando órdenes con gestos secos. Maevriel y Trash responden de inmediato. Méntor está un poco más

adelante; observa el entorno con la cabeza ligeramente ladeada, escuchando cosas que el resto no percibimos.

—Perímetro corto —susurra Vaerion a sus Espadas—. Nadie se separa.

Su voz es firme. Controlada. Igual que en el campo de batalla.

El recuerdo hace que algo dentro de mí grite queriendo salir.

—Ya basta —digo, separándome de Akhir y dando un paso al frente.

Mis piernas amenazan con dejarme caer.

El Ancestral se gira despacio.

Nuestros ojos se encuentran y la tensión cruda estalla entre nosotros.

—No des órdenes como si nada hubiera pasado —añado—. ¿Qué se supone que hemos hecho?

El silencio cae, pesado como una losa.

Trash se remueve incómodo. Maevriel me mira como si hubiera perdido el juicio por hablar así a Vaerion. Méntor observa sin intervenir. Y Akhir queda a mi espalda, quieto y vigilante.

Vaerion me sostiene la mirada y sus vetas plateadas relucen bajo la sombra roja de la Herrumbre.

—Lo que había que hacer para…

—No —le interrumpo antes de que suelte el discurso que no quiero escuchar—. No me hables como a una más de tus Espadas. Háblame como la líder a la que acabas de sacar a la fuerza del campo de batalla.

Mi pulso retumba en los oídos. Siento la sangre todavía caliente, agitada, como si aún siguiera sosteniendo el conjuro.

Señalo la puerta con un gesto brusco.

—Ahí fuera se está muriendo mi ejército.

Doy un paso hacia él. Solo uno.

—Yo podría haberles salvado, pero tú decidiste salvarme a mí.

Vaerion no responde de inmediato. El silencio no es duda. Es cálculo. Es la pausa exacta para hablar sin desvelar las cartas.

—Esa batalla no se podía salvar —dice al fin.

Siento que la rabia me sube por el pecho como un incendio mal apagado.

—¿Y quién te ha dado derecho a decidir eso? —escupo—. ¿Desde cuándo eliges tú quién vive y quién se queda atrás?

Endereza la espalda frente a mí. Lo justo para no invadir mi espacio, pero también para demostrarme que no lo intimido.

—Desde que comprendí que la batalla estaba perdida antes de empezar —se reafirma.

—Mentira.

La palabra sale seca, afilada.

Veo a Maevriel contener el aliento mientras Trash aprieta la mandíbula. Sin duda estoy cometiendo una afrenta a sus ojos.

—No —replica Vaerion—. Evidencia.

—¿Y dónde quedaron tus valores? —continúo, sin darle tregua—. Aquello que predicabas sobre cuidar de los hombres, sobre no sacrificar ejércitos por gestos heroicos.

Doy otro paso. Me tiemblan las piernas, pero no retrocedo.

—Me lo escribiste con sangre y, aun así, hoy has decidido que quince mil vidas eran un precio aceptable… con tal de salvar una sola.

Sus vetas plateadas palpitan.

—No eran quince mil vidas —dice, con voz más baja—. Eran quince mil muertes inevitables.

—¡Eso no lo sabes!

—Sí lo sé.

La certeza en su tono me golpea más fuerte que un grito. Es la experiencia de centenares de batallas la que habla por su boca.

—Los Heraldos no estaban retrocediendo —continúa—. Las criaturas no mermaban. Y tú… —me mira con algo que se parece demasiado al miedo—, tú estabas a punto de quebrar por sujetar una nube de Herrumbre que tarde o temprano iba a caer sobre nosotros.

—Eso era mi decisión.

—No —responde—. Era tu final.

Me río. Un sonido breve, sin humor.

—Curioso. Siempre pensé que el sacrificio era parte del liderazgo. Que eso era lo que tú defendías.

Sus labios se tensan.

—Defiendo no desperdiciar vidas.

—Pues explícame por qué hoy te olvidaste de todo eso —le exijo.

El silencio vuelve a caer, denso. Y entonces lo digo, porque ya no puedo callarlo.

—Lo hiciste porque sientes algo por mí.

Vaerion no lo niega.

Me acerco lo suficiente para ver el cansancio bajo la rabia, la grieta bajo la armadura.

—De Akhir lo entiendo —añado, en voz más baja. Golpeando donde sé que le duele—. Él nunca ha fingido ser otra cosa. Pero tú…

Aprieto los dientes.

—Tú siempre dijiste que un buen líder se olvida de sí mismo y piensa en el grupo. Sin embargo, hoy te has puesto a ti por delante de todos. Has elegido salvar lo que te duele perder.

Sus ojos se oscurecen.

—Elegí salvar lo que importa.

—No —niego despacio—. Elegiste salvar a quien amas.

La palabra queda suspendida entre nosotros como una herida abierta.

Vaerion inspira hondo.

—Si eso me convierte en un hipócrita —dice—, cargaré con ello. —No baja la mirada—. Pero no iba a verte morir allí.

Siento que algo en mi interior se rompe. Una fuerza que llevaba sujetándome desde que salí de Faerín se desmorona y cae.

—Entonces no vuelvas a hablarme de liderazgo —le respondo—. Ni de honor.

Doy media vuelta, agotada, y dejo que Akhir me recoja antes de perder el conocimiento.

El fuego es pequeño.

Arde en una concavidad que Trash ha horadado en el suelo y, aunque se concentra en darle potencia tras ingerir materia, las

llamas se mantienen contenidas, bajas, de un naranja apagado que no proyecta apenas sombras.

Estoy sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el montón que he formado con mi armadura. De la pared, a nuestra espalda, me llega una especie de latido amortiguado. Es el pulso de un organismo vivo. Y nosotros nos hemos colado dentro de él sin permiso.

Sigo exhausta, pero no es solo cansancio físico: es algo más profundo. Una sensación de haberme desprendido de partes de mí misma que no sé si podré recuperar.

Akhir ha desaparecido. Es lo habitual en él. Aunque, de alguna manera, siento que sus ojos siguen puestos en mí. Observándome.

Vaerion también mantiene las distancias. Y esa lejanía duele más de lo que me gustaría.

Maevriel se sienta frente a mí, con los antebrazos apoyados sobre las rodillas. Tiene una brecha seca en el pómulo izquierdo y el pelo manchado con sangre ya oscurecida.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta.

Trash se inclina sobre la hoguera y tiende un poco de carne cruda ensartada en un pincho para que se cocine. No pregunto ni quiero saber de dónde proviene esa carne.

—Estoy mejor —miento. No quiero parecer débil.

Méntor permanece de pie, un poco apartado, con la mirada perdida en la curvatura de los muros. Pero sé que nos escucha.

—Lo de la Quimera fue brutal. —Trash une los dedos de ambas manos y luego los separa a cámara lenta, imitando la forma en la que el cuerpo del león se separó de la serpiente—. ¡Purrrfff!

Y esparce los dedos por el suelo de la misma manera en la que sus vísceras quedaron tendidas sobre la roca.

Maevriel suelta una carcajada limpia que suena extraña entre aquellos muros.

—¿Crees que podrías repetir algo así? —me pregunta con los ojos brillantes.

—Puedo probar con tu cabeza. —Me cuesta hablar.

—Nah. Mi cabeza y mi cuerpo son el mismo ente, no podrías separarlos. —Luego me lanza una mirada jocosa—. Podrías probar

con mi pene… Es de caballo.

Maevriel grita y le lanza una pequeña piedra. Acierta de pleno en la sien.

—Más respeto —le exige—. Estás hablando con tu reina.

Trash recompone el gesto, quizás dándose cuenta de que se ha excedido.

—Mis disculpas, Majestad. Es solo que…

—Es solo que estamos en el fin del mundo —le interrumpo—, y aquí los títulos no valen. No tienes que disculparte, Trash.

—Pero ha sido muy grosero —apuntilla Maevriel—. Y completamente exagerado.

Trash hace el ademán de levantarse para bajarse los pantalones.

—¿Quieres comprobarlo…

—Ya basta —Vaerion gruñe desde la distancia y eso solo es suficiente para que Trash y Maevriel enderecen sus espaldas y guarden silencio.

El crepitar del fuego gana protagonismo.

Durante algunos segundos nadie dice nada y el latido del laberinto vuelve a colarse entre nosotros: el pulso profundo, irregular.

Méntor se mueve al fin. Camina en torno al fuego, despacio, con la mirada puesta en el vaivén de las llamas. Luego sus ojos dorados saltan hacia nosotros.

—No es buena idea permanecer demasiado tiempo en el mismo sitio —dice.

No hay urgencia en su voz. Es solo una recomendación que no teme llegar demasiado tarde.

—¿Por qué? —pregunto—. Dijisteis que todas sus criaturas estaban allí fuera.

—No son las criaturas lo que debe preocuparnos. Es el propio laberinto.

Maevriel frunce el ceño.

—Explícate.

—Este lugar tiene entidad propia —responde—, y es traicionero. Nos escucha y aprende de nuestros miedos para luego usarlos en nuestra contra.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Utilizará nuestros recuerdos como trampa —continúa—. Nos mostrará imágenes para desestabilizarnos. Hay que tener la mente fría y saber que son falsas.

Hace una pequeña pausa.

—Y cuanto más deseéis algo, más peligroso será seguirlo.

Vaerion se aproxima entonces a nuestro círculo.

—Hablad lo menos posible.

Méntor asiente.

—Estamos dentro de algo que nos escucha, donde el tiempo no sirve como referencia. Dormir no siempre descansa. Y avanzar no siempre nos acerca al objetivo.

—Es una alegría escucharte hablar, Heraldo —dice Trash a modo jocoso, pero nadie se ríe.

El fuego chisporrotea, inseguro, amenazando con extinguirse.

Vaerion da entonces un paso más y entra en el círculo.

—Hagamos turnos para pasar la noche.

El fuego hace rato que se ha consumido, pero ninguno logramos dormir. Los escucho moverse, cambiar de postura, levantarse ante cualquier sonido extraño. Y son muchos los que se suceden.

Cuando Vaerion releva el turno de guardia, lo veo tomar posición cerca de mí. Se ha quitado la armadura, como todos, y lleva la camisa abierta hasta el esternón. El trazo negro del tatuaje sobre su corazón asoma bajo la piel enrojecida. La marca del conjuro que me salvó la vida está húmeda todavía, como si hubiera intentado limpiarla sin demasiado éxito. Aún tiene sangre oscura en los bordes. La sangre de lo que me ha hecho sentir.

—Me alegro de que lo lleves —digo con voz ronca. No se vuelve para mirarme. Apenas se inmuta—. Así sabes exactamente cómo me siento.

Menea la cabeza con resignación.

—Si estás esperando una disculpa —dice al fin—, no voy a pedirte perdón por salvarte la vida.

—No. Tendrías que pedirme perdón por haberme apartado de mi deber.

Su mandíbula se tensa.

—Dime, Vaerion —insisto—. ¿Me lo habrías permitido a mí? ¿Me habrías dejado sacarte del campo de batalla aun sabiendo que ibas a morir?

—Déjalo estar, Genoveva —gruñe.

—No puedo. —Aprieto los dientes para no gritar.

Me incorporo despacio. El mareo vuelve, pero lo atravieso. Quedo frente a él, demasiado cerca para fingir distancia.

—Ya has pasado por esto antes —dice sin atreverse a mirarme—. Sabes que la Corona significa sufrimiento.

—No me hables ahora de la Corona —le espeto—. Si salí de Lirien fue precisamente para dejar todo eso atrás. Para que mi camino fuera más justo.

Sus dedos tratan de sujetar el latido del tatuaje.

—Deja de sentirte así… —es casi una súplica.

—No puedo. —La voz se me quiebra—. Les he fallado.

El miedo en los ojos de Lërian vuelve a mí una y otra vez. La forma en la que sujetaba la espada corta de Camila. Tan frágil. Tan inexperta… La certeza de que nunca volveré a verla.

Lloro. La camisa de Vaerion se mancha. El tatuaje vuelve a sangrar.

—Ese dolor —digo, señalando el cerco de su pecho—, es lo único honesto que queda entre nosotros.

Me aparto un paso.

—Porque ya no sé cuántas decisiones más estarás dispuesto a tomar por mí sin preguntarme.

Me alejo y regreso a mi rincón.

El laberinto late a nuestro alrededor, y sé que ya está aprendiendo a usar esta herida contra mí.

8. El laberinto

Nos levantamos sin necesidad de órdenes.

El descanso ha sido una tregua falsa, apenas un parpadeo entre un horror y el siguiente. El laberinto no duerme. Lo siento en esa vibración constante contra la piel, en el pulso que recorre las vetas de sus muros y se filtra en nuestros huesos. Es como caminar dentro de una criatura que finge estar inmóvil.

Mi cuerpo protesta con un mareo breve cuando me agacho a recoger la armadura. Cierro los ojos hasta que pasa. Agradezco que nadie haga comentarios al respecto. No quiero miradas de compasión ni frases de ánimo.

Recojo la armadura pieza a pieza.

El metal está caliente. No por el ambiente, sino por algo interno, como fiebre. Cuando ajusto las correas noto cómo la Herrumbre se ha adherido a su superficie y se resiste a desprenderse. Intento limpiarla con las manos, pero el contacto es demoledor. El zumbido en los oídos aumenta hasta casi hacerme perder el equilibrio. Si no llevara el conjuro de Vaerion a modo de filtro sobre la cara, me habría vuelto loca allí dentro.

Akhir aparece a mi lado sin previo aviso. Ya estoy acostumbrada y no me asusta, ni siquiera me perturba. Se detiene a observarme con esa pose arrogante que recuerdo de nuestros días en Lirien, y duele mucho más de lo que estoy dispuesta a admitir.

—¿Puedes caminar? —pregunta.

No hay preocupación en su voz, ni siquiera curiosidad. Es una pregunta funcional.

—¿Por qué sigues aquí, Akhir? —Lo mío sí es curiosidad, mezclada con reproche.

—No es el momento de hablar de eso.

Inclina la cabeza y se aparta, dejándome con una incertidumbre que he de aprender a digerir sola.

Vaerion también está de pie. Lleva la armadura cerrada, impecable, como si no hubiera pasado por una batalla que casi nos borra del mundo. No hay rastro visible del tatuaje, pero yo sé que lo nota sobre la piel, igual que la agonía y la tristeza que desbordan mi pecho por todos los que hemos dejado atrás.

No nos miramos.

Méntor encabeza la marcha cuando todos estamos listos para continuar. Él marca la dirección a pesar de que no hay pasillos evidentes, ni bifurcaciones tan claras como las que pintó en el mapa. Una vez dentro, el laberinto no se deja leer con ninguna lógica en concreto.

—¿Cómo sabes que este es el camino? —pregunta Maevriel, ajustándose el guantelete.

Méntor no se detiene al responder.

—Porque, aunque cambia constantemente, he aprendido a reconocer por dónde no caminar.

Trash resopla.

—A vosotros, los Heraldos, ¿os pagan por cada frase de mal agüero?

Maevriel reprende su comentario con una mirada de desaprobación.

—¿Qué? —se queja—. Es cierto. Todo son palabras funestas.

Y no puedo quitarle razón. Son pocas las frases que han salido de la boca de Akhir para darme ánimos y me pregunto si no será exactamente eso lo que me atrae de él. La oscuridad en la que creo que merezco arder.

Avanzamos.

Las paredes curvas se estrechan y se ensanchan sin patrón aparente. A veces, parecen acercarse lo suficiente para rozarnos los

hombros; otras, se abren en espacios que dan la falsa sensación de amplitud. No hay marcas, ni grietas reconocibles más allá de las venas negras que recorren su superficie. Todo es homogéneo y, al mismo tiempo, extraño.

El sonido de nuestros pasos no siempre regresa igual. A veces, no retumban. Otras, lo hacen demasiado.

Incluso el eco devuelve un paso de más. Uno que no es nuestro. Más ligero. Arrastrado. Como el de alguien herido.

Me detengo.

Todos siguen caminando. Solo lo he oído yo.

Aprieto los dientes y continúo. No voy a empezar a escuchar fantasmas.

—No os acerquéis demasiado a los muros —murmura Méntor sin girarse—. Restan vitalidad.

—Y no caminéis dos personas juntas durante mucho tiempo —lo complementa Vaerion.

Obedezco sin preguntar.

Siento el laberinto deslizarse a mi alrededor, reconfigurarse con una lentitud calculada. Como si probara distintas disposiciones para ver cuál nos incomoda más.

—Si crees que no puedes seguir —susurra Maevriel, acercándose lo justo para que solo yo la oiga—, avísame y pararemos.

—Estoy bien. Mi sangre vuelve a *llenarse.*

Asiente.

—¿Cómo es? —pregunta—. Conjurar sin usar materia, me refiero.

Me encojo de hombros. La verdad es que no sabría describirlo con exactitud.

—Es como… buscar un recuerdo que te haya marcado… rememorarlo una y otra vez hasta que duela y, entonces, gritar para arrancártelo de dentro. Vaciarte.

—¿Y olvidar?

—No… —Sonrío—. Ojalá. Luego, con los días, vuelves a recuperarlo. A *llenarte.*

Maevriel parece entender. O, al menos, lo disimula.

—Habrá mucha gente interesada en eso cuando esto acabe.

Lo dice de forma comedida, pero adivino la amenaza entre líneas. Y no temo tanto por mí, sino por mi hermana. Por la dulce Camila con quien comparto la sangre de Aethryon.

La armadura pesa más a cada paso, pero no es por el metal, sino por lo que se arrastra debajo. La culpa sigue ahí, aferrada a cada movimiento, y el laberinto lo sabe. Lo noto en las pequeñas palpitaciones que ascienden por mis pies, como si algo llamara suavemente desde el suelo.

Akhir se coloca unos pasos por detrás de mí. Escucho su respiración a mi espalda.

—No mires nunca atrás —dice en voz baja—. Aunque creas haber oído algo.

—No he oído nada —respondo sin volverme.

—Todavía.

Seguimos caminando.

El pulso del laberinto se sincroniza poco a poco con el mío. Es imperceptible al principio, pero acaba eclipsando todo lo demás. Cada latido me resulta conocido, parece haberse acoplado a mí como un organismo simbionte, y eso me incomoda más que cualquier amenaza explícita.

Méntor se detiene de pronto. Todos hacemos lo mismo. Inclina la cabeza y escucha. Sus ojos dorados se entornan.

—Estamos cerca —dice.

—¿De la puerta? —pregunta Trash.

Méntor tarda un segundo más de lo necesario en responder.

—De algo —corrige.

Siento entonces una certeza súbita, helada, que me atraviesa de arriba abajo como una mano cerrándose en torno a mi espinazo: el laberinto sabe exactamente quién soy y qué me duele.

Algo tira de mí.

No del brazo ni de la ropa. Desde dentro, como si alguien hubiera enganchado un hilo invisible a mi esternón.

Un paso. Luego otro en dirección contraria al grupo.

Mi cuerpo quiere girar, pero también desea seguir ese tirón.

Trago saliva. No. No mires. No sigas.

Sin embargo, el latido del laberinto ya no suena como un corazón.

Suena como una voz.

Mi nombre.

Muy bajito. Casi un susurro. Como una orden murmurada al oído en mitad de una guardia nocturna.

Genoveva…

El hilo tira otra vez.

No duele. Es suave, familiar. Un *ven* susurrado junto a una caricia en el pelo. Vuelvo a dar otro paso sin querer.

—Genoveva —oigo a Maevriel a mi izquierda.

Su voz llega amortiguada, como si hablara desde el fondo de una bañera.

No respondo.

El pasillo se ensancha solo para mí. La luz rojiza que refleja la Herrumbre se vuelve cálida… atrayente.

El aire huele distinto: óxido, carne mojada. Algo se arrastra más adelante. Un sonido viscoso.

El corazón me palpita deprisa.

—No mires atrás —me ha dicho Akhir.

Pero esto no está atrás, está delante. Esperándome.

Entonces, parpadeo… y ya no están.

Ni Maevriel.

Ni Trash.

Ni Vaerion.

Ni Méntor.

El pasillo se ha cerrado detrás de mí con un muro que no recuerdo haber visto ahí antes.

Estoy sola.

Solo yo… y ese olor.

Es como tener un pegote de Herrumbre bajo la nariz. Huele tan fuerte que siento ganas de vomitar y la cabeza me da vueltas.

Me llega el sonido de unas botas caminando sobre el barro.

La mano va sola a la empuñadura.

—¿Quién anda ahí?

La figura emerge de una curva del pasillo. Camina torcido: un hombro más bajo que el otro, la pierna derecha se arrastra… La

carne asoma entre los jirones de ropa. Negra. Reblandecida. Como si llevara semanas o meses muerto.

El rostro… por Mae… el rostro está hinchado, abierto por grietas oscuras. Un ojo le cuelga torcido. La piel parece cosida a retales.

Aunque sonríe como si no notara nada.

—Alteza —dice.

Se me hiela la sangre. Hace semanas que nadie me llama así. Un tiempo que se me antojan años.

—No deberías caminar sola.

El tono no encaja con ese cuerpo. Aunque la voz emerge rasposa, es firme, demasiado lúcida para su estado.

—¿Quién eres? —pregunto.

Tuerce la boca en un gesto que parece de decepción, como si le doliera que no lo sepa.

—Siempre te costó reconocer a tus hombres.

Da otro paso hacia mí. El pie deja una huella de Herrumbre húmeda.

—Yo, sin embargo, te reconocería entre mil…

Mi estómago se contrae.

—Crecimos entre las mismas paredes.

Otro paso.

—Pero en mundos diferentes.

El pulso se me dispara. No puede ser.

—No me dijiste que acabarías caminando junto a un Heraldo.

La voz… esa cadencia. El tono regio.

La memoria me golpea como una maza pesada, contundente.

—No… —susurro mientras me llevo las manos a la boca. ¿Qué clase de infierno es este en el que los muertos cobran vida?

Su sonrisa se ensancha. Los labios se agrietan y de las heridas mana polvo rojo.

—Intenté matarlo por ti —continúa—. ¿Lo recuerdas?

Rhogar.

El pasillo se estrecha sobre mí. Me cuesta que el aire llegue a los pulmones.

—Morí por tu corona. —Levanta la vista y el ojo sano refleja un dolor que parece humano—. ¿Y sabes qué es lo peor, Genoveva?

Se acerca tanto que huelo la putrefacción que lo devora.

—Que volvería a hacerlo.

—Ceryán… —Apenas sale aire.

Quiero que pare, que no lo diga… pero lo hace.

—Porque te amaba. Y tú lo sabías.

Siento que me resquebrajo por dentro, que mi alma se parte en mil pedazos.

—Y te aprovechaste de ese sentimiento…

Un soplo de viento caliente agita sus ropas. En el pecho no hay carne de ningún tipo, solo herrumbre compacta entre costillas amarillentas.

Sus dedos, viscosos, me agarran la muñeca. No soy capaz de reaccionar.

—Dime, ¿valió la pena?

Manos emergen del barro rojo. Llevan guanteletes de los Águilas Grises y tiran de mí hacia abajo.

—Tu sitio está con nosotros —murmura—. Con los que murieron por tu culpa.

Intento conjurar, pero todavía estoy vacía. No me he recuperado del esfuerzo de la batalla anterior.

—Ceryán, por favor —murmuro—. Nunca quise que murieras.

Me hundo en Herrumbre hasta las rodillas.

—Si eso fuera verdad, no me habrías dejado marchar…

Me cubre hasta la cintura.

Su aliento putrefacto se estrella contra mi cara.

Pone las dos manos sobre mi cabeza y me empuja hacia abajo para que me hunda más rápido. Quiere que arda en el mismo infierno en el que él se pudre.

De repente, una sombra negra cruza el pasillo. Distingo el destello de dos ojos dorados.

No hay un segundo de duda. La espada desciende. Limpia. Precisa. Y corta los brazos putrefactos que me empujan.

De nuevo, no sale sangre, solo polvo rojo.

Ceryán retrocede.

Un nuevo tajo de espada abre una grieta en su cuello. La cabeza cae hacia un lado, casi desprendida. Pero sigue mirándome.

—Siempre hay alguien que te salva —dice, con esa voz que aún agita mi memoria—. Sois una afortunada, Alteza.

Akhir me arranca del barro con un tirón brutal.

Las manos que me aferraban se hunden de nuevo. La criatura se cuartea y se vacía. Se desmorona como una estatua vieja. Al final, solo queda su ropa, agitada por el aire caliente.

Nada más.

Respiro como si acabara de salir del agua después de varios minutos sumergida.

—¿Qué es este lugar? —le pregunto a Akhir con el rostro desencajado.

Él se separa de mí, pero se mantiene lo suficientemente cerca para que lo sienta conmigo.

—El infierno, Genoveva —dice—. Y ya sabe cómo huele tu sangre.

9 Lo que ya no somos

No esperaba una trampa así. No creí que hubiera un dolor más grande que el haber dejado a Lërian atrás, pero este lugar me acaba de recordar cómo de débil soy, cuánta pena cargo sobre mi espalda y qué fácil puede ser utilizada para destruirme.

La herida de Ceryán se ha reabierto y sangra. En realidad, es un recuerdo que nunca he logrado enterrar. Vamos al encuentro del resto de la comitiva y yo solo puedo pensar en su cuerpo muerto sobre la nieve. En la mano de Rhogar y su espada ensangrentada… En la monstruosidad que he visto hace un solo momento.

¿Qué lugar es este capaz de convertir al soldado más noble que he conocido en un ser vengativo?

Ese no era Ceryán… no puedo permitir que nadie corrompa de esta manera su recuerdo.

Estas Tierras y el Señor que las gobierna deben arder.

Trago saliva y me doy cuenta de que tengo sangre en la boca. No sé si me he mordido los labios o si es el sabor de la Herrumbre que lo impregna todo. Me limpio con el dorso de la mano. El guante se tiñe de rojo oscuro, como todo en este lugar.

El laberinto ha cambiado. No es tan sencillo como deshacer el camino andado.

Un muro cubierto de líquenes se ha levantado allí donde me di la vuelta y me separé del grupo. Ahora hay que bordearlo y encontrar el pasillo que nos devuelva al punto exacto donde los demás me esperan —si es que lo hacen—.

Cada vez que el pensamiento de Ceryán me asalta, el pasillo parece estrecharse un poco. Me asfixia. Siento ganas de girar la cabeza y escupir contra estos muros infernales. Pero, en lugar de eso, sigo caminando porque esta es la única batalla que he ganado desde que empezó todo: la de no detenerme.

Akhir camina pegado a mí hasta que el olor a descomposición que ha dejado la criatura se difumina en el aire. La armadura roza a veces mi antebrazo con un choque leve de metal contra metal, y cada contacto accidental es un sobresalto en mi pecho.

Hay un detalle que me obsesiona: su mano desnuda, sin guantes. Su piel cobriza me atrae como un imán. Deseo tocarla y odio esa sensación. Odio que mi cuerpo traidor anhele su contacto.

Cuando por fin se separa, lo hace de forma brusca. Como quien se obliga a hacer algo que no quiere. La cercanía se esfuma y el frío vuelve.

Caminamos uno al lado del otro sin mirarnos.

El laberinto ha recuperado su vibración habitual, ese ritmo que escala por las plantas de los pies y se instala en la parte posterior de la cabeza. Cada paso resuena extraño, lejano.

Miro de reojo a Akhir.

No muestra rastro de Herrumbre, ni de barro, ni de cansancio.

Parece intacto, por fuera y por dentro. Y eso me duele porque yo cada vez estoy más rota. Actúa como si no me hubiera arrancado del barro por segunda vez con la urgencia de quien salva algo que teme perder.

Aprieto los puños.

—Gracias —digo al fin.

La palabra me sabe amarga.

Él no responde, solo asiente una vez, seco, casi abstraído.

Seguimos caminando.

—¿Qué ha sido eso de ahí detrás? —pregunto—. ¿Era… él de verdad?

—Méntor te contará todo lo que quieras saber —responde.

Me detengo.

—¿Y por qué tú no?

Se detiene también.

El pasillo se curva hacia la derecha. La luz rojiza tiñe su perfil y marca las duras sombras de su mandíbula. El dorado de sus ojos intacto, sin brechas.

—Yo no puedo —responde.

—¿Por qué no?

No desvía la mirada. Me la sostiene con entereza, como si creyera que su silencio me resulta indiferente.

—No debería estar aquí… —Duda un instante—. Tú no deberías estar aquí.

La rabia que pensaba controlada vuelve a explotar.

—¿De verdad creías que iba a quedarme quieta en Liren, con una bonita corona sobre mi cabeza, pensando que la locura te estaba consumiendo por mi culpa? —Elevo la voz—. ¿Tan poco me conoces?

La pregunta queda flotando entre nosotros al igual que una ofensa.

—Me duele ver lo rápido que has olvidado aquella despedida… ese beso que todavía me arde en los labios… La certeza de que yo era tu cura.

Akhir aparta la vista. No sé si por vergüenza o si hay algo más.

—Has venido persiguiendo un fantasma —dice con el rostro girado hacia el laberinto.

—No te atrevas a negarme que hubo un "nosotros". No he recorrido medio continente ni he desafiado las leyes de la conjuración solo por una sombra.

—Pues una sombra es lo que tienes ante ti.

—No.

Me sorprende mi propia insistencia. Necesito agarrarme a algo que me demuestre que no lucho contra un espejismo.

Doy un paso más y me acerco.

Él vuelve su brillo dorado hacia mí y, durante un segundo exacto, vuelvo a verlos teñidos de rojo, reflejando toda la pasión y el deseo que sentían por mí. Luego desaparece y el frío regresa.

Puedo oler el metal de su armadura, las brasas en su piel.

—Dímelo a la cara —susurro—. Dime que no sientes nada y abandonaré esta lucha estúpida por derrocar al Señor Oscuro.

Su garganta se mueve al tragar.

Duda. Es mínimo, pero real.

Sus dedos se tensan como si estuviera conteniéndose, como si por dentro algo tirara de él en dirección contraria.

—No siento nada —dice al fin.

Sin embargo, no me lo creo. Suena impostado. Ensayado.

—Está bien, Akhir…

Levanto la mano y la poso sobre su mejilla.

Se aparta. Un paso. Luego otro. La distancia se hace palpable entre nosotros.

Sonrío. No es una victoria, aunque me basta por el momento.

—Puede que no sientas como yo lo hago —digo—, pero todavía tiemblas cuando te toco.

Se gira y su perfil vuelve a ser el de siempre: duro, inaccesible, impenetrable.

Reanudo la marcha.

El laberinto late más fuerte. O tal vez sea mi pecho.

Akhir me adelanta y camina unos pasos por delante, recto, inalcanzable. Como si yo no existiera.

Sin embargo, he visto su duda y he notado su temblor.

Puede que no sienta nada, pero finge cuando dice estar muerto por dentro. Su cuerpo todavía me reconoce. Esa reacción mínima, ese error en su máscara, por hoy me basta.

El Señor Oscuro no ha conseguido arrebatármelo del todo.

10. El origen de la Herrumbre

No tardamos en verlos.

O, más bien, ellos nos encuentran.

Maevriel aparece primero, con la espada en alto, y me abraza. Es un gesto que no hubiera esperado de ella y, sin darme cuenta, suelto el aire retenido.

—Cuando quise agarrarte, te habías esfumado —dice—. Fue extraño.

—No es culpa tuya.

Trash y Méntor aparecen detrás. El primero sonríe, acaba de deshacerse de un peso enorme; el segundo, silencioso, solo asiente al verme.

—Creí que este maldito lugar te había tragado —gruñe Trash.

—Bueno, lo intentó —respondo.

Akhir hace un ademán de apartarse, pero se detiene en cuanto aparece Vaerion.

El Ancestral avanza y se detiene frente a mí.

No me toca. No pregunta nada. Pero su mirada recorre mis piernas, mis brazos, mi cuello… se detiene en mi boca un segundo más de lo necesario.

—¿Qué ha pasado? —pregunta al fin. Está furioso, pero no sé si conmigo, con lo que ha sucedido o con él mismo por no haber sido quien me ha salvado.

Yo miro a Méntor.

—El laberinto me separó —digo.

Sus ojos dorados se entornan.

—Te atrajo con algo, ¿verdad? —pregunta con calma—. ¿Qué fue lo que viste?

El silencio se espesa. Mi mente se niega a regresar.

—He visto a alguien… que había muerto.

Maevriel aprieta los labios y Vaerion cierra los ojos un instante.

—Este lugar atrapa almas.

El corazón se me encoge.

—¿Qué significa eso?

Méntor reanuda la marcha y nosotros le seguimos. Esta vez más juntos, más cerca.

Somos animales que han olido al depredador.

—Las Tierras Baldías no siempre fueron así —responde—. Un día hubo ciudades en este páramo, campos, gente…

Sus dedos se elevan, como si quisiera peinar el aire.

—Cuando los Ancestrales de Faerín encerraron aquí al Señor Oscuro detrás de las Montañas Rocosas, no lo hicieron solo. Condenaron también a todo lo que quedó bajo su dominio.

—¿No pudieron salir? —pregunto.

Méntor niega con la cabeza.

—Fueron miles.

Intento imaginarlo: aldeas atrapadas tras una montaña infranqueable. Comitivas enviadas para buscar un camino entre los riscos. Gente esperando el rescate. Padres repitiendo a sus hijos que todo se arreglaría pronto. Cultivos agotándose poco a poco mientras los pozos se volvían amargos.

Los primeros meses debieron estar llenos de una lenta espera. Los segundos, de discusiones. Los terceros… de guerra.

—Luego los dejaron pudrirse —continúa Méntor.

Nadie habla.

Sé que Vaerion camina detrás, vigilando mis pasos. Resisto la tentación de volverme para mirarlo a los ojos, para saber si es cierta la crueldad que está narrando el Heraldo.

—Sin recursos. Sin salida. Sin esperanza —sigue Méntor—. Solo fue cuestión de tiempo que el hambre, la enfermedad y los conflictos civiles estallaran entre ellos. El Señor Oscuro no gobernó estas

tierras, se limitó a administrar sufrimiento. Lo único que quería era su materia, sin importarle el precio. Y esta tierra era rica en ella.

Me arde el estómago.

—Los cuerpos se acumularon —dice—. Más dolor del que esta tierra podía tragar.

Alarga una mano para rozar el polvo rojo de las paredes.

—La materia se alimenta de lo que toca, y aquí… se alimentó de muerte.

—De podredumbre —murmura Maevriel.

—De desesperación. —Aprieta el puño y el polvo rojo se filtra entre sus dedos—. Así se creó la Herrumbre.

Trago saliva. Tiene sentido. Demasiado.

—Pero el Señor Oscuro necesita soldados —añade Méntor—. No puede sobrevivir con un reino lleno de cadáveres.

—Los Heraldos —digo.

Asiente.

—Somos alimentados con Herrumbre hasta que le cedemos el control, incluso de nuestros sentimientos. Es la única manera de arrancarlo todo.

—Y vosotros sois los recolectores de almas… —susurro.

—Sí —asiente—. Somos los encargados de hacer pactos para traer almas aquí y levantar restos cadavéricos.

Recuerdo la carne descompuesta, el ojo colgando, la voz de Ceryán…

Siento náuseas.

—No era él del todo —aclara Méntor con suavidad—. Era su alma atrapada en un cuerpo que no le pertenecía.

—Pero… ¿quién…?

Por un momento el mundo se pone bocabajo. Busco a Akhir, pero ya no está.

—Méntor… —Me da miedo preguntar, pero he de hacerlo—. ¿Quién trajo aquí el alma de Ceryán?

Silencio.

El Heraldo sigue caminando sin volverse.

El pasillo se estrecha y el zumbido del laberinto golpea mi cabeza. Más fuerte.

—Méntor, por favor…
—No lo sé —responde.
Sin embargo, sé que miente.

Méntor cambia el ritmo.
No es más rápido ni más lento, es cuidadoso. Cualquier sombra puede morder.
Avanzamos hombro con hombro.
Vaerion cierra la formación por detrás. Maevriel va a mi flanco izquierdo. Su armadura choca contra la mía en cada paso. Trash resopla a mi derecha, pero no protesta. Nadie lo hace ya.
Akhir sigue desaparecido y, aun así, siento su atención clavarse en mi nuca, en mis manos, en mis movimientos. Me vigila sin concederme la dignidad de su presencia.
Seguimos.
Las paredes se estrechan de repente. Ya no podemos caminar unos junto a otros, formamos una fila mientras los bordes de las armaduras rozan la piedra de los muros. Las venas palpitan bajo una superficie que debería ser inerte. El cosquilleo me sube por los antebrazos y me muerde la piel por dentro.
Siento que aquellas paredes se están bebiendo mi energía a pequeños sorbos. Desgastándome.
A veces no hay eco.
A veces el eco regresa con retraso, como si alguien lo retuviera y lo soltara a su antojo. Otras, vuelve deformado: mis propios pasos parecen de otra persona. Más pesados. Más lejanos.
Cierro los ojos un instante y el pulso del laberinto se acopla al mío con una precisión casi obscena.
Late.
Y cada pulso se acerca más a un aviso.
En un latido concreto, juro escuchar una respiración que no pertenece a ninguno de nosotros.
Trash también lo oye, porque se detiene en seco delante de mí. Levanta una mano, como si fuera a hacer una broma, pero la palabra se le muere en la garganta.

Maevriel gira la cabeza hacia una curva del pasillo que ha quedado a un lado.

—¿Habéis…? —empieza.

—No —corta Méntor, que encabeza la marcha—. No os detengáis.

Sigue andando con una seguridad que me gustaría que fuera contagiosa.

Una chispa de Herrumbre se desprende del suelo y flota a la altura de mis botas, girando en un círculo pequeño, como un insecto atraído por una lámpara.

Luego dos.

Luego cinco.

No vuelven a caer ni se depositan en ningún sitio. Dan vueltas, insistentes, buscando una rendija en mi armadura por la que colarse.

El zumbido en mi cabeza se vuelve más insistente.

Trago saliva.

—Méntor —susurro—. ¿Falta mucho para la siguiente puerta?

El Heraldo tarda un segundo en responder. Demasiado para mí.

—Creo que no —dice al fin.

Giramos otra curva y el pasillo se ensancha un poco. Pero es una falsa tregua. En el suelo, justo en el centro, hay un objeto que brilla.

No es un objeto cualquiera.

Lo reconozco por el diseño de su empuñadura, por sus caracteres grabados en el filo. Es la espada corta de Camila, la que dejé en manos de Lërian.

Mi garganta se cierra.

¿Por qué está aquí? No debería haber nada del otro lado de la puerta. No puede ser más que una ilusión. Una trampa nueva… ¿verdad?

Maevriel se agacha por instinto.

—No lo toques —advierte Méntor, que ha pasado por encima sin mirarlo.

Sin embargo, ya es tarde.

Un dedo enguantado roza el metal y, en el acto, la espada se convulsiona como si tuviera músculos debajo. Una mano emerge del

suelo, entre la Herrumbre, y la levanta. Es solo huesos y piel hecha jirones.

Maevriel no permite que salga más. Empuña su espada y cercena la mano.

Los huesos y la espada corta de Camila vuelan por el aire y se disuelven en polvo rojo antes de tocar el suelo.

Trash escupe a un lado.

—Odio este sitio —murmura.

—¿Pensabas que venías a una feria? —dice Méntor, despectivo—. Te quejas demasiado para ser protector de un Ancestral.

—Y tú hablas muy poco para conocer este lugar —responde Trash.

—Ya está bien —me impongo—. Dejad vuestras discusiones de enamorados para cuando salgamos de este lugar.

Los dos gruñen, pero obedecen.

Continuamos la marcha hasta que, de pronto, el pasillo se abre a una especie de plaza ovalada, demasiado amplia para el estrecho sendero que llevamos recorrido. El latido del laberinto se acelera. Se prepara para algo grande.

Un glifo se repite en las paredes con trazos erráticos. Parece escrito con uñas y odio.

Reconozco la marca. Méntor la dibujó en el mapa: la señal de otro Demencial.

Y, al otro lado de la amplia plaza, la veo.

La segunda puerta.

Su aspecto es similar a la anterior: obsidiana negra, vetas rojizas, Herrumbre arremolinada alrededor. A ambos lados, los muros del laberinto se inclinan hacia ella, reverentes, como si se tratara de un altar.

Delante, en el suelo, hay un círculo de huesos colocados con cuidado.

Huesos humanos.

Y en el centro... un yelmo negro con largos cuernos elevados al cielo, idéntico al del anterior Senescal: grande, antiguo.... Moldeado por unas manos que no pertenecen a los vivos.

Está orientado hacia nosotros.

11. El segundo Senescal

El sonido del laberinto cambia. Ya no parece un corazón, suena como un tambor de guerra.

Dum. Dum. Dum.

Trash suelta las hachas del arnés. El metal choca con un golpe seco.

—Empieza el baile.

El suelo vibra, pero no como hasta ahora. No es un cosquilleo incómodo, es un temblor que agita la tierra y levanta piedras. Se siente como un mazo golpeando las entrañas de las Tierras Baldías.

DUM.

Polvo rojo se desprende de los muros. Las costillas del laberinto crujen.

DUM.

Se escucha una respiración pesada, un resoplido húmedo. Animal.

El aire se impregna de olor a establo, a pelaje mojado.

—¡En formación! —ordena Vaerion en voz alta para hacerse oír sobre el temblor de la tierra.

Al momento, Maevriel se pone a mi izquierda y Trash a la derecha. Vaerion delante y Méntor se retrasa medio paso.

Me molesta ese exceso de protección. Me colocan en el centro sin consultarme, como si fuera de cristal. Aprieto los dientes. No he cruzado el infierno para quedarme mirando. Quiero ser una más del grupo, una espada más que pelea y se expone a la muerte.

Desenvaino y dejo que la sensación de peligro me escale. Puro. Primitivo.

El acceso a la plaza se oscurece. Algo enorme tapa la luz rojiza y entonces aparece: primero los cuernos, anchos, astillados, manchados de sangre seca; luego el morro, húmedo, resollando vapor; por último, el cuerpo, demasiado grande para el escenario, músculo sobre músculo, cicatrices gruesas como sogas.

Las pezuñas golpean la piedra y la roca se resquebraja.

El Minotauro sale al claro y un terror primario regresa, algo que ya he vivido al combatir a las bestias de los Moradores en Derlham.

Cada paso del Demencial deja huellas hundidas en la Herrumbre. Sus ojos no tienen pupila, solo rojo. Mastica algo mientras camina, y cuando abre la boca, veo un trozo de hueso humano entre los dientes.

Respira, y ese sonido basta para llamar a su amo dormido.

El yelmo del suelo se agita y se eleva unos centímetros, requerido por su dueño.

Detrás del Minotauro, algo más camina. Lento y pesado.

Una figura humana, si es que aún puede llamarse humana. El Senescal.

Es más alto que Vaerion, por una cabeza, y más ancho que Trash. La armadura negra es mate y está cubierta de muescas y golpes antiguos. No lleva ornamentación, es puramente funcional. Hecha para protegerlo de cada embestida, para ayudarlo a mantenerse en pie y matar. Las botas y las hombreras son voluminosas, pesadas, y están rematadas por púas cortas.

El rostro es humano. O lo fue hace muchísimo tiempo. Los ojos dorados hablan de un pasado de Heraldo, pero en su mejilla brilla una especie de sello. Un sigilo. La marca de que el Señor Oscuro le ha otorgado un grado más en la escala de servidores.

Se detiene junto al círculo. Mira el yelmo y lo recoge con una sola mano. Del interior cae algo oscuro: sangre coagulada que sigue goteando.

Lo alza y se lo coloca.

CLANG.

El sonido metálico rebota por todo el laberinto y, después, todo se queda en silencio. Absoluto. El momento contiene toda la tensión de lo que se avecina.

Agarro la empuñadura de la espada con más fuerza. Me sudan las manos.

Entonces el Senescal gira la cabeza.

Lento.

Hasta mirarnos de frente. Siento el peso de esa mirada incluso a través del metal. No se trata de un simple guardián de la puerta, es un verdugo.

El Minotauro rasca el suelo con la pezuña. Una vez. Otra. De la piedra saltan chispas.

Baja los cuernos.

Vaerion susurra:

—Genoveva… esta vez no conjures. Quédate atrás.

Sin embargo, si piensa que puede darme órdenes es que todavía no me conoce lo suficiente.

El Senescal levanta un brazo.

Un gesto mínimo y seco, y la bestia carga.

El impacto del primer paso hace temblar la plaza entera, como si el mundo hubiera decidido romperse bajo nuestros pies.

Embiste y el aire cruje a su paso.

—¡Ahora! —ruge Trash.

Nos abrimos.

La bestia atraviesa el punto donde estábamos un segundo antes. Los cuernos rasgan el aire con un silbido grave y revientan la pared a nuestra espalda. Fragmentos de piedra saltan como metralla.

Maevriel entra por la izquierda. Yo por la derecha. Trash de frente.

Atacamos a la vez, coordinados. Tres ángulos que consiguen tres cortes. Mi espada muerde su carne, pero el Demencial no sangra, solo sale polvo rojo.

El Minotauro gira la cabeza hacia mí, sorprendido más que herido. Sus ojos rojos se fijan en mi cara y me parece ver algo similar a inteligencia detrás de ese vacío. Un bufido violento sale de su pecho y me golpea en plena cara. Huele a hueso triturado y a pelo mojado.

Su mano vuelve hacia mí con una velocidad absurda para un cuerpo tan grande. Retrocedo un paso demasiado tarde y la fuerza del golpe me roza el costado. Me levanta del suelo como si fuera una hoja.

El otro brazo baja como un martillo hacia Trash. Bloquea el golpe con las hachas y sale despedido varios metros.

Maevriel se tira al suelo y clava el filo de sus espadas en la pierna, pero la hoja rebota. Hierro. Placas incrustadas bajo la piel.

—¡Está blindado! —grita.

El Minotauro responde al ataque impactando con las pezuñas en el suelo.

La onda me levanta y caigo de espaldas. El aire se me escapa de los pulmones.

Entre la neblina provocada por el golpe, veo a Vaerion a mi izquierda, luchando contra el Senescal. No son figuras, son ruido.

Acero contra acero.

Se lanzan golpes tan rápidos que apenas distingo las trayectorias. El Ancestral ataca sin respirar, sin perder el ritmo. Preciso. Técnico. Letal.

Sin embargo, el Senescal ni siquiera retrocede. Bloquea con todas las partes de su cuerpo: antebrazo, hombrera, cuerpo… cada impacto de Vaerion suena como un yunque sobre su armadura.

Méntor alza las manos a nuestra espalda. La piedra que hay a los pies del Senescal se levanta. El suelo intenta atraparlo.

Apenas dura un segundo. El Senescal gira la cabeza hacia el Heraldo y el conjuro muere, como la llama de una vela aplastada con los dedos.

La piedra cae y Méntor retrocede, pálido, con las manos sujetándose la cabeza.

—Me ha bloqueado —escupe.

El Minotauro vuelve.

Es solo potencia y fuerza, pero lento y predecible en los movimientos. Esquivamos su ataque y contraatacamos. Maevriel salta y clava una de sus espadas en el cuello. Yo ataco a la rodilla y Trash le corta el vientre.

Todas las estocadas rebotan contra su armadura interior. Es como chocarse con una pantalla metálica.

La bestia nos barre con el brazo.

Maevriel choca contra la pared. Trash cae de rodillas. Yo ruedo justo a tiempo.

Entonces oigo un crujido. No sé si es hueso o piedra.

Me giro y veo cómo Vaerion resbala. El Senescal lo ha empujado con tanta fuerza que le ha quebrado el apoyo. Lo engancha del hombro y lo lanza contra el suelo.

El impacto retumba en mi pecho.

La espada de Vaerion sale despedida y el Senescal levanta la suya sobre su cabeza. Quiere asestarle el golpe final.

No pienso demasiado. Si no actúo rápido va a matarlo.

Aún me queda una carta que no he jugado.

El tiempo se vuelve extraño cuando decido que solo queda esa opción.

Veo demasiadas cosas a la vez: la espada de Vaerion en el suelo, el Minotauro girándose para cargar otra vez, el rostro pálido de Méntor tratando de realizar otro conjuro… Todo converge en un único punto: si el Senescal baja esa espada, Vaerion muere.

Me quito el guantelete y el brazal y dejo que la hoja de mi espada me atraviese el antebrazo. El dolor es limpio. Ardiente.

La sangre brota caliente.

Corro y salto sobre el Senescal.

Le caigo encima, sobre la espalda, y le arranco el yelmo.

La piel de su nuca es gris, seca y agrietada.

Y le restriego mi sangre por el cuello, por la cara, por toda la superficie de piel que queda a mi alcance.

Espero a que se debilite, a que la espada tiemble en sus manos y caiga. Mi sangre es veneno para los Heraldos… pero él no es uno de ellos.

Se ríe. Una risa hueca que retumba en mi cabeza.

—¡Genoveva! —grita Méntor— ¡Los Senescales son inmunes a la sangre real!

Sin embargo, ya es tarde.

La espada se olvida de Vaerion, sí, pero con la mano libre me agarra del cuello y me arrastra frente a él. Mis pies cuelgan… me quedo sin aire.

Empuño con fuerza mi espada y describo un arco para clavársela en la muñeca. El filo se incrusta, pero se detiene antes de tiempo. Una costra roja se forma veloz entre la espada y la piel del Senescal

y expulsa el metal de su cuerpo. La Herrumbre cicatriza la herida en un instante.

La materia corrupta de su sangre lo vuelve inmortal.

Vaerion intenta levantarse mientras la falta de aire me oscurece la visión.

El Senescal le pisa el pecho y lo clava al suelo.

El Ancestral ruge, no por el dolor, sino por el miedo, por la rabia. El instinto primario de presenciar la muerte de lo que te importa.

Nunca lo había visto así, y una parte de mí se quiebra. Pero poco importa. Me ahogo.

La visión se cierra, se oscurece… aunque no es negro. Es rojo.

Herrumbre.

Sangre.

Recuerdo: el Señor Oscuro los alimenta de Herrumbre.

Y una idea despierta. La busco dentro de él, dentro de su sangre… y la encuentro. Como un veneno, como barro negro.

Tiro con todas mis fuerzas. Y la arranco.

Sale por sus poros como sudor oscuro, se escurre entre las juntas de su armadura.

El Senescal se encoge, sus músculos se vacían. La presión afloja… pero aún no es suficiente. Yo sigo sin aire.

A través de mis párpados cerrados, siento la Herrumbre que ha salido de su cuerpo flotando frente a mí. Es un organismo vivo. Ha acompasado su latido a mi corazón. Me llama.

Y yo respondo. Es la única alternativa para salir con vida de allí.

La agarro, abro la boca y me la trago.

El mundo estalla. Fuego. Cristales. Algo me desgarra las entrañas.

Grito y mis venas arden.

La Herrumbre me quema por donde pasa. Sabe a hierro oxidado y a carne podrida. Algo repta bajo mi piel, como gusanos buscando una salida. Siento que mis uñas se agrietan. Y, a pesar de todo… anhelo más.

Quiero matar. Quiero arrancar gargantas con los dientes. Quiero sangre.

La Herrumbre late conmigo, me recubre. Se extiende por mis manos y envuelve mi espada. La tiñe de rojo y la convierte en una

extensión de mi cuerpo.

Río, pero no reconozco mi voz.

Esgrimo de nuevo la espada y corto. Un solo tajo. Y esta vez no hay nada que impida avanzar a su hoja.

El cuello del Senescal se abre y la cabeza cae, pesada, como una campana rota.

El cuerpo tarda un segundo más en entender que está muerto. Luego colapsa.

Caigo encima de él y el aire vuelve a llenar mis pulmones. Toso mientras me recupero.

La puerta del segundo anillo se abre con un quejido, pero la tregua no existe.

El Minotauro aúlla de locura al ver derrotado a su amo. Se encabrita. Patea la tierra con sus pezuñas, con insistencia… hasta que un temblor sacude la plaza.

El suelo se rompe y una grieta se abre bajo nosotros.

—¡Retroceded! —oigo gritar.

Sin embargo, llega tarde.

La roca que hay debajo de mí cede. El cuerpo sin vida del Senescal se precipita al vacío, pero yo consigo reaccionar a tiempo para agarrarme al filo. Quedo colgando sobre el abismo.

Unos metros más allá, veo que Maevriel también ha resbalado y se encuentra en la misma situación desesperada.

Nos sujetamos al borde, solo las manos, mientras el vacío sigue aumentando debajo de nosotras. Negro infinito. Por algún motivo que me desconcierta, la oscuridad me resulta atractiva. Quiero precipitarme hacia ella.

Vaerion está cerca. Se ha librado de caer. Se tira al suelo y me agarra.

—¡No te atrevas!

Pero yo… yo no soy yo.

—Genoveva, ¡mírame!

La Herrumbre me canta al oído. Me llama.

Quiero caer porque, si me quedo, volverán a salvarme, y ya me han rescatado demasiadas veces.

Le sonrío y aflojo los dedos.

—¡No!
Me suelto.
Maevriel tampoco aguanta y cae.
Oigo mi nombre romperse en la garganta del Ancestral.
Luego nada.
Y la oscuridad nos traga.

12. Bajo la segunda puerta

No sé cuánto tiempo he estado inconsciente.

No hay nada a mi alrededor. Ni brisa, ni sonidos… solo negro. Una oscuridad pegajosa, espesa, como si me hubieran enterrado bajo lodo.

Cierro los ojos y respiro.

El aire entra caliente. Todavía sabe a hierro, a putrefacción.

Me arde la garganta.

Intento moverme, pero resulta un error. El dolor tarda en llegar, aunque lo hace todo junto.

La cabeza. Un pulso brutal detrás de los ojos, un martillo golpeando con rabia el interior de mi cráneo.

Luego el pecho. Un hilo tirante que parece querer arrancarme las costillas de cuajo. Luego cada músculo. Cada hueso.

Me da la sensación de haber sido desmontada pieza a pieza y vuelto a encajar mal.

Se me escapa un gemido bajo. La boca me sabe a sangre seca.

Abro los ojos, pero no ha cambiado nada. Sigo ciega.

Apoyo la mano y palpo el suelo. Toco una piedra irregular, afilada. Está húmeda y tibia…

El corazón empieza a latirme más rápido.

Recuerdo la grieta en el suelo, la caída, el vacío tragándome… y el impacto que nunca llegó.

Es una caída abismal. Debería estar muerta.

Intento incorporarme. El mundo se inclina de forma violenta hacia la izquierda y tengo que apoyar las manos a un lado para no vomitar.

Me quedo a cuatro patas, respirando como un animal herido.

Poco a poco, algo cambia.

No es luz exactamente, es… brillo. Las vetas de las rocas empiezan a perfilarse en la oscuridad. Líneas finas, rojizas, brasas incandescentes enterradas bajo ceniza.

Es Herrumbre. Late en el interior de la tierra como un corazón enfermo.

Gracias a este débil resplandor empiezo a verme.

Mis manos están sucias, cubiertas de costras negras. Me limpio con el pulgar. Debajo el negro se convierte en granate. No es barro, es sangre seca. Mía.

Sigo el rastro sobre mi piel. En el antebrazo debería estar la herida. Recuerdo con claridad atravesar mi carne con la espada en un tajo limpio. Pero no hay corte, solo una cicatriz irregular, oscura. La piel se ha soldado desde dentro.

Paso los dedos y siento la carne lisa debajo. Nueva.

Se me hiela el estómago.

Me despojo de la armadura y me recorro el cuerpo con la mirada: costillas, muslos, brazos… Nada, no hay hematomas, ni golpes, ni huesos rotos. Solo esa sensación viscosa, desagradable, como si ya no estuviera sola en mi cuerpo.

Sé que debería haber muerto. Desde esa altura, contra estas piedras… nadie sobrevive…

Y entonces lo entiendo.

La Herrumbre.

Igual que sanaba las heridas del Senescal, me ha cosido a mí. Me ha… salvado. Y la palabra me da náuseas, porque no lo siento como algo bueno, sino como una infección que me está corrompiendo por dentro.

Un escalofrío me recorre la espalda. Y entonces aparece otra cosa.

Hambre. Pero no en el estómago. Más arriba, en el pecho… en los dientes. Una necesidad absurda *de apretar algo entre las manos hasta oír crujir los huesos*.

Parpadeo.

¿Qué demonios…?

Cierro los puños hasta que los nudillos crujen. Esa no soy yo.

Respiro hondo. Una vez. Dos veces.

El impulso disminuye, pero no desaparece. Se queda agazapado. Esperando.

Levanto la cabeza. El brillo rojizo se extiende por la grieta del subterráneo. Entorno los ojos y entonces lo veo.

Una forma en el suelo. Inmóvil. Demasiado quieta. Su pelo rubio está extendido como una mancha, la armadura abollada, el brazo doblado en un ángulo imposible.

La angustia me da una bofetada.

—… Maevriel.

No se mueve.

Intento ponerme de pie, pero las piernas me tiemblan. Esta vez no es dolor o debilidad, es miedo.

Me aferro al suelo y empiezo a arrastrarme hacia ella.

Cada movimiento me cuesta más de lo que debería. No por las heridas, que ya no tengo, sino por esa extraña sensación que llevo dentro. Siento que han vertido plomo en mis venas.

La llamo de nuevo, pero sigue sin responder.

Está boca arriba, torcida, medio hundida entre piedras sueltas que ha arrastrado con la caída. Se ve bien dónde ha golpeado al caer. La hombrera izquierda está destrozada. El metal se ha plegado hacia dentro como papel mojado.

Me derrumbo a su lado y le aparto el pelo de la cara.

Tiene la piel grisácea y los labios amoratados. Sigue sin moverse. El pánico me seca la boca.

Apoyo dos dedos en su cuello.

Nada.

Durante un segundo entero no siento nada.

Luego, un latido. Débil, irregular, pero ahí está.

—Sigues aquí —susurro, más para mí que para ella—. Aguanta, por favor, aguanta.

Le palpo el torso. Las costillas crujen bajo mis dedos, hundidas. Tiene sangre seca en la comisura de los labios, sangre que procede

del interior.

Me doy cuenta con desesperación de que esto no se cura con vendas, que la muerte solo está esperando su turno.

Tengo que conjurar para salvarla. He de encontrar fuerzas.

Me concentro, pero hay un zumbido dentro de mi cabeza que me impide pensar. La Herrumbre sisea dentro de mí.

Siento ese impulso otra vez. Esa voz oscura.

Déjala. Es débil, no sobrevivirá.

Aprieto los puños hasta que me sangran, pero la costra oscura no tarda en cerrar las heridas.

—Déjame —escupo, sin saber a quién le hablo.

Trato de conjurar de nuevo, pero casi me estalla la cabeza. No puedo canalizar mi sangre con ese zumbido incesante.

La agarro de la armadura y la sacudo.

—¡Despierta, Maevriel!

Es solo la desesperación quien habla. Sé que no va a responder. Su único signo vital es un hilo de respiración que entra y sale como un suspiro cansado.

De repente, a un latido de volverme loca por el dolor, un recuerdo me sacude.

Maireen. Antes de partir de Maredur me dio un frasco.

En momentos desesperados… son medicinales… te curarán las heridas.

Me palpo el interior de la camisa. Aún llevo la bolsa de arpillera colgando del cuello. Las manos me tiemblan tanto que me cuesta dos intentos desatar el cierre.

Vendas. Comida aplastada… Los dedos chocan con cristal. Hay un frasco pequeño envuelto en tela. Lo destapo. Huele a resina quemada y a flores podridas. Es eso, pero temo que se haya estropeado o que no sea suficiente para arreglar todo lo que tiene roto.

Levanto con cuidado la cabeza de Maevriel y le separo los labios con los dedos.

—Vamos, no me hagas esto. No me dejes sola aquí abajo.

Vuelco el líquido dentro.

Al principio no pasa nada y el pánico me sube por la garganta.

—Venga… venga…

Le masajeo el cuello para obligarla a tragar.

Pasa un segundo… dos… tres… y entonces su cuerpo se arquea con violencia. Se escapa de mis manos y golpea el suelo con la espalda.

—¡Maevriel!

Sus pulmones se llenan de aire de golpe en un jadeo bestial. Tose y escupe sangre negra. Sus costillas crujen, pero no suenan a romperse, se colocan. El brazo torcido tiembla y el hueso regresa a su posición correcta con un chasquido húmedo.

La piel también recupera su color poco a poco. Respira, y cada vez que lo hace siento que el aire vuelve también a mis pulmones.

Al final abre los ojos. Parecen desenfocar, perdidos. Me mira como si no supiera dónde está.

—¿Noérin? —murmura.

La risa me sale rota.

—Como me vuelvas a llamar así, te dejo aquí.

Parpadea y tose otra vez.

—¿Hemos… muerto?

Miro alrededor y contemplo las rocas brillando con su resplandor rojizo, la oscuridad interminable más allá y la Herrumbre latiendo tras las paredes.

—Todavía no —digo—, pero estamos bastante cerca.

Tomo su mano durante un segundo y la aprieto. Un segundo en el que permito que el miedo salga.

Tiemblo, porque si solo hubiera esperado un minuto más…

No. No quiero pensarlo. Sigue viva y con eso basta.

Nos ayudamos mutuamente a incorporarnos con cuidado.

No tenemos claro hacia dónde avanzar, pero sabemos que no podemos quedarnos paradas. Hay que encontrar una salida a ese subterráneo. Lo más probable es que los demás hayan asumido que hemos muerto, por lo que ni siquiera nos estarán buscando.

Ahora dependemos solo de nosotras mismas para salir de esta.

Caminamos durante un buen rato, aunque nos tiemblan las piernas. Maevriel apenas puede sostenerse en pie y yo tampoco estoy tan entera como finjo. Así que decidimos parar.

Aquí abajo no existe el día ni la noche, solo ese resplandor enfermo de la Herrumbre filtrándose entre las grietas de la roca.

Nos sentamos espalda contra espalda, compartiendo el calor de nuestros cuerpos. Hace frío en el subsuelo.

Durante un rato solo se oye su respiración, aun irregular. La poción de Maireen es poderosa, pero no obra milagros. Cada vez que tarda más de lo normal en inhalar, el corazón se me detiene.

Bebe un sorbo de agua y me ofrece otro sin mirarme.

Me resulta extraño su silencio. No ha dicho ni una sola palabra desde que comenzamos la marcha: ni agradecimientos, ni una queja, ni un lamento… Me pregunto si todavía sigue tratando de ubicarse tras la caída.

—Deberíamos descansar un poco —le digo.

—Ya lo estoy haciendo —responde, seca, cortante.

Sigue sin mirarme.

Me fijo entonces en cómo aprieta los dedos contra las rodillas, tan fuerte que tiene los nudillos blancos.

No está confundida. Está tensa por algún motivo.

—¿Te duele algo? —pregunto. Me parece lo más obvio.

—No.

Es mentira.

—Maevriel…

—Estoy bien.

La forma en la que lo dice significa exactamente lo contrario. Yo misma he utilizado ese tono en multitud de ocasiones con mi madre y con Camila cuando estaba molesta por algo.

Suspiro.

—Te he salvado la vida, podrías… no sé… mostrarte más amable.

Lo suelto sin pensar, a modo de justificación de una afrenta que todavía no sé cuál es. Pero me arrepiento al instante, porque gira su cabeza despacio hacia mí y en sus ojos no veo gratitud. Solo resentimiento.

—No te pedí que lo hicieras —escupe.

La frase es un puñetazo en la base del estómago.

—¿Cómo?

—No te pedí que me salvaras.

Se gira un poco más hacia mí. La luz roja le marca antiguas cicatrices en el rostro.

—¿Preferías morir? —pregunto, incrédula.

—Prefería no deberte nada.

Abro la boca para responder, pero no sé qué decir.

—¿Qué demonios te pasa? —susurro al fin.

No contesta de inmediato. Rumia la respuesta, quizás decidiendo la mejor manera de expresarse, de devolverme el daño. Cuando habla, su voz está cargada de resentimiento.

—Al aferrarme al filo de la tierra, con las manos resbalando sobre el abismo y sin aire, ¿sabes qué fue lo primero que vi?

Niego con la cabeza.

—A Vaerion tirarse al suelo.

Mi estómago se encoge.

—Pensé… —se ríe, pero no suena agradable—, pensé que vendría a por mí.

Ah…

Ahora lo entiendo.

—No dudó ni un segundo—continúa con los dientes apretados—. Fue directo a por ti.

La Herrumbre late en las paredes, y yo contengo la respiración. No intervengo, dejo que se desahogue.

—Llevo siglos a su lado, Genoveva.

Siglos. La palabra pesa.

—He luchado cada batalla, he enterrado a hombres valientes que han muerto por su nombre, he sacrificado cosas que no imaginarías para mantenerlo con vida.

Me mira por primera vez, y percibo en ella un nuevo matiz: vulnerabilidad.

—Y, aun así, cuando tuvo que elegir… no fui yo.

No hay celos, es algo más profundo. La certeza de no ser la prioridad.

—¿Lo amas? —pregunto en voz baja.

Ella suelta el aire por la nariz.

—Eso sería demasiado fácil. —No sonríe—. Todos en Faerín lo amamos a nuestra manera. Es un Ancestral, nuestro general,

nuestro… dios, si quieres llamarlo así.

Mira al suelo.

—Pero contigo no es eso.

Levanta la vista para fijar sus ojos de nuevo en mí.

—Contigo sangra. —Se me eriza la piel—. Contigo se equivoca, sufre.

Baja la voz.

—Y odio la forma en la que lo conviertes en humano.

Aunque más que odio, percibo miedo.

—Porque los dioses no mueren —susurra—, pero los hombres sí.

La frase me atraviesa, punzante. Yo también he visto esa grieta. Le he visto renunciar a sus valores, perder el control… y sé que es por mí.

—Nunca quise eso —digo, y mi voz suena demasiado pequeña. Ridícula—. Nunca quise que nadie sufriera por mí. Yo solo…

Se me cierra la garganta.

Akhir.

Siempre Akhir.

—Solo intento salvar a alguien… Alguien que no quiere ser salvado.

Maevriel me observa largo rato.

Y creo que, por primera vez, no ve a la reina, ni a la rival, ni a la intrusa. Ve a una mujer asustada. Rota.

—Qué estúpidas somos —murmura al final.

Parpadeo.

—¿Qué?

—Tú persiguiendo a un demonio. —Señala hacia arriba—. Yo persiguiendo a un dios. Y al final las dos acabamos aquí abajo. Hechas mierda.

Y se ríe.

Es una risa cansada, real, y no puedo evitar reír yo también. Duele, pero sale.

Nos quedamos en silencio otra vez, pero en esta ocasión es más ligero.

—Gracias —dice al fin. Muy bajo, como si le costara arrancarlo del pecho.

La miro.

—No te acostumbres —apuntilla.

—Tú tampoco.

Apoya la cabeza contra mi hombro, solo un segundo. Después se aparta, pero el gesto ya está hecho.

El cansancio termina por vencernos.

Maevriel se queda dormida primero, con la espalda apoyada en la roca y la cabeza ladeada hacia mi hombro. Su respiración es profunda, pero se ha vuelto regular.

Yo aguanto un poco más.

La Herrumbre brilla en las grietas de la caverna con un resplandor lento, hipnótico. Me obligo a no mirarla demasiado tiempo. Tengo miedo de que, si lo hago, algo en mí responderá. Lo noto en la sangre y en la boca; en esa hambre que no se apaga del todo.

Cierro los ojos.

El sueño no llega, me arrastra. Caigo dentro de él como caí por la grieta, sin transición, sin aire.

Aterrizo sobre un suelo que no reconozco. No es roca, ni tierra, ni Herrumbre. Es algo blando, caliente… cede bajo mis pies como arcilla. Cada paso deja una huella que se cierra al instante.

El cielo es negro. No hay estrellas.

—Genoveva…

Oigo una voz que me llama, pero no me molesto en volverme. No proviene del exterior, nace detrás de mis ojos.

Avanzo, aunque sé que no debería, pero el hambre me empuja.

Una silueta surge frente a mí. No tiene forma definida ni se puede abarcar con la mirada. Es cambiante, a veces parece un cuerpo gigantesco; otras, una sombra extendida; otras, una grieta abierta en la realidad.

No tiene rostro, pero siento su atención cerrarse alrededor de mi garganta, igual que la mano del Senescal, pero no aprieta. Espera.

—Seas bienvenida, Casa Velaryan —dice sin boca—. La primera reina del Oeste.

La Herrumbre dentro de mí se agita. Reconoce. Mis venas arden.

—¿Quién eres? —susurro, aunque no estoy segura de que mis labios se muevan.

La respuesta no llega en palabras. Llega en forma de presión en el pecho. El mismo tirón invisible que me separó del grupo en el laberinto. Esta vez no me arrastra, me sujeta.

La silueta se inclina y el mundo entero parece moverse con ella.

—Ahora puedo verte.

Siento algo abrirse paso dentro de mí, deslizarse entre los huesos, acomodarse como si siempre hubiera tenido ese espacio reservado. No duele, pero es desagradable.

Intento apartarme, huir, pero el sueño se aferra a mí con uñas y dientes.

—No te escondas —dice, como si me hubiera leído la mente—. Ya elegiste.

Y, durante un solo instante, entiendo cómo sería dejar de luchar y entregarme.

Luego grito.

Y despierto.

Me incorporo de golpe, con el corazón desbocado y la garganta en llamas. La caverna vuelve a rodearme, y la roca y el resplandor rojizo, y el silencio.

Maevriel sigue dormida a mi lado, ajena a todo.

Me llevo la mano al pecho y siento el latido fuerte, desordenado.

No ha sido solo un sueño, el Señor Oscuro sabe que estoy aquí… y una parte de mí le ha respondido.

13. Los que aún sangran

Todavía me tiemblan las manos al colocarme la armadura.

Adherida a mi piel tengo una sensación pegajosa que persiste más allá del sueño, como si no hubiera despertado del todo; como si una parte de mí siguiera allí, caminando sobre ese suelo blando que se hundía bajo mi peso.

Aprieto la correa del peto más de lo necesario y el metal chirría.

Respiro hondo.

El hambre extraña que me asaltó al despertar tras la caída no está ahora, pero la siento agazapada, como un animal al que han enseñado a sentarse… y que está esperando a que me dé la vuelta.

No recuerdo haber sentido algo así antes. Es una especie de expectativa que no sé cómo satisfacer. Durante un segundo pienso en la garganta del Señor Oscuro abriéndose bajo mi espada.

La imagen llega con una claridad indecente.

Sacudo la cabeza con brusquedad.

No soy eso. No voy a convertirme en eso.

Sin embargo, la Herrumbre no discute conmigo, se limita a esperar, paciente, el momento en el que vuelva a necesitarla.

Maevriel sigue dormida, apoyada contra la roca. Me inclino para tocarle el hombro.

—Maevriel —susurro—. Tenemos que movernos.

No llega a responder.

Un sonido me hace levantar la cabeza, alerta.

Es un arrastrar torpe, pero múltiple, grande. Muchos cuerpos que no saben moverse bien en silencio.

—¡Arriba, Maevriel! —grito mientras desenvaino la espada.

Despierta de golpe justo cuando salen de las sombras en tropel.

Avanzan mal, a trompicones, con movimientos erráticos que reconozco demasiado bien. Figuras humanoides cubiertas de andrajos; la piel oscura y cuarteada, como si hubiera sido hervida y dejada secar al aire.

No tienen formación, aunque atacan de igual manera.

Maevriel rueda a un lado justo cuando la primera figura se lanza hacia donde estaba su cabeza un segundo antes.

Cargo, y el olor a putrefacción me golpea con tanta fuerza que casi vomito.

Con la espada en alto, esquivo e impacto. El filo se hunde en la carne, pero no es polvo rojo lo que sale de la herida.

Hay un grito real, desgarrado. Un grito humano.

Me quedo helada.

La figura se retuerce en el suelo y se lleva las manos a un lado. La hoja le ha abierto un costado y, de la herida, no mana Herrumbre.

Sale sangre. Roja. Oscura.

Estoy tan acostumbrada a ver polvo rojo salir de toda criatura andante de este lugar que, por un instante, mi mente no reconoce lo que estoy viendo. Pero el grito es humano, pertenece a alguien vivo.

El horror me golpea con retraso.

—Parad —digo, y mi voz suena más dura de lo que pretendo transmitir—. ¡Parad!

Maevriel también lo ve y lo entiende en el mismo instante que yo. Su siguiente estocada se ha quedado a medio camino.

Levanto las manos y tiro mi espada al suelo en señal de rendición. Maevriel me imita.

Las figuras se detienen.

Jadean por el esfuerzo y la tensión. Algunas levantan también las manos, de forma torpe. Ninguna intenta continuar el ataque.

Una de ellas da un paso al frente y se quita el disfraz de piel muerta que le cubre el rostro. Es un chico joven, quizás no alcance

los quince años. Tiene el ojo inflamado y sangre en la comisura de los labios, pero cuando habla, la voz es clara.

—No queremos luchar.

Bajo las manos.

—Entonces, ¿por qué atacáis?

Se miran entre ellos y la mayoría se quita las máscaras que los hacen parecer criaturas muertas. Hay miedo bajo ellas, no la furia vacía de los poseídos.

—Pensamos que erais espías del Señor Oscuro…

—Shhh —le interrumpe otro, y baja la voz—. No lo nombres.

—No somos nada de eso —digo—. ¿Quiénes sois vosotros?

El muchacho duda un segundo.

—Los últimos supervivientes de las tierras del Sur.

Sus palabras resuenan en la caverna con un tono extraño, cargado de pesadumbre para alguien de su edad.

Levanto la vista y contemplo al pequeño batallón que nos ha sorprendido. Rostros demasiado pálidos para haber visto el sol, cuerpos enclenques y malnutridos, miradas huidizas y desconfiadas.

—Tenemos que llevaros ante ella —continúa el chico—. Ella decidirá lo que sois.

—¿Ante quién?

Levanta la barbilla y la dirige hacia la oscuridad, hacia un sendero que no vemos.

—Nuestra líder.

Nos rodean sin tocarnos, pero con el filo de sus armas aún atento, como si fuésemos prisioneras.

Nos conducen por grietas dentro de agujeros y escaleras que no lo parecen hasta que ponemos el pie en ellas. Mientras avanzamos, noto que el zumbido de mi cabeza disminuye. Se amortigua.

El subsuelo cambia.

Las paredes dejan de rezumar Herrumbre y el aire se vuelve más limpio. Aparecen marcas talladas en la roca. Símbolos. Y se reducen las antorchas colgadas en las paredes, alimentadas por una luz blanca, no rojiza.

Entramos en una especie de túnel que desciende en espiral suave, casi imperceptible. Si no fuera por la presión creciente en los oídos,

pensaría que seguimos al mismo nivel. El suelo está pulido por centenares de pasos a lo largo de los siglos, y se inclina hacia un lado, lo justo para que el agua resbale hacia canales tallados en los extremos. No parece casual.

Aparece tras atravesar un pasillo angosto entre dos paredes de roca negra.

Una ciudad.

Excavada en las entrañas de la tierra, con terrazas talladas en la roca y luces pálidas suspendidas como constelaciones domésticas.

El último bastión, la resistencia de un pueblo que se ha negado a desaparecer.

Aquí abajo no todo está muerto, pero no sé si eso significa que aún podemos salvarnos, o que todavía queda mucho por perder.

—Entramos en Nereth-Kahl —dice el chico joven sin volverse.

El nombre hace eco entre las rocas.

—¿Qué significa? —pregunta Maevriel a mi lado.

—Los que permanecen.

Nereth-Kahl se extiende ante nosotras en niveles concéntricos, viviendas talladas sobre la piedra, talleres, depósitos de agua, zonas comunes. Cristales incrustados en las paredes emiten un resplandor suave al ser rozados por el calor de los cuerpos y el movimiento constante.

La gente nos observa al llegar, pero no hay hostilidad en sus rostros. Solo curiosidad.

Hay niños transportando recipientes de agua, ancianos revisando cultivos de hongos adheridos a muros húmedos, artesanos golpeando metal limpio con herramientas precisas. Todo funciona para servir a un propósito.

—Aquí abajo no solo sobrevivimos —dice el muchacho, como si hubiera leído mis pensamientos—. Hemos alcanzado cierta calidad de vida.

Nereth-Kahl no es un refugio, no es una ciudad construida para resistir al Señor Oscuro… sino un lugar que trata de ignorar su existencia.

Nos conducen hacia una estructura elevada, excavada en un saliente de roca negra que domina toda la ciudad. Una semifortaleza

silenciosa, sin adornos, sin estandartes, sin concesiones estéticas.

El corazón de Nereth-Kahl.

Siento las miradas de la ciudad clavarse en mi espalda mientras ascendemos. Somos dos desconocidas que han aparecido de la nada y aseguran no tener nada que ver con el Señor que gobierna estas tierras.

Hacen bien en ser cautos. Si descubrieran lo que llevo dentro ahora mismo quizás no nos permitirían dar un paso más.

—Nuestra líder decidirá si sois una amenaza —dice el muchacho, deteniéndose— o si podemos ayudaros a volver a la superficie.

La Herrumbre dentro de mí se agita y temo que, si descubren lo que soy ahora, no dudarán en matarme.

Accedemos a la fortaleza a través de un arco de piedra negra, trabajado hasta parecer casi orgánico, como si la piedra hubiera cedido por propia voluntad. El silencio se vuelve más denso en el interior. El eco de nuestros pasos apenas rebota.

Tras cruzar un pasillo angosto, llegamos a una sala excavada en bancadas descendentes, como un gran anfiteatro. El suelo está ligeramente inclinado hacia un centro circular. No hay tronos ni símbolos de poder. Solo piedra desnuda y líneas grabadas en el suelo circular que canalizan la luz blanca hacia un punto exacto.

Allí está ella.

No necesito que nadie la introduzca para saber quién es.

Está sentada sobre la bancada inferior, con la espalda recta y las manos apoyadas sobre un bastón corto de metal claro. Es joven… aunque no exactamente. Su rostro es sereno, sin arrugas, pero su postura pertenece a alguien que ha vivido demasiado para moverse sin un propósito.

El pelo blanco recogido en un moño tirante sobre la nuca.

Sus ojos están abiertos, pero son opacos, lechosos… Ciegos.

Y, aun así, cuando cruzamos el umbral de la sala, su cabeza se inclina levemente en nuestra dirección. Me da la extraña sensación de que, tanto el silencio como los sonidos, se transmiten a su antojo.

A su lado, apenas un paso por detrás, hay otra mujer.

Anciana. Muy anciana.

La piel se le pliega en capas finas, casi traslúcidas, y su cabello blanco cae suelto por la espalda. No lleva armas, pero su postura contradice a la de la líder. Es tensa, alerta. Sus ojos, negros y afilados, no se apartan de mí ni un segundo.

No parpadea.

—Señora —dice el chico que nos escolta—. Las encontramos en los niveles superiores. No son criaturas del Señor Oscuro. Sangran como nosotros.

La mujer ciega asiente despacio.

—Lo sé. —Su voz no es fuerte ni autoritaria. Es clara, modulada—. Oigo sus corazones latir. Uno herido. El otro… complejo.

Apoya el bastón contra la roca y se incorpora sin ayuda. El movimiento es fluido y firme. No necesita el bastón para sostenerse, sino para guiarse.

—¿Por qué estáis en Nereth-Kahl? —Camina hacia nosotras. El bastón golpea la piedra con un ritmo suave: *tac, tac, tac*. Cada golpe coincide con el latido de mi corazón.

—Caímos por una grieta en la superficie.

Se detiene frente a mí.

—¿Caísteis y seguís respirando? —Arruga la expresión—. Es difícil de creer.

—Tuvimos suerte —apuntilla Maevriel.

—¿Suerte? —Estalla en una carcajada incómoda—. Hace siglos que la suerte abandonó estas tierras. Decidme la verdad, ¿quiénes sois y qué hacéis aquí?

No me mira directamente, pero siento su atención clavarse en algún punto de mi interior. Incisiva. Punzante.

—Soy la reina Genoveva, de la Casa Velaryan. Y ella es Maevriel, Espada del Lobo de Faerín. Hemos venido a derrotar al Señor Oscuro.

Durante un segundo, el silencio que sigue se adueña de la escena. Puedo sentir a la ciudad conteniendo el aliento.

Luego, el bastón de la mujer se alza y me golpea en la cara. Noto la sangre brotar al instante.

—¿Os creéis que soy estúpida? —protesta—. Nadie puede atravesar las Montañas Rocosas.

Me limpio la sangre con la mano y un latigazo de dolor me sacude cuando me rozo la herida. No voy a hablarles de mi linaje ni de la sangre de Aethryon. Sé que es peligroso, y que la codicia se oculta aun en los corazones más nobles.

—Es la verdad —concluyo—. Tenemos la ayuda de un Heraldo para movernos por el laberinto. Hemos derrotado ya al segundo Senescal y a su Minotauro.

Su labio interior tiembla. Sopesa la posibilidad de que lo que estoy diciendo sea real.

—No soy vuestro enemigo —digo, consciente de lo frágil que suena la afirmación—. Ni el de vuestra gente.

La líder aspira el aire y sus fosas nasales apenas se dilatan.

—Hay algo en la certeza de tu voz que suena perturbador porque parece verdad, pero es… imposible.

La anciana sigue mirándome desde la distancia, sin intervenir. Hay algo en esa mirada que no es solo sospecha. Me genera inquietud. Levanta sus dedos al aire y traza con ellos un símbolo, parece hecho de forma inconsciente, pero intuyo que tiene un significado ritual.

La líder apoya el bastón en el suelo. El sonido, seco, se propaga por toda la sala.

—Deliberaremos —dice al fin—. Hasta entonces, no sois invitadas… ni prisioneras.

Hace un gesto mínimo con la mano hacia el muchacho.

—Llevadlas a las cámaras bajas.

Nos conducen fuera de la sala y nos arrastran hacia las oscuras profundidades, bajo la atenta mirada de la anciana, consciente de que ella ha visto en mí algo que yo no soy capaz de explicar.

14. Escalera de sombras

El muchacho nos conduce sin prisa, pero sin permitirnos mirar demasiado a los lados.

Otras dos personas nos escoltan por la espalda. No se han quitado los disfraces de muertos vivientes y el olor a putrefacción nos acompaña en el descenso. Mi mandíbula se tensa.

Bajamos por un corredor estrecho que se curva en espiral, como la superficie de una caracola. Me aferro a la cuerda anclada a la pared que sirve de asidero. La curvatura es demasiado cerrada y me cuesta mantenerme centrada.

A cada vuelta, Nereth-Kahl queda un poco más arriba y el murmullo de la ciudad se convierte en un rumor apagado.

Aquí abajo el aire es más frío.

No es el frío hostil de las catacumbas del palacio de Lirien, sino uno sano, purificador. Me sorprende que esta sensación, tan básica, me alivie. Después de la Herrumbre y la caída, cualquier cosa que no huela a muerte se siente como esperanza.

Observo que Maevriel cojea un poco. La poción de Maireen la rescató de la muerte, sí, pero todavía se mueve como si estuviera pagando el coste de la caída.

Yo debería sentir el mismo agotamiento y, sin embargo, mi cuerpo responde. Demasiado bien.

Sé que es cosa de la Herrumbre. Sigue ahí, escondida, pero cada vez que la distancia con el muchacho se reduce, noto un cosquilleo en los dientes, un impulso mínimo de violencia sin motivo.

Me obligo a sofocarla. A tener la cabeza donde importa.

El muchacho mira por encima del hombro y habla casi en un susurro.

—¿De verdad sois quien decís? —Hay una especie de temor reverencial en su pregunta.

—Así es. —Mi tono no admite dudas.

El chico guarda un silencio largo antes de continuar.

—Entonces, no os lo toméis… —dice, y no encuentra las palabras —. Lo de la Señora.

—Me ha golpeado la cara —protesto, seca.

En Lirien habría sido ejecutada por eso.

Maevriel suelta una risa breve.

—En Faerín lo llamamos bienvenida.

El chico no se ríe.

Se detiene al final de la espiral descendente, donde el camino hace un recodo para continuar por otro pasillo. La luz blanca que brota de las paredes se hace más intensa.

Se humedece los labios.

—Su nombre es Ildra —dice al fin—. Ildra de Nereth-Kahl.

El nombre tiene una fuerza que puedo sentir en las paredes, donde su eco rebota y se asienta.

—Ildra no siempre fue así —añade.

—¿Así cómo? —pregunta Maevriel.

El muchacho baja la voz todavía más.

—Desconfiada. Cortante… Autoritaria.

Recorremos el corredor que se abre puntualmente a pequeños espacios donde hay depósitos de agua cerrados con tapas de metal, estanterías de alimentos secos, haces de fibras vegetales colgando de las paredes como si fueran cabello.

Nereth-Kahl no huele a miseria. Tienen un sistema y están organizados.

—Hace años —continúa el chico—, alguien llegó como vosotras.

Me tenso sin querer.

—Un Heraldo herido —dice—. Traía historias de arriba sobre una crueldad desmedida y juró que se arrepentía de haber entregado su vida al Señor Oscuro. Le permitimos quedarse.

Mis dedos se cierran alrededor de la correa del peto. El metal cruje.

—Se ganó nuestra confianza. —El silencio entre sus frases dice más que cualquier explicación.

El recuerdo sigue vivo. No es una historia que hayan repetido tantas veces que ya no duela. Es todavía una herida abierta.

—Nos enseñó a luchar —continúa—. A usar armas que no conocíamos. A movernos por los túneles superiores sin llamar la atención de las criaturas. Pensábamos que estaba de nuestro lado.

Las sombras del corredor se alargan y se mezclan con las nuestras.

—Una noche… —su voz se vuelve amarga—, una noche bastó para darnos cuenta de nuestra ingenuidad.

Paso a paso, el corredor parece escucharlo. Las luces blancas se vuelven más tenues, como si la propia roca quisiera apartarse de ese recuerdo.

—Se llevó a los niños —dice.

Maevriel tensa todos los músculos y sus dientes chirrían.

Yo noto un vacío en el estómago, instantáneo, físico. Y en ese vacío, otra cosa se mueve: la Herrumbre, atenta, interesada.

—Los cogió a todos —prosigue el chico—. Entre ellos…

Hace una pausa que no es teatral, es dolorosa.

—El hijo de Ildra.

Uno de los escoltas de la espalda carraspea, incómodo. Y yo siento como si el aire se hubiera llenado de óxido. Irrespirable.

—Ildra salió en su búsqueda —dice el muchacho—. Solo con una espada y un bastón. Y lo que encontró…

Le cuesta terminar la frase.

—Dicen que los encontró a los pies del Castillo Negro —susurra—. Pequeños cuerpos desechados, con la piel exhumando Herrumbre por los poros, fosas nasales… ojos rojos sin brillo. Un rastro de óxido en lugar de lágrimas.

Aprieto la mandíbula.

—Bebés —digo, y la palabra parece una blasfemia en este lugar.

El chico asiente.

En mi cabeza aparece una imagen absurda: Camila de niña, con las manos manchadas de tinta, mirándome con el gesto serio que adoptaba cuando intentaba parecer mayor.

La imagino en brazos de alguien como ese Heraldo. La imagino llevada hacia el Castillo Negro… Tengo que cerrar los ojos un instante para apartar la imagen.

La Herrumbre dentro de mí se agita, pero no con horror. Con interés.

Me repugna.

—Los pequeños no resisten la Herrumbre del exterior —continúa el chico—. Se apagan en minutos.

Me obligo a inhalar despacio. Siento náuseas, pero no puedo darme el lujo de vomitar frente a ellos.

—Ildra regresó con los brazos vacíos —continúa—, y con los ojos… —Hace un gesto vago hacia su propio rostro—. Aquí abajo vivimos en oscuridad. Se expuso a la luz durante demasiado tiempo y sus ojos se quemaron.

Caminamos un tramo más.

Las paredes aquí están cubiertas con una sustancia blanca, lechosa, con vetas que reflejan la luz como si fueran sal.

—Después de eso, la ciudad de entonces no fue segura. Tuvimos que dejarla para crear Nereth-Kahl y escondernos mejor.

Se gira hacia nosotras. Su expresión está cubierta por una sombra de temor.

—Por eso no confía. No es que reniegue de vuestro título. Es que… —se le quiebra la voz un instante, pero se recompone—, es que ya aprendimos lo que cuesta equivocarse.

El corredor termina bajo un arco tan bajo que tenemos que inclinarnos para pasar.

El muchacho se detiene y nos señala dos puertas de metal que aparecen tras el arco.

En el interior, hay mantas dobladas, un cuenco de agua, una bandeja con pan duro y unos hongos deshidratados. Es austero, aunque lo imaginaba peor.

No es una celda improvisada ni un rincón donde arrojar prisioneros. Alguien pensó en lo que significa dormir, comer,

descansar sin perder del todo la dignidad.

—Bienvenidas a las Cámaras bajas —dice.

Me mira como si quisiera decir algo más, algo que le quema en la lengua.

—Si de verdad sois la Reina del Oeste —susurra— no intentéis convencerla con palabras.

Levanto la barbilla.

—¿Con qué, entonces?

El chico no desvía la mirada.

—Con lo único que aquí sigue teniendo valor. Con hechos.

Y nos permite el paso después de habernos despojado de nuestras armas.

Maevriel coge su bandeja y se viene a mi habitación. Es mejor eso que cenar solas.

Comemos en el suelo, con las bandejas apoyadas sobre las rodillas.

Ingiere despacio, con movimientos mecánicos. Yo hago lo mismo, aunque no tengo hambre. O quizás sí… pero no de esto.

La habitación es pequeña, excavada con cuidado. Dos jergones de fibras secas, una repisa con una lámpara de luz blanca, sin llama. No huele a encierro. Tampoco a hogar.

—Es lo mejor que he comido en días —digo.

Los hongos son sabrosos y se hinchan al contacto con la saliva. Se vuelven jugosos. El pan, pese a estar duro, tiene un sabor agradable. Estoy segura de que no está amasado con ningún cereal que conozca.

Maevriel no responde. Parece volver a rumiar algo mientras restriega un pedazo de pan por el plato.

—¿No estás de acuerdo? —insisto.

—Preferiría no tener que estar comiendo esto, la verdad —responde.

Levanto la vista del cuenco.

—¿Y dónde querrías estar?

Maevriel resopla, como si fuera obvio.

—Arriba, con mi general y mi compañero —dice—. Buscando al tercer Senescal.

—¿Acaso habrías preferido luchar contra esta gente? Estaríamos muertas.

—O habríamos escapado.

—O habríamos provocado una masacre —replico—. Había críos, Maevriel. Gente que no empuñaba armas.

Deja el cuenco en el suelo con un golpe seco.

—Siempre hay niños —dice—. Y siempre hay gente que los usa como escudo para salvarse el culo.

La dureza de su tono me incomoda más que el contenido. Sigue guardándome rencor por la elección de Vaerion.

Me apoyo contra la pared.

—No puedes vivir esperando lo peor de todos —le digo.

—Claro que puedo. —Me mira al fin—. Así es como he sobrevivido.

Me encantaría decirle que no, que ha sobrevivido todo este tiempo gracias a la materia y a los conjuros de sanación de Shaelira. Gracias al sacrificio de miles de niños que han servido de alimento a los bosques para producir materia. Pero me callo para no empeorar las cosas.

—Tú has decidido confiar en esta gente —continúa—. Dejarte capturar y bajar la espada; y eso, en un terreno hostil como este, puede costarnos la vida.

Su falta de fe en la condición humana me irrita.

—Perdóname por creer que, incluso en las peores circunstancias, siempre queda algo que salvar en las personas.

—Eso lo dices porque siempre has tenido un lugar al que volver.

La frase cae despacio, aunque me golpea igual.

—Un castillo. Una familia. Pan caliente —enumera sin alzar la voz —. Incluso cuando lo perdiste todo, seguías siendo una reina. Siempre habrá alguien dispuesto a protegerte.

Siento el impulso de negarlo, pero no puedo hacerlo.

—En Faerín no hay castillos —sigue—. No hay segundas oportunidades. Si confías en alguien que no debes, mueres. O haces que fallezcan otros.

—No sabes lo que he perdido —respondo, más bajo.

—No —admite con cansancio, casi con hastío—. Pero es más fácil llorar entre almohadones.

No respondo porque sé que de nada serviría. Ella ya me ha juzgado. Jamás se pondrá en mi lugar. Mi dolor nunca será suficiente, nazca de haber traicionado a mi hermana, de haber mandado a morir a mi capitán…

Nos quedamos así, enfrentadas. Dos mujeres que han sobrevivido a cosas distintas y por eso hablan idiomas que no se entienden.

Al final, Maevriel coge su bandeja y se levanta.

—Si nos matan —dice antes de salir—, será porque bajaste la espada.

—Y si no lo hacen —replico— será porque alguien decidió no parecerse al monstruo que vinimos a enfrentar.

No contesta. Se da la vuelta y sale de la habitación.

El silencio vuelve a ocuparlo todo. Enrarecido.

Me tumbo en el jergón y no tardo en quedarme dormida. El sueño llega roto, irregular.

Veo rojo. Pero no de sangre. De Herrumbre.

La siento deslizarse bajo mi piel, dibujando venas nuevas, reclamando su espacio. Trepa por mis muñecas y se enrosca alrededor de mis brazos como un brazalete.

Me muestra los rostros de Camila y de Alisée deformados, putrefactos… mirándome con miedo. Me muestra mis manos manchadas de sangre. Me conduce hasta un trono cubierto de polvo rojo.

Intento despertar. Sin embargo, no puedo.

—Es curioso que no te haya destruido.

Abro los ojos de golpe.

La extraña anciana está sentada frente a mí, en la penumbra de la habitación. La luz blanca de la lámpara dibuja sombras angulosas sobre su rostro.

—Sin duda, tienes algo diferente.

Trago saliva y me incorporo despacio en el colchón. Las sensaciones del sueño aún se sienten sobre mi piel.

—¿A qué te refieres? —le pregunto.

Inclina la cabeza, observándome con sus ojos negros, como si pudiera ver a través de la carne. Sus dedos, aunque caen a ambos lados del cuerpo, no dejan de trazar símbolos.

Me doy cuenta de que no está dibujando al azar. Cada gesto repite una secuencia: un círculo, una línea, tres puntos…

No sé qué significan, pero el ritmo de sus dedos se sincroniza con mi pulso. La anciana lo nota también y sonríe ligeramente.

—Interesante —murmura.

Su tono transmite la sorpresa de un estudioso que acaba de encontrar una especie nueva.

—Has consumido Herrumbre y, sin embargo, sigues viva. ¿Por qué?

No entiendo a qué se refiere.

—Los Heraldos también consumen Herrumbre y siguen vivos —digo.

—¿Es que acaso eres uno de ellos?

Me muerdo la lengua por la estupidez de mi comentario.

—No —respondo, sosteniéndole la mirada.

—Entonces, no te compares —me reprende—. Los Heraldos no son personas como tú o como yo.

Entrecierro los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—No puedes destruir un alma que ya está rota. Ellos han renunciado a lo que son y han sucumbido ante ella, por eso la Herrumbre no los mata. Al contrario, los mantiene con vida. Pero en tu caso…

Se levanta despacio.

—Ten cuidado porque, por muy poderosa que sea tu sangre, eso que llevas dentro puede destruir todo lo que amas.

Desaparece sin hacer ruido.

Me quedo despierta, con el corazón golpeando demasiado fuerte, sin saber si se refería a la Herrumbre…

… o a esa parte de mí que no desea ser salvada.

15. Los condenados

No llaman a la puerta.

La abren.

La luz del corredor se derrama dentro de la estancia y dibuja un rectángulo blanco en el suelo.

Me incorporo de golpe, con el pulso acelerado y, por un instante, no sé dónde estoy. Luego recuerdo. Nereth-Kahl. Las cámaras bajas. La anciana. La Herrumbre.

Maevriel ya está de pie junto a las tres figuras que esperan al otro lado del umbral. Tiene la mandíbula apretada y los hombros rígidos. No me mira.

Los tres hombres no llevan disfraces esta vez, sino ropas limpias. Armas visibles, pero bajas. Su postura no revela amenaza, pero tampoco simpatía. Están allí para escoltarnos, pero aún no sé en calidad de qué.

—Ildra os reclama en el Consejo.

—Me gustaría asearme —pido. Hace días que no me lavo y siento el barro adherido a mi piel como una costra tirante.

—No tenéis permiso.

Me pongo en pie, destilando la humillación por cada poro. No estoy acostumbrada a ser tratada de esa manera. La Herrumbre de mi interior me pide que actúe. Es una presión incómoda bajo la lengua. Respiro despacio para mantenerla a raya. De momento funciona.

Maevriel avanza la primera. Yo la sigo.

El muchacho no está entre ellos y, no sé por qué, eso es lo que más me inquieta. Había algo en su mirada que me daba cierta esperanza. Estos tres hombres no tienen nada de eso.

Esta vez, en el anfiteatro no solo se encuentran Ildra y la anciana. Hay, al menos, una veintena de rostros alineados y juntos en la primera bancada. Supongo que se trata del Consejo. Y, dispersos entre el resto de filas, hay más personas. Algunos viejos. Otros demasiado jóvenes. Nadie habla, solo nos miran.

Sin embargo, tras la conversación con el muchacho la noche anterior, siento una certeza demoledora: para ellos no soy una reina, soy un riesgo.

Ildra nos espera en el centro, apoyada en su bastón. La anciana se mantiene un paso detrás de ella, una sombra con forma humana.

Nos hacen avanzar hasta situarnos a pocos metros de las dos mujeres.

Siento todos los ojos sobre mí. Y algo más: una expectación tensa, como si todos supieran ya el final y solo estuvieran esperando a que se pronuncie en voz alta.

—Hemos deliberado —dice Ildra. Su voz se eleva hacia la bóveda de la fortaleza—. Y hemos concluido que, pese a que creemos que sois quien decís, no podemos permitir que salgáis de aquí. El riesgo es demasiado elevado.

El bastón golpea el suelo.

—Si lo que teméis es que revelemos vuestra existencia al Señor Oscuro, os puedo asegurar que…

—Sabemos que vos no lo haréis —me interrumpe—, pero la Herrumbre de vuestro interior sí.

La sentencia es una bofetada de realidad. Más de la que estoy dispuesta a admitir.

Titubeo.

Maevriel me mira con incredulidad y aprieta los puños. Luego se vuelve hacia Ildra e intenta salvar la situación.

—Vamos a destruirlo —dice.

—Eso es poco probable —interviene la anciana—. Y menos con la traición entre vuestras filas.

Sus ojos negros me atraviesan. Me recuerdan a los de Maireen. Capaces de ver cosas que todavía no están escritas.

—No basta solo con intentarlo —añade—. Hay que disponer de las armas adecuadas.

Ildra no alarga el momento. No disfruta del poder, y eso vuelve todo más insoportable. No puedo aferrarme a la esperanza de que me condenan por capricho, porque "pueden". Es una sentencia medida y sopesada. Una condena que evidencia mis carencias en muchos aspectos.

—Nereth-Kahl existe porque no concedemos margen al error —dice—. Genoveva de la casa Velaryan, condenamos a vuestra acompañante a permanecer en Nereth-Kahl hasta el final de su vida. Puede elegir si en forma de cautiverio o en semilibertad vigilada. Si intentara escapar, sería ejecutada.

No hay dramatismo, no hay énfasis. Es puro pragmatismo. La sentencia cae como una losa.

Maevriel se tensa a mi lado. Sus dedos se cierran despacio hasta que los nudillos se vuelven blancos. Sé lo que está pensando; que preferiría morir luchando; que en una jaula, aunque sea cómoda, es peor destino que cualquier espada.

Ildra se vuelve hacia mí.

—En cuanto a vos. —Me mira con la serenidad de quien ha tomado la decisión más correcta para su pueblo—. Estáis maldita. Lleváis el sello de su Mancha. No podemos permitir que sigáis aquí porque acabaréis atrayéndolo. Genoveva de la Casa Velaryan, el pueblo de Nereth-Kahl os condena a morir.

Un silencio denso se cierne sobre la sala. Ojos que miran. Cabezas que asienten.

Durante un instante, creo haber escuchado mal. Como si la frase perteneciera a otra persona. A otra vida.

—Seréis ejecutada de inmediato en los límites de la ciudad.

Algo se incendia dentro de mí. No es rabia ni pánico. Es incredulidad.

—¿Eso es todo? —pregunto—. Después de lo cerca que estamos del Señor Oscuro, no nos vais a permitir terminar el trabajo.

Ildra ladea el rostro en mi dirección.

—Pensaba que había sido bastante clara con eso —dice—. Sabemos que no lo conseguiréis.

Maevriel da un paso al frente. Quiere decir algo, pero la sujeto del brazo. La conozco lo suficiente para saber que está a punto de elegir

la violencia.

Y tiene razón. El tiempo de las palabras ha terminado. Pero no quiero que ella se manche las manos. Fue mi decisión, son mis consecuencias.

La sangre responde a mi llamada por pura inercia. La siento despertar bajo la piel. De repente, el zumbido de mi cabeza regresa. Fuerte, incesante, como el rugido de un mar embravecido chocando contra los acantilados.

No me deja pensar.

Lo intento de nuevo.

El dolor estalla detrás de los ojos y me obliga a doblarme sobre mí misma. Un sabor metálico me llena la boca. No es sangre. Es óxido.

La Herrumbre.

La siento cerrarse alrededor de mi pulso, bloqueando el canal, negándome el acceso a la conjuración. No es que mi propia alquimia falle. Es que algo dentro de mí ha decidido que esa habilidad ya no me pertenece.

Me llevo una mano al pecho, jadeando. El mundo se inclina.

Si no puedo conjurar, entonces Ildra y la anciana tienen razón. La victoria frente al Señor Oscuro es una fantasía que se disuelve entre mis dedos.

El zumbido no se detiene. Crece.

Se enrosca en mi cráneo como una marea oscura que sube hasta ahogar cualquier pensamiento. La luz blanca del anfiteatro se vuelve demasiado intensa.

Y entonces… la certeza de que algo se aproxima me hiela el cuerpo.

Contengo la respiración mientras las luces de la ciudad subterránea parpadean. Una tras otra. Algo ha entrado en Nereth-Kahl y nos está advirtiendo.

Escuchamos golpes al otro lado de la puerta de acceso al anfiteatro.

Ildra inclina la cabeza, alerta. La anciana deja de trazar símbolos y sus dedos se crispan como garras secas.

Un estampido seco retumba en la roca.

Luego otro.

Un alarido rompe la quietud de la escena y las puertas del anfiteatro se abren de golpe. Uno de los escoltas cae rodando por la rampa de piedra. Tiene el pecho abierto y en la herida se observan restos de polvo rojo y ceniza.

Detrás de él aparece la primera silueta. Es una de las criaturas en descomposición del Señor Oscuro. Un condenado.

Su cuerpo está torcido, sostenido por costras negras que sustituyen a la piel. Los ojos hundidos, vacíos. Avanza con una calma insoportable, arrastrando una espada oxidada que deja una línea roja sobre la roca limpia de Nereth-Kahl.

Luego entra otro.

Después otro más.

Y ya no dejan de entrar.

Caminan sin respirar, sin dudar, sin reaccionar al miedo que provocan. Algunos arrastran los pies. Otros avanzan con movimientos rígidos, como marionetas con los hilos mal tensados.

Uno tropieza con un saliente y cae de rodillas. No intenta levantarse, solo continúa avanzando. La voluntad que lo mueve no necesita que el cuerpo funcione correctamente.

No atacan con furia. No hay motivación ni una causa que los una, solo cumplen las órdenes impuestas por su Señor.

El pánico estalla entre las bancadas.

—¡Bloquead las entradas! —grita alguien.

Sin embargo, ya es tarde.

Entran por decenas. Y aunque fuera resuena el ruido de las espadas y hay resistencia de la ciudad, allí dentro estamos indefensos.

Intento conjurar de nuevo.

La Herrumbre aprieta dentro de mí con una mano cruel.

Nada.

Solo ese sabor a óxido subiendo por mi garganta.

Maevriel se adelanta y se interna en los atacantes, buscando robar una espada con la que defendernos.

Yo hago el ademán de seguirla, pero entonces lo veo.

Akhir entra caminando. Desciende por la rampa como si fuese el dueño del lugar. Su armadura oscura devora la luz blanca de la

ciudad, la absorbe. A cada paso, los condenados se apartan lo suficiente para dejarle hueco.

Sus ojos dorados brillan, pero no hay calidez en ellos. Solo determinación y frío cálculo.

Se detiene frente a Ildra.

La líder ciega, pese al caos que ha estallado a su alrededor, alza el bastón.

—No destruiréis Nereth-Kahl.

Akhir ladea apenas la cabeza.

—No he venido por tu ciudad. —Su voz es baja. Familiar y extraña a la vez—. He venido por ella.

Y me mira.

El tiempo se rompe en ese instante.

No sé si quiero acercarme o retroceder.

La anciana da un paso adelante y se interpone.

—No puedes llevártela —dice—. Su maldición nos condenará a todos.

—Yo ya estoy condenado —responde sin alzar la voz.

El bastón se mueve, rápido. Intenta golpearlo. Pero Akhir lo detiene con una sola mano. No hay violencia en el gesto, solo un acto de defensa.

Los Condenados avanzan.

Las defensas de Nereth-Kahl han conseguido entrar en el anfiteatro y poner a salvo a los Consejeros reunidos allí. Maevriel ha conseguido una espada y la veo luchar entre la resistencia de la ciudad.

Sin embargo, es como pelear contra una marea. Cada vez que derriban a uno, otro ocupa su lugar. No sangran, no se lamentan ni gritan. Solo avanzan.

Un hombre cae a pocos pasos de mí.

Una mujer intenta arrastrarlo.

Un condenado la atraviesa sin siquiera mirarla.

—¡Detente! —grito—¡Akhir, basta!

No sé si me oye, o decide ignorarme.

Ildra retrocede un paso.

Akhir le arrebata el bastón de las manos y la aparta de un golpe seco. Grito a la vez que ella, pero es su cuerpo el que acaba tirado en el suelo. Inconsciente.

El Heraldo da media vuelta hacia mí.

—Ven.

Es una orden.

Mis piernas se mueven antes de que pueda pensar.

Maevriel sigue enfrascada en la batalla. No ha visto a Akhir. No me ve a mí. Intento gritar su nombre, pero el sonido del metal entrechocando es mucho más potente que cualquier otra llamada.

Uno de los Condenados se abalanza hacia mí. Akhir ni siquiera saca su espada. Solo alza el brazo y el cuerpo se detiene en seco, como si una mano invisible lo sujetara del cuello.

Se desploma después.

Sin ruido ni vida.

Akhir me agarra de la muñeca. Su contacto es feroz. Ardiente.

—Nos vamos.

El suelo tiembla. Un círculo oscuro se forma a nuestros pies, como una plataforma de roca lista para elevarse. Un ascensor.

—¡No! ¡Maevriel! —grito.

Los ojos de Akhir se desvían un instante hacia la guerrera. Apenas un segundo. Luego tira de mí.

—No puedo sacaros a las dos.

La frase es un duro golpe de realidad. Siento que el dolor me parte.

—¡No! —grito— ¡No vuelvas a elegirme a mí!

Intento apartarme, pero su agarre es férreo.

La plataforma se agita. Caen pequeñas rocas del techo. El conjuro de Akhir está construyendo una chimenea hacia la superficie.

Veo a Nereth-Kahl romperse.

A Maevriel ganando tiempo ante una muerte inminente.

Las luces blancas parpadean. La gente corre entre las bancadas. La anciana sigue de pie, observándome mientras el portal se cierne sobre nosotros. Sus ojos negros no reflejan miedo… solo certeza.

Como si ya supiera que esto ocurriría.

—¡Akhir! —imploro—. ¡Están matando inocentes!

La plataforma comienza a elevarse.

—Lo único que puedo hacer ahora —responde—, es salvarte a ti.

El espacio se pliega como una tela rasgada. El silencio llega tras un crujido que hace que mi pecho retumbe. Y, en mi boca, muere una frase antes de ser pronunciada.

—Pero a mí sí me importan ellos…

Aun así, desaparecemos.

Y Nereth-Kahl se queda atrás, gritando sin sonido.

16. Lo que más duele

El mundo vuelve a existir con violencia.

El aire entra en mis pulmones como si me hubieran arrancado del lecho de un río. La tierra bajo mis rodillas está caliente, húmeda. Durante un instante, no sé dónde estamos. Solo sé dónde no estoy.

En Nereth-Kahl.

La ciudad de las luces blancas.

Maevriel.

El recuerdo llega como un latigazo. Me aparto de golpe de Akhir.

El suelo se cierra detrás de nosotros con un suspiro oscuro. Una herida cicatrizando de forma incorrecta. No queda nada. Ni rastro de la ciudad ni de ella.

Solo el latido del laberinto de nuevo. Ese pulso que resuena en la piedra como un corazón enterrado demasiado cerca de la superficie.

Luego vuelve el olor: Herrumbre. Siempre Herrumbre. Su aroma metálico, húmedo, que se pega al fondo de la garganta y convierte cada respiración en un recordatorio permanente de dónde estamos.

En el infierno.

Con los condenados.

Akhir se limita a observar el horizonte de muros negros que se alzan ante nosotros. Parece pensar únicamente en el siguiente paso hacia ese destino que solo él conoce. No le duele el horror que ha desatado allí abajo.

Siento que la grieta que llevaba tiempo formándose dentro de mí, por fin, se abre. Dentro no hay rabia. No, todavía. Es un cansancio antiguo, profundo.

—Otra vez —susurro. Las manos me tiemblan.

Akhir agacha la cabeza y mira al suelo.

—Era la única forma —dice al fin.

Es una especie de disculpa, pero no hay duda en él. No hay culpa. Y darme cuenta de esa ausencia de remordimientos es lo que hace estallar todo.

—Siempre es la única forma —digo, y el hastío sale en forma de una risa desagradable—. Siempre soy yo.

Las palabras rebotan contra los muros del laberinto y regresan distorsionadas.

Me pregunto cuántas personas han muerto bajo ese lema: Ceryán, los soldados de Derlham, los de Faerín, Lërian, Maevriel… Los nombres empiezan a amontonarse en mi cabeza como piedras.

Y debajo de todas ellas estoy yo.

Respirando.

Avanzo hacia él para recuperar la cercanía inicial. Siento la Herrumbre moverse bajo mi piel, inquieta, como si quisiera salir a través de mis dedos y enroscarse en el cuello de Akhir.

Ojalá lo hiciera.

—Vaerion eligió salvarme a mí. —Lo miro directamente—. Y tú acabas de hacer lo mismo.

Akhir frunce el ceño.

—No entiendes…

—No —lo interrumpo, alzando la voz por primera vez—. Creo que empiezo a entender demasiado bien.

El viento arrastra polvo rojo entre nosotros. Respiro hondo.

Intento mantenerme erguida, pero la culpa pesa demasiado para poder sostenerla a base de justificaciones vacías.

—Dejad de salvarme —susurro primero, casi para mí misma.

Luego lo digo más alto.

—Dejad de salvarme, maldita sea.

Akhir se queda inmóvil. Sabe que las palabras no me van a servir de nada ahora. Sus ojos dorados brillan un instante, pero no sé si es

furia, dolor… o algo peor.

—El mundo arde —continúo, y ahora sí siento que el cansancio da paso a una rabia feroz—. Ciudades enteras mueren. Personas que no tienen nada que ver conmigo… siempre alguien acaba pagando el precio de que yo siga respirando.

Mi voz tiembla, pero no lloro. No puedo.

—¿Quién ha decidido que mi vida vale más que la de otros cien? —pregunto—, ¿que la de otros mil?

Los muros negros devuelven el eco de una pregunta que va a quedarse sin respuesta.

La Herrumbre late en mis venas como un segundo corazón.

—Yo… —me llevo una mano al pecho—, yo empiezo a preguntarme si no sería más sencillo dejar de luchar.

La confesión queda suspendida entre nosotros durante un instante eterno, hasta que Akhir se mueve y da un paso hacia mí.

Veo algo peligroso en su rostro, algo que se quiebra un segundo detrás de su máscara de hierro.

—No vuelvas a decir eso —murmura—. Nunca.

No usa su habitual tono arrogante ni autoritario. Hay… miedo. Es una súplica disfrazada.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Qué perderías tú si yo desaparezco?

El aire entre los dos se vuelve denso. Nos quedamos frente a frente, demasiado cerca. Demasiado lejos.

—No me obligues a decirlo, Genoveva.

No se aparta, pero rehúye mi mirada como si yo pudiera leer en sus ojos lo que trata de eliminar de su boca.

Aprieto los dedos hasta que los nudillos crujen.

—Si no te atreves a decirlo, es porque no te importa lo suficiente.

Me separo y es entonces cuando siento que el dolor físico llega de verdad. Punzante. Oscuro. Bloqueando mi respiración.

Me doy la vuelta para encarar de nuevo el laberinto. La Herrumbre arde. El silencio crece… y entonces siento su mano rodear mi muñeca. Me detiene.

Vuelvo la cara y veo sus ojos dorados clavados en mí.

—Cuando todo acabe —susurra—, entenderás por qué nunca te dejé caer.

Retomo el latido del laberinto en el mismo punto donde lo dejé, solo que ahora los hombros me pesan más.

Akhir avanza unos pasos por delante, sin mirar atrás.

Yo mantengo la distancia, midiendo cada respiración y tratando de ignorar la sensación áspera que la Herrumbre ha dejado en mi sangre. El silencio entre nosotros es más pesado que cualquier muro del laberinto.

Sé que aún tengo otra conversación pendiente con él. Una en la que hablemos del alma de Ceryán y de cómo ha llegado hasta aquí; pero ahora mismo no me siento con la fortaleza mental necesaria para soportar una nueva revelación cruel.

El aire huele a polvo rojo y a piedra caliente.

Cierro los ojos mientras sigo el sonido de sus pisadas.

Lo intento sin pensar demasiado.

Busco la fuerza del linaje en mi sangre. La llamo. Nada. La llamada se pierde dentro de mi propio cuerpo. Solo existe el zumbido.

Es débil al principio, pero cuanto más me empeño en forzar mi sangre, más crece. Se vuelve un rumor metálico que se expande por mi cabeza hasta que me obliga a detenerme.

Apoyo una mano en la pared. La piedra vibra bajo mi palma como un animal dormido.

Aprieto la mandíbula, respiro y continúo caminando, fingiendo normalidad.

No quiero que lo note.

Sin embargo, ya es tarde.

No se gira del todo, pero sé que se ha dado cuenta de mi vacilación.

—¿Cuánto tiempo llevas intentándolo? —pregunta sin mirarme.

Tampoco quiero hablar de eso con él.

—No sé a qué te refieres.

El silencio se estira entre nosotros.

Akhir exhala despacio, como si esperara esa respuesta.

—No podrás conjurar mientras la tengas dentro —dice al fin.

—Solo estoy cansada.

Se detiene y se gira por completo. Sus ojos dorados me atraviesan con una calma insoportable.

—No hace falta que mientas conmigo, Genoveva.

El tono no es duro. Suena contenido, y eso lo hace peor.

Me obligo a erguirme.

—Puedo hacerlo —respondo—. Solo necesito tiempo para dominarlo.

Doy un paso adelante y lo intento una tercera vez.

La sangre no responde, pero la Herrumbre sí.

Se enrosca dentro de mi pecho, como una raíz viva que aprieta. El dolor llega tarde, pero lo hace con precisión. Me falta el aire un segundo y tengo que doblarme para recuperar el control.

Akhir da un paso hacia mí, pero no llega a tocarme.

—Detente —murmura.

—No —respondo, casi sin voz.

Lo intento una última vez.

El zumbido se convierte en un golpe seco en la nuca. Un sabor a óxido me llena la boca. Me llevo la mano a los labios y, cuando la aparto, veo una fina línea oscura en la piel.

No es sangre roja.

Es polvo.

Me quedo quieta mientras la realidad se instala despacio, pesada.

Akhir trata de ayudarme a incorporarme, pero lo aparto de un empujón.

—¿Por qué no puedo conjurar? —le pregunto—. Tú te has alimentado de ella y puedes hacerlo.

No duda.

—Yo me he rendido a ella… para que me haga olvidar. He perdido mi condición de humano, por eso puedo utilizarla.

—Entonces, tal vez deba rendirme yo también.

—Ya hemos hablado de eso.

Me resigno a dejar de intentarlo y el zumbido se desvanece. Aunque no del todo, mantiene un ligero ronroneo en la base del cráneo.

—Pero en la lucha contra el Senescal la utilicé —insisto—. Creé una espada.

Akhir niega con la cabeza.

—Ella te utilizó a ti para matarlo. Te prefiere. Por eso es tan peligrosa.

Aquellas palabras me atraviesan: *me prefiere*.

—¿Por qué? —pregunto en un susurro, más para mí que para él.

—Porque estás viva, Genoveva. Porque tu sangre es poderosa. Porque consumirte es un reto divertido para ella.

Se acerca y apoya sus manos sobre mis brazos. El contacto me sacude con una descarga de adrenalina. Baja la voz.

—No se lo permitas.

—¿Y si es la única manera de acabar con Él?

Nuestros ojos se encuentran y veo una especie de anhelo brillando en los suyos. Un deseo que no veía arder desde las noches en Lirien, cuando la hebra roja cruzaba su iris.

—No podrás matar al Señor Oscuro con Herrumbre. Él es su dueño.

Entonces, el miedo se asienta en cada una de mis terminaciones nerviosas. Miedo de verdad.

No del Señor Oscuro.

No de los Senescales.

De mí y de lo que sería capaz de hacer con la maldición que llevo dentro.

17. Reencuentros

Unas sombras se proyectan en las paredes curvas del laberinto.

Primero pienso que son más Condenados. La mano se me mueve sola hacia la empuñadura de la espada, pero agarro el aire. Mis armas se quedaron en Nereth-Khal. Por suerte, escucho voces humanas, familiares, y el laberinto deja de oprimirme el pecho tan fuerte.

Una risa ronca se abre paso hasta nosotros. Inconfundible.

—¡Por todos los dioses…! —ruge Trash nada más vernos—. ¡Está viva!

Su voz rebota entre los muros y vuelve amplificada. Parece que todo el laberinto se ha unido a la exclamación.

La tensión de las últimas horas se rompe de golpe.

Se acerca con esta forma suya de caminar que da la impresión de iniciar una carga de batalla. Creo que va a abrazarme, pero se detiene a medio metro sin saber qué hacer con las manos.

—Eres imposible de matar.

No sé si es un cumplido o una sospecha.

Vaerion aparece detrás de él y, durante un instante, no parece el Ancestral que ha liderado batallas contra bestias durante siglos, no parece el comandante cuya presencia basta para enderezar ejércitos. Parece… alguien que ha estado conteniendo la respiración durante mucho tiempo.

No dice nada.

Da dos pasos largos y me abraza.

Fuerte.

Con una urgencia que no intenta disimular.

Tiembla.

Sé que antes de caer por la grieta estábamos enfadados, pero ya no recuerdo el motivo ni me importa. Fue en otra vida. Hace mucho tiempo.

Su frente roza mi cabello y siento cómo su pecho se mueve con una agitación que intenta controlar y no consigue del todo. El calor de su cuerpo atraviesa mi armadura como si no existiera el metal.

Durante el tiempo que dura el abrazo, no soy reina, no soy un símbolo ni una promesa de victoria. Solo soy alguien querido que ha vuelto cuando parecía imposible.

—Pensé que… —empieza, pero no termina.

No hace falta.

Méntor se queda a un lado, observando en silencio. Sus ojos pasan de mí a Akhir y vuelven a mí otra vez. No pregunta nada todavía, solo evalúa.

Yo intento sostener el abrazo. Intento corresponder, pero el recuerdo de Nereth-Kahl llega como un huracán, arrasando todo alrededor: las luces blancas, los rostros, la sangre…

Me separo de Vaerion y sus brazos se tensan un poco más antes de decidirse a soltarme.

—Maevriel… —Mi voz se rompe antes de que pueda evitarlo—. También sobrevivió a la caída, pero… no pude sacarla.

La realidad se asienta despacio. En medio del silencio.

Trash deja de sonreír.

Vaerion no se mueve. Solo me observa y espera. Es la actitud que toma en estas circunstancias: cuando la situación se vuelve insoportable, él no la fuerza, solo deja que fluya.

Respiro hondo e intento ordenar las palabras, pero no encuentro las correctas. ¿Cómo explicar que la dejé atrás? Lo resumo lo mejor que puedo, pero no logro evitar que suene más a confesión que a crónica. Me siento tremendamente culpable.

Les cuento la caída.

La ciudad bajo tierra.

La líder ciega.

La condena.

La llegada de Akhir y la destrucción de Nereth-Kahl.

No les hablo de los detalles más escabrosos que vienen a mi memoria, como que dentro de ese anfiteatro había muchachos demasiado jóvenes… Solo lo necesario. Solo lo que ellos deben saber.

Cuando termino, nadie habla durante unos segundos.

Trash escupe al suelo.

—Maldito lugar… —murmura.

Vaerion cierra los ojos un instante, interiorizando cada palabra, cada silencio entre ellas. Cuando los abre, hay una sombra nueva en su mirada. Una sombra dolorosa.

—Puede que siga viva —dice finalmente.

No sé si intenta consolarme o convencerse a sí mismo.

—Y, si lo está, sabrá salir de allí. —Me toma de la barbilla y me hace alzar la cabeza para que nuestros ojos se encuentren—. Es la capitana de mis Espadas.

En su voz no hay duda.

Asiento, aunque la culpa sigue clavada en el pecho como una astilla que no puedo arrancar.

Akhir permanece apartado. No interviene ni ofrece ninguna explicación. Está apoyado contra uno de los muros del laberinto, medio sumido en la sombra. Pertenece más a este lugar que a nosotros.

Su silencio me hace sentir sola. Abandonada. Aunque tampoco esperaba otra cosa de él.

Méntor rompe la quietud.

—Sería conveniente que descansáramos —dice—. La tercera puerta está cerca y no podemos enfrentar al Senescal en este estado de agitación.

Su voz devuelve el mundo a su sitio.

—Todos atentos, el Heraldo ha hablado —bromea Trash.

Sin embargo, nadie se ríe.

La guerra sigue.

Trash busca una zona en el terreno relativamente cómoda y no tarda en encontrar un pequeño ensanchamiento en el pasillo. Pronto chisporrotea una pequeña fogata alimentada con fragmentos secos de musgo y líquenes deprendidos de los muros. La luz naranja rompe la monocromía roja del entorno.

Las sombras del grupo se alargan por las paredes como criaturas cansadas.

Nos sentamos alrededor del fuego.

Los Heraldos se apartan y hablan entre ellos, fuera del círculo de luz. Sus voces se mantienen bajas, casi un murmullo. Cuchichean.

Sé que hablan de mí. Puedo sentirlo en la piel.

Vaerion se sienta a mi lado. No dice nada al principio, solo deja que el calor alcance nuestras manos y que el silencio haga su trabajo.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta al fin, muy bajo.

—Estoy bien.

Yo misma me doy cuenta de lo falso que suena.

Él no insiste. Se limita a inclinarse un poco más hacia mí, lo suficiente para que su hombro roce el mío. Un gesto mínimo que hace que mi piel se encienda.

Me apoyo en él sin pensarlo demasiado. Es entonces cuando me doy cuenta de lo cansada que estoy… No es solo el cuerpo, hay algo dentro de mí que no termina de asentarse, que sigue moviéndose.

El fuego crepita.

Trash se acomoda en el suelo y cierra los ojos. El sonido distante del laberinto se amortigua.

Vaerion no aparta la mirada del fuego.

—Pensamos que el Minotauro caería con la muerte del Senescal —murmura—, pero no fue así. Cuando finalmente lo derrotamos, pedí a Méntor que bajara a buscaros. No podía permitir que vuestros cuerpos quedaran en esta tierra corrupta.

Hace una pausa.

—Pero no os encontró. Dijo que había rastros… que tal vez alguna alimaña de las profundidades se habría llevado vuestros cadáveres.

La voz le tiembla.

—Sin embargo, sentía tu tatuaje vivo. Notaba ese desgarro, esa quemazón, pero pensé que tan solo era mi dolor. Creí… creí que iba

a volverme loco.

No hay reproche en sus palabras, solo la verdad desnuda.

—Lo siento.

Acerca su mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—Me importas más de lo que estoy dispuesto a admitir —dice.

No levanto la vista, pero puedo sentir la mirada de Akhir clavada sobre nosotros como una aguja punzante.

El viento del laberinto cambia de dirección y el fuego se inclina hacia nosotros. Siento algo parecido a la calma. Una calma frágil, prestada. Durante un rato no decimos nada. Me permito no pensar, disfrutar de la falsa seguridad de aquellos instantes.

—Maevriel es fuerte —añade Vaerion al cabo de un rato—. Sabrá cómo regresar con nosotros.

La imagen de ella combatiendo mientras la plataforma se elevaba me golpea de nuevo. Trago saliva.

—Espero que tengas razón.

Me doy cuenta de que me aferro a Vaerion más de lo que debería. Al calor de su cuerpo, a la seguridad de su mano fuerte, a la forma en la que su presencia suaviza el peso que llevo dentro.

Alzo los ojos y mi mirada se cruza un segundo con la de Akhir.

Sus ojos dorados brillan en la penumbra.

Luego aparta la cabeza.

La fogata se consume poco a poco, dejando brasas rojas que palpitan como pequeños corazones enfermos enterrados en la tierra.

La oscuridad nos envuelve y yo empiezo a sentir una presión invisible. Un susurro que no nace del viento.

El laberinto se queda demasiado quieto. Demasiado atento… como si algo estuviera a punto de despertarse.

18. El tercer Senescal

Nos levantamos por enésima vez dentro de aquellos muros curvos, y por enésima vez siento que voy a ser incapaz de dar un paso más. Mis botas ya no suenan firmes sobre la tierra cubierta de Herrumbre; se arrastran un poco, como si el suelo intentara retenerme.

Akhir ha vuelto a desaparecer. Ya no me molesta.

Su ausencia se ha convertido en una especie de costumbre incómoda, similar al zumbido constante de la Herrumbre en mi cabeza. Algo que está ahí, siempre, pero que ya no me sorprende.

Trash abre la marcha unos metros por delante, mascullando maldiciones contra cada curva del pasillo, mientras Méntor le indica hacia dónde seguir. El Heraldo observa las paredes y mide el pulso de laberinto.

No hace falta que hable para entender que algo no le está gustando.

Se detiene y apoya la palma de la mano contra el muro. Parece esperar que la piedra le hable.

Y, de algún modo extraño, tengo la sensación de que realmente lo hace.

—¿Qué pasa ahora? —gruñe Trash mientras se gira hacia él—. ¿Es la tercera puerta?

—No lo sé. —Parece desconcertado—. Ya no lo percibo hostil. Está… dormido.

—Por Mae —se queja Trash—, ¿te pagan por no hablar claro? ¿Qué quieres decir con eso?

—Que dejes de protestar y sigas caminando. —Le empujo mientras escucho reír a Vaerion.

Seguimos avanzando. El pasillo se estrecha y las sombras se alargan, deformadas por la luz rojiza. El espesor de los líquenes aumenta hasta cubrir casi por completo el muro. Sus flores rojas exudan polvo.

Empiezo a tener la sensación absurda de que no caminamos solos, de que algo nos acompaña desde la distancia justa para no ser visto.

Un eco suena detrás de nosotros.

Me giro.

Nada.

Solo el corredor vacío.

Sin embargo, el eco tarda demasiado en morir.

Vaerion también lo presiente, porque su mano roza el pomo de su espada sin llegar a desenvainarla.

Estoy segura de que algo nos observa desde un lugar que no alcanzo a ver, como una mirada apoyada en la parte más vulnerable de mi mente.

Un susurro roza mis pensamientos.

No tiene palabras. Es solo incomodidad. Un roce húmedo en la parte posterior del cráneo.

Me obligo a seguir caminando sin demostrar debilidad.

Entonces, cuando ya siento la presencia de la tercera puerta agitando la Herrumbre de mi sangre, una sombra se desliza por la pared.

No tiene forma definida. No está por completo en este mundo. Pero todos lo percibimos.

Vaerion se detiene.

Trash alza las hachas.

La sombra se despega de la pared. Simplemente… deja de ser parte del muro y empieza a existir frente a nosotros.

Al principio pienso que se trata de una ilusión. Un efecto de la Herrumbre deformando la luz rojiza. De repente, el aire se llena de

un olor desagradable, como de agua estancada. Y se vuelve difícil de respirar.

Vaerion se adelanta un paso.

—¿Lo veis? —susurra Trash.

Lo vemos.

Todos.

La sombra se alarga hasta adquirir forma humana… o algo parecido. No posee contornos definidos. Parece humo oscuro contenido dentro de una piel invisible. Los límites vibran, se deshacen y vuelven a reconstruirse cada vez que intento fijar la mirada en ellos.

No hay rostros. Solo una zona más oscura donde deberían estar los ojos.

No proyecta sombra.

No respira.

—El Espectro —murmura Méntor.

—Al menos se le da bien describir las cosas una vez que están delante —se burla Trash.

La figura inclina la cabeza.

Un movimiento lento, antinatural, pero demasiado preciso para algo sin voluntad.

No ataca.

Solo nos observa, y siento el mismo frío húmedo deslizarse por la espalda. La Herrumbre dentro de mí se remueve, reconoce algo familiar. Algo cercano.

Méntor avanza hasta situarse al lado de Vaerion.

No desenfunda.

Sus ojos dorados escrutan la figura con atención.

—No es corpóreo —dice al fin—. No podemos enfrentarlo con armas ni con conjuros.

La voz le sale baja, contenida.

Trash suelta un bufido.

—¿Y cómo demonios lo derrotamos? —gruñe—. Porque está bloqueando el paso.

La figura se mueve. Se desliza un poco hacia nosotros.

El aire a su alrededor ondula, como si atravesara agua invisible.

Vaerion la rodea por la izquierda y la sombra no hace nada para impedirle pasar.

—Busquemos al Senescal —dice el Ancestral—. Es su sangre la que necesitamos para abrir la puerta.

—No puede andar muy lejos —Méntor también lo sobrepasa.

Intento ignorar la presión que crece dentro de mi cráneo.

La figura inclina de nuevo la cabeza. Esta vez sobre mí. Y, por un instante… juro que siento algo tocar mis pensamientos.

Un leve roce.

Una pregunta.

Parpadeo y la sensación desaparece.

—Ignoradlo —ordena Vaerion—. Pasamos.

Trash y yo nos movemos a la par y obedecemos.

Avanzamos hacia el pasillo que conduce a la tercera puerta.

El Espectro no nos ataca. Solo se desliza en paralelo a nosotros por las paredes. Una mancha que se mueve, que observa… que espera.

Y cuanto más avanzamos, más claro tengo que algo en su presencia me reconoce. No como enemiga, sino como invitada.

El pasillo desemboca en una explanada amplia, como la vez anterior.

Al fondo, erguida como una talla olvidada, se alza la tercera puerta: obsidiana, Herrumbre, runas grabadas… Todo igual que las anteriores y, sin embargo, distinto.

No hay nadie vigilándola.

Ni yelmo, ni huesos, ni presencia física.

Trash suelta una carcajada seca.

—¿Dónde está el maldito Senescal?

Nadie responde. Todos recorremos el lugar en tensión, esperando una emboscada que no llega.

Las manos sobre las empuñaduras de las armas, pero sin llegar a desenvainarlas.

Avanzo un poco más y me acerco al centro de la explanada.

Reina un silencio absoluto.

Ni respiraciones ajenas, ni pasos… solo el latido del laberinto y otro más débil que empieza a resonar dentro de mi cabeza.

—¿Cómo pasamos si no aparece? —Trash expresa en voz alta la pregunta que todos nos hacemos.

—No podemos —dice Méntor—. Las puertas no se abren si el Senescal no cae.

Vaerion camina hacia la puerta y extiende la mano. Empuja, pero la enorme hoja no se inmuta.

Sin embargo, algo cambia en el aire. Una presión invisible.

El frío me atraviesa la columna vertebral. Me giro y veo que el Espectro está aquí.

No ha hecho ruido al entrar. Sigue deslizándose por las paredes que delimitan la explanada, rodeándonos en silencio.

—No ataquéis —dice Méntor—. Si su amo no se lo ordena, no tiene voluntad para saber si somos amigos o enemigos.

Sin embargo, algo no encaja.

El Espectro no se mueve hacia Vaerion ni hacia la puerta. Se desliza hacia mí. No muestra intención de atacar, sigue observándome.

Y la Herrumbre dentro de mí responde.

Tira de mi pecho como ya lo ha hecho más veces. Y yo aprieto los puños para resistirme.

—Genoveva —grita Vaerion desde la puerta—. Retrocede.

Lo intento, pero mis botas parecen pegadas al suelo.

El Espectro se detiene frente a mí y, por primera vez, escucho algo. No es una voz, es un pensamiento.

¿Por qué sigues resistiéndote?

Agito la cabeza y el sonido desaparece.

—¿Lo habéis oído? —pregunto.

Todos me miran, pero nadie responde. El silencio se vuelve incómodo.

Méntor avanza despacio, estudiando la figura.

—Esto… no parece un Demencial —dice finalmente—. No siento el ancla de vitalidad… no hay unión con su amo.

El Espectro gira la cabeza hacia el Heraldo. No tiene rostro, pero sé que sonríe, como si acabara de escuchar una broma privada. Pese a no ser más que humo cambiando de forma, he visto un destello en la parte posterior de su cuello.

La explanada se oscurece. Podría tratarse de una nube que acabara de tapar el sol, pero en el cielo solo se mueve la bruma rojiza.

Vaerion se mueve rápido hacia mí. Lo ha entendido. Ha visto el brillo del sigilo igual que yo.

—No hay Demencial —grita—. Él es el Senescal.

Las sombras se extienden, las vetas rojizas de los muros se apagan y el aire se vuelve pesado.

Me doy cuenta de que lo hemos comprendido demasiado tarde.

—¡Genoveva! —oigo gritar a Vaerion, lejano, distorsionado.

Intento responder, pero mi voz no sale.

La realidad se pliega sobre sí misma y dejo de estar en la explanada.

Me envuelve un suave aroma a lluvia mojada y a rododendros en flor. El cielo es azul sobre mi cabeza. Los caballos relinchan en las caballerizas y el olor de los pucheros alegra mi estómago hambriento. *¿Por qué tengo tanta hambre?*

He vuelto a Lirien.

La visión me golpea con una dulzura insoportable. El patio de armas se extiende a mi alrededor: piedras cálidas al sol, las cristaleras del ala este devolviendo reflejos dorados, la hiedra trepando por las columnas de los soportales. Se percibe el aire limpio y amable de las mañanas tranquilas.

Tengo una espada en la mano. Acabo de terminar el entrenamiento.

Claro, por eso tengo tanta hambre.

Me miro la muñeca y no veo ningún tatuaje, ninguna costra. Mi cabello negro cae sedoso sobre los hombros y, durante un instante, siento una especie de alivio, aunque no sé muy bien de qué.

Unos pasos resuenan en la escalera que baja al patio.

Levanto la cabeza.

El pelo rubio de Camila se agita y brilla a la luz del sol. Lleva un libro entre las manos y sonríe. Luminosa, calmada.

—Buenos días, hermana. —Su voz es cálida. Familiar.

Doy un paso hacia ella casi sin querer.

—¿Cómo estás? —pregunto. Y, por algún motivo que no entiendo, la pregunta duele.

El viento agita su cabello.

—Muy bien. ¿Por qué no nos sentamos junto al pozo a leer como cuando éramos pequeñas?

Siento la perfección del momento: su calidez, las palomas levantando el vuelo desde una cornisa, el olor a pan recién horneado mezclado con el del caldo…

Miro hacia abajo y veo que, en lugar de la espada, ahora llevo un libro. *Los crímenes de Árogar, el Rey Loco.*

Camila pasa a mi lado y me coge de la mano. Aunque su tacto es extraño. Terroso. Como…

Polvo. Polvo rojo.

La observo mejor, pero sigue siendo ella. Sus mejillas tienen color, sus ojos claros me miran con la misma dulzura de siempre…

Me guía y nos sentamos en el brocal.

La piedra está tibia. La luz del sol se refleja en las cristaleras y lanza destellos brillantes al patio. La voz de Camila se alza vibrante mientras recita poesía.

Cierro los ojos y dejo que la calma y la paz de este momento me arrullen.

Sonrío y abro el libro. Sin embargo, en su interior no hay letras, solo una especie de esporas rojas que ruedan por las páginas y emiten un susurro que puedo entender: *Acéptame y podrás quedarte aquí para siempre.*

El patio entero se oscurece. No demasiado, solo lo justo para que mi corazón dude.

Durante un segundo quiero rendirme. Dejar de ser el eje de todas las decisiones dolorosas.

La voz de Camila sigue declamando detrás, pero entonces me doy cuenta de que el timbre ha cambiado. Detecto un deje metálico, artificial.

No necesitas seguir luchando… Solo deja que la Herrumbre tome el control y te ayude a descansar.

El suelo bajo mis pies se vuelve rojo, se cubre con una alfombra carmesí. Escala por mis tobillos y por los de Camila, pero a ella no

parece incomodarle.

Yo siento su presencia como una sombra que me cubre y me susurra. Es una invitación a entregarme, a permitir que me atraviese del todo.

Tu sangre canta distinto…

Podría desprenderme de este peso insoportable y regresar con ella… solo tengo que dejar de resistirme.

Mis dedos rozan su mano.

Está fría. Hueca. No hay pulso.

Lo sé. Lo he sabido desde el principio, porque Camila no está en Lirien. No puedo abandonarme en una fantasía que sé que no es real. No sería justo para quienes han muerto por mi nombre.

No pienso en Vaerion. Ni en Akhir. Ni siquiera en Camila.

Por primera vez pienso en mí, en lo que yo quiero. En lo que me debo.

—No —le digo a Camila.

La ilusión tiembla. Frunce el ceño.

—Elijo luchar.

La Herrumbre se enfurece, se agita dentro de mí.

La falsa piel de mi hermana se cuartea. El cuerpo de mi hermana se deforma, se eleva. Su rostro dibuja una mueca grotesca y se derrite como cera caliente. El Espectro emerge detrás.

No tiene rasgos, pero siento su furia. No esperaba que esta elección naciera de mí.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —La voz chirría como el metal mal engrasado—. Aquí no hay nadie para salvarte.

Sonrío. No tengo miedo. Dentro de mí solo hay coraje.

—No —digo—, por eso elijo salvarme yo.

Extiendo la mano. No conjuro. Solo mantengo mi férrea voluntad de no abandonar, de continuar resistiéndome a la Herrumbre para que no pueda utilizarme.

El Espectro gana altura, se vuelve más amenazante. Es su última baza. La Herrumbre de mi sangre se calienta, azuzada por una voz que sabe controlarla. La noto morder por dentro, arañar, prometer… Pero no cedo. Mi determinación es fuerte.

Más fuerte que sus promesas.

Más fuerte que mi cansancio.

—¡Fuera de mi cabeza!

El Espectro grita sin sonido y se fragmenta en cientos de hilos negros que se disuelven en el aire.

Lirien se rompe como un espejo golpeado: las cristaleras, el pozo, la voz de Camila… Todo estalla en polvo rojo.

Las vetas de los muros vuelven a latir y la explanada reaparece.

Caigo de rodillas.

De fondo, escucho la tercera puerta vibrar y abrirse. Pero no puedo celebrar. Me quemo por dentro.

La Herrumbre ruge furiosa bajo mi piel por haber sido rechazada. Siento cómo me recorre las venas. Es un fuego enfermo que busca un hueco, una grieta, cualquier punto por el cual tratar de imponerse.

Y, mientras aprieto los dientes para no gritar, comprendo que he vencido al Senescal, pero he despertado algo peor dentro de mí.

19. La decisión

Vaerion me rodea con sus brazos antes de que toque el suelo. Su abrazo es firme, protector. Su fuerza sostiene mi peso porque mi cuerpo parece haberse olvidado de cómo mantenerse en pie por sí mismo.

—¿Qué ha pasado? —dice en voz baja. Su aliento roza mi cuello—. ¿Has sido tú quien lo ha derrotado?

Asiento, pero no siento victoria.

En mi interior se ha instalado una vibración extraña. Algo ha despertado y me araña de forma ardiente y dolorosa.

Intento ponerme de pie con ayuda del Ancestral, pero las piernas no me responden como deberían. La explanada se inclina y tengo que apoyar la mano en los brazos de Vaerion para no perder el equilibrio.

Siento sus músculos tensarse bajo mis dedos.

—¿Estás bien? —pregunta sin soltarme todavía.

—No estoy segura. Necesito un momento.

Veo la sombra de Akhir en el otro extremo de la explanada. Ha regresado, pero no dice nada. Sus ojos dorados están puestos en mí y me recorren con una calma que me irrita, como si ya supiera exactamente lo que está pasando.

Trash se acerca, sonriente, todavía con la adrenalina en la sangre por la promesa del combate.

—Ese maldito espectro no sabía con quién se metía —dice—. ¿Por qué te eligió a ti? ¿Es que era estúpido?

Intento sonreírle, aunque el gesto se queda a medio camino.

—Es por la Herrumbre que lleva dentro. —Akhir por fin interviene —. Te tentó, ¿no es cierto?

Todos me miran con el gesto contrariado y me veo obligada a dar explicaciones: cómo la tomé del primer Senescal para sobrevivir y cómo acabo de rechazar su control.

Mientras hablo, noto el peso de sus miradas: la incredulidad de Trash, la tensión silenciosa de Vaerion, el interés de Méntor… y algo más difícil de interpretar en Akhir.

No puedo estar segura, pero me parece ver un brillo de esperanza en sus ojos cuando narro la forma en la que me deshice del Espectro.

—Para la Herrumbre ya no eres un huésped —dice Méntor cuando acabo mi relato—. Ahora empezará a consumirte.

—Ya está el de los presagios… —escupe Trash—. ¿Por qué no desapareces un rato como el otro? ¿Y os vais los dos a hacer cosas de Heraldos?

—Puedo aguantar —digo, y me enderezo.

Vaerion me suelta con suavidad, aunque su mano permanece en mi cintura un segundo más de lo necesario, como si quisiera alargar el contacto o asegurarse de que no voy a desplomarme en cuanto me suelte.

—Descansaremos un momento —dice, mirando al resto—. Luego seguiremos.

Nadie discute.

Méntor se dirige hacia las puertas para examinar sus símbolos. Trash queda en retaguardia, vigilando el pasillo por el que hemos accedido a la explanada.

Y Akhir sigue inmóvil, apartado del grupo.

Solo Vaerion se mantiene cerca.

Yo cierro los ojos un instante.

Busco la chispa en mi sangre. La llamo sin intención real de conjurar, solo para comprobar que la fuerza de mi linaje sigue ahí.

Sin embargo, nada responde. Solo un zumbido leve, distante y esa quemazón que palpita por dentro.

Puede que no consiga conjurar, pero todavía tengo mi espada y cuento con el apoyo de tres voluntades fuertes con las que comparto objetivo. No todo está perdido.

Aun así, trato de ocultar mi preocupación al resto mientras me incorporo.

Todavía puedo caminar. Todavía puedo fingir que todo está bien. Aunque no sea cierto.

No llegamos ni a cruzar el umbral de la puerta cuando un leve temblor sacude mis manos. Es casi imperceptible, y aprieto los puños para evitar que lo noten mientras sigo caminando junto a Vaerion.

Creo que nadie se ha dado cuenta.

Diez pasos más adelante, la punzada en la base del cráneo se vuelve más aguda. La vista se me oscurece.

Respiro hondo.

Sigue caminando, me digo. *No te detengas*.

El laberinto exhala calor desde las grietas y la Herrumbre brilla bajo mis botas, pero ese fulgor ahora me resulta agresivo. Me daña los ojos.

Doy otro paso.

El mundo se vuelve de pronto demasiado nítido: el sonido del metal chocando contra la armadura de Trash, la respiración pausada de Méntor, el roce del cuero de la funda de la espada de Vaerion… todo llega a la vez, demasiado fuerte.

La quemazón se vuelve insoportable de golpe. Es una llama que crece dentro de mi pecho.

Me doblo sobre mí misma sin poder disimular más tiempo.

—Genoveva —llama Vaerion, alarmado.

Intento responder, pero el aire no entra. La Herrumbre dentro de mí se ha cansado de estar prisionera en un cuerpo que no se rinde a ella. Es una bestia herida que ya no susurra. Araña.

Siento cómo intenta adueñarse de mi sangre, destruirla.

Caigo de rodillas. El sonido del metal contra la piedra resuena en la explanada vacía.

—¡Eh! —gruñe Trash—. ¿Qué demonios…?

Méntor se acerca y apoya su mano en mi sien. Su expresión cambia al instante.

—Está ardiendo —susurra.

Un espasmo recorre mi espalda. Por un instante, la visión se me nubla por completo.

Veo rojo. La Herrumbre serpenteando tras mis retinas.

Un hilo oscuro se escapa de mi boca cuando jadeo. No es sangre, es polvo.

Akhir se acerca entonces y su rostro desciende hasta quedarse a milímetros del mío.

—Dale espacio. Déjala respirar —dice Vaerion.

Sin embargo, Akhir no se mueve.

Sus ojos dorados se clavan en los míos y me observan con una mezcla peligrosa de certeza y preocupación contenida.

Otro espasmo me sacude y el dolor se vuelve insoportable. Siento como si miles de agujas intentaran atravesar mis venas desde dentro.

—¿No podéis extirparle la Herrumbre como hizo ella con el Senescal? —pregunta Trash.

Akhir no se molesta en responder. Es Méntor quien se gira hacia el guerrero.

—Nosotros conjuramos gracias a la Herrumbre —dice—. No podemos usar la Herrumbre contra la Herrumbre.

Trash maldice en voz baja mientras las palabras de Méntor se hunden en el silencio.

Akhir se acerca a mi oído, como si de esa manera pudiera lograr que la Herrumbre no lo escuchara.

—Está luchando contra ti. —Su susurro me agita el cabello—. Y esta lucha no la puedes ganar.

Intento reír, pero solo sale un jadeo.

—No… pienso… permitir… que lo haga…

—Solo necesito que aguantes el tiempo suficiente.

Levanto la vista hacia él. Estamos tan cerca que casi puedo notar el roce de sus labios. Me siento febril.

—¿Tiempo… para qué?

—Para llevarte con alguien que puede sacarla de ti.

Escucho cómo Vaerion se remueve en su sitio.

—¿Hay alguien capaz de hacer eso? —pregunta Trash.

Akhir no responde de inmediato. Su mirada se pierde un segundo más allá de mí, hacia la oscuridad que se cierne tras la tercera puerta.

—Sí —dice al fin—. Ella es más antigua que la corrupción de las Tierras Baldías. Presenció la degradación de la materia. Sabe cómo obligarla.

Otra punzada me atraviesa el pecho y el mundo vuelve a teñirse de rojo.

—Entonces deja de hablar… —Aprieto los dientes—. Llévame.

—No. —Vaerion se interpone entre los dos—. Explícalo todo. No creo que sea tan sencillo como acudir a ella y pedirle de forma educada que la libere.

Akhir gira la cabeza lentamente hacia el Ancestral.

—¿Le vas a negar el precio, sea cual sea, sabiendo que es la única opción para que sobreviva?

La tensión crece en el ambiente. Vaerion aprieta la mandíbula.

—Quizás podría aguantar hasta llegar al Señor Oscuro.

Akhir esgrime una sonrisa que es toda arrogancia.

—¿Y luego qué? —pregunta—. Ella es la única que podría derrotarlo gracias a su linaje, pero así no puede conjurar.

El silencio que sigue es denso, pesado.

Intento levantarme sin apoyarme en nadie, las piernas me siguen temblando. La Herrumbre se retuerce en mi interior, furiosa. Parece saber que hablamos de extirparla.

—¿Qué me va a exigir a cambio? —pregunto.

Vaerion tiene razón. Tengo que saber qué precio tiene.

Akhir me examina durante un instante que se me antoja una eternidad.

—No lo sé —dice al fin—. Ella decide.

Vaerion estalla.

—¡No podemos arriesgarnos!

Una nueva oleada de mareo me obliga a cerrar los ojos. Siento el pulso desacompasado, irregular.

—Iré y escucharé su propuesta —murmuro.

—Perderemos demasiado tiempo —reclama el Ancestral.

—El tiempo lo estamos perdiendo ahora protestando. —Me enderezo a base de terquedad—. Llévame, Akhir.

Vaerion se gira hacia el Heraldo. Sus miradas chocan, silenciosas.

Yo los observo un segundo y comprendo una verdad incómoda: los dos creen estar salvándome; pero yo ya no quiero que nadie decida por mí.

—Vamos —repito, más firme.

Akhir asiente y se olvida de Vaerion.

Se adelanta unos pasos y se sitúa en mitad de la explanada. En una zona donde la capa de Herrumbre parece menos espesa. Con una mano, desenvaina su espada.

La hoja oscura refleja un brillo rojizo.

Sus labios no se mueven. Solo dibuja con la punta una línea circular sobre la tierra y algunos símbolos ilegibles alrededor. Después, se corta la palma de la mano con el filo y deja que su sangre, infestada de Herrumbre, gotee dentro del dibujo.

La tierra tiembla y el polvo rojo se arremolina junto a la sangre, como si quisiera alimentarse de ella. El suelo se curva hacia dentro y un abismo oscuro se despliega bajo sus pies.

Vaerion se aproxima al agujero abierto en la explanada.

—No me gusta —dice, torciendo el gesto.

Akhir no se mueve.

—No tiene que gustarte.

Desde su interior asciende un viento antiguo, húmedo, cargado de un olor añejo que no reconozco. Unas escaleras de roca descienden más allá de lo que la vista alcanza a ver.

Akhir se gira entonces hacia mí.

—¿Puedes caminar?

Asiento, aunque es una verdad a medias. Puedo caminar, pero no sé durante cuánto tiempo.

Él también lo sabe, aunque no dice nada.

Vaerion da el primer paso hacia las escaleras. Akhir levanta una mano y le impide continuar.

—No. —Su tono no admite réplicas—. Solo ella y yo.

Vaerion suelta una risotada cargada de tensión que hace temblar los muros del laberinto.

—Estás loco si crees que voy a permitir que baje sin mí.

—*Ella* no se mostrará si llevamos público.

—¿Y eso quién lo dice? —Vaerion levanta la barbilla en actitud amenazante hacia el Heraldo.

Entonces Méntor interviene.

—Akhir tiene razón —dice—. *Ella* es esquiva y caprichosa. Hace muchísimo tiempo que no trata con nadie del Exterior… Genoveva será suficiente experiencia.

—No bajará sin mí. —Vaerion enfatiza cada una de las palabras, por si su postura no hubiera quedado clara.

Intervengo.

Avanzo hasta él sin mostrar debilidad, aunque por dentro me estoy muriendo de dolor. Le pongo una mano con suavidad en el pecho mientras busco sus vetas plateadas con mis ojos.

—Soy suficiente, Vaerion. —Sus ojos me encuentran—. Una vez me dijiste que jamás osarías doblegar a un animal salvaje. Déjame que siga siendo ese animal indomable. Confía en mí.

Mis palabras parecen calarle. La tensión de sus músculos se relaja un poco y comprende que mi decisión está tomada, cuente con su apoyo o no.

Alza su mano y la posa sobre mi mejilla. El contacto me remueve por dentro.

—Ten cuidado.

20. Secretos

Los peldaños están húmedos.

El olor es difícil de describir. No es putrefacción, ni humedad, ni óxido. Es algo más viejo. Son secretos acumulados tras la roca que rezuman lentamente por sus grietas.

Cada vez que apoyo el pie, la sustancia que lo recubre todo se estira y vuelve a cerrarse con un sonido viscoso. Me obligo a descender con cuidado.

Pienso que este lugar no fue construido para los vivos, sino para esconderse de ellos.

Sin embargo, aquí abajo no hay Herrumbre, y eso hace que mis pasos sean más seguros. La quemazón de mi interior también disminuye. Ella también se siente confusa en este descenso.

Akhir va delante, con la espada envainada. Sus pasos no dudan. No necesita luz para orientarse, pero yo la echo de menos.

El agujero que ha abierto en la explanada se cierra arriba con un suspiro sordo. Una boca que se traga un insecto. Y, de golpe, la oscuridad no es solo la ausencia de luz: es una presión salvaje. Me aplasta los párpados incluso cuando los tengo abiertos.

Mi sentido del oído se agudiza. Escucho un goteo pastoso constante: *plofff… plofff…* la respiración pausada de Akhir, los latidos cada vez más acelerados de mi corazón.

Me agarro al borde irregular de la pared para tener un punto de referencia en mitad de aquel mar de oscuridad. La piedra está cubierta de una costra salina que raspa al tacto.

No sé durante cuánto tiempo descendemos, pero es más del que mis piernas pueden soportar.

Me detengo un instante.

—No hay tiempo para parar —dice Akhir. Y su voz queda amortiguada por una oscuridad que es casi sólida.

—Necesito descansar.

Noto que su brazo me rodea la cintura y que agarra el mío para pasarlo por encima de sus hombros. Las armaduras chocan, aunque su fuerza me sostiene.

—Gracias —digo, pero no me responde.

No me gusta notar que el cansancio cambia cuando él está cerca. Parece que mi cuerpo lo reconoce, que mi piel aún recuerda la esperanza y el anhelo por los que inicié este viaje.

Seguimos bajando a través de unos peldaños cada vez más irregulares.

Por alguna razón, pienso en Nereth-Kahl. En la luz blanca, en su comida, en Maevriel…

Se me atasca la respiración.

—¿Estás bien? —pregunta sin frenar el descenso.

—Sí —miento.

Aprieto los dientes y sigo descendiendo, peldaño a peldaño, con el corazón golpeándome las costillas.

—Solo queda un poco más —dice, como si tratara de darme ánimos, como si de verdad le importase.

—¿Y quién es *ella*? —pregunto cuando estoy cansada de resistir un paso más, cuando solo hablar puede hacerme olvidar mi agotamiento.

—Fue una archimaga de los bosques Septentrionales. —Se encoje de hombros—. Sobrevivió el tiempo suficiente para aprender a protegerse de la Herrumbre. Ahora puede, incluso, darle forma.

—¿Darle forma? —No entiendo.

—Ella te lo explicará.

—¿Y vive aquí abajo? —pregunto—. Quiero decir, ¿el Señor Oscuro sabe que está aquí?

—Se respetan mutuamente.

Hay algo a lo que llevo dándole vueltas desde que supe de la existencia de esta mujer. No puedo callarlo más.

—Si sabe extirparla… podría sacártela a ti.

Sus pasos se frenan apenas un instante. Un tropiezo mínimo, como si hubiera pisado algo que quemara. Luego continúa, más rápido.

—No.

La palabra es un muro que no se puede derribar.

—¿Por qué? —susurro—. ¿Cuál es tu plan, Akhir? ¿Qué pasará después de que derrotemos al Señor Oscuro?

Akhir se detiene en seco. Veo sus ojos refulgir en mitad de la oscuridad con un destello rabioso.

—Mi plan —dice— es que sobrevivas.

—¿Y qué hay de ti?

Silencio.

La pregunta se queda flotando en la escalera como el goteo viscoso.

—¿Tú qué, Akhir? —insisto—. Me has instado a que luche contra la Herrumbre, a que no me deje vencer, pero ¿qué pasa contigo? ¿También quieres acabar vivo?

El brillo dorado se clava en mí con una intensidad que me corta la respiración y, durante un segundo, juro ver una veta roja cruzarle el iris, como si la memoria de Lirien hubiese intentado resucitar.

Sin embargo, se apaga enseguida.

—No me preguntes eso —murmura.

—Te lo estoy preguntando.

La Herrumbre de mi sangre parece reaccionar un poco, excitada. Le gusta la tensión. Late con el conflicto.

Su cuerpo se aproxima más al mío. Ahora su sujeción se parece más a un abrazo.

—No insistas en salvar a quien no puede ser salvado.

Lo que detecto en su voz es algo muy parecido al hastío.

—¿Tan horrible sería volver a sentir? —susurro.

Él aparta de mí su mirada, como si le doliera.

—Sigamos bajando, Genoveva.

Me trago el nudo de la garganta y me dejo empujar de nuevo por el brazo que sigue atado a mi cintura.

Al cabo de un rato, las escaleras dejan de descender y se abren a una galería más amplia. Una luz tenue inunda la caverna lo suficiente para ver el camino, pero no sé de dónde proviene. El techo está tan alto que podría confundirse con un cielo sin estrellas.

El aire sigue purificándose. Ya no queda ni rastro del olor a polvo rojo ni a hierro oxidado. En su lugar, un aroma a musgo, a piedra húmeda puebla el ambiente. La presión de mi pecho ha disminuido lo suficiente para poder respirar sin sentir que me arrancan los pulmones.

Akhir no reduce el paso. Avanza con la misma seguridad silenciosa, sosteniéndome cuando mi pie falla en alguna roca resbaladiza. Su mano es firme, demasiado atenta para alguien que insiste en parecer distante.

Durante varios minutos, solo escuchamos el eco de nuestros pasos.

—El recuerdo de una palabra antigua ha vivido conmigo desde que la oí pronunciar en Lirien —digo.

Durante todo ese tiempo he evitado pronunciarlo, he fingido que no lo recordaba. Ahora, aquí abajo, con la Herrumbre circulando en mis venas y la oscuridad cerrándose a nuestro alrededor, ya no quedan silencios posibles.

—*Ak Hiraín*. Así fue como Seldrin te llamó.

El sonido de esas cuatro sílabas parece quedarse atrapado entre las paredes húmedas de la galería.

Él se detiene de manera casi inconsciente.

—Sé lo que significa —prosigo—: Hijo de Reyes.

Hago una pausa para ver si él lo niega, para saber si hay otra explicación. Pero no lo hace.

—En todas las crónicas de los cuatro Reinos —trato de mantener la voz firme, pero no me sale—, solo hay un rey con una historia tan desgarradora que merece un destino como el tuyo.

Silencio.

Largo.

Doloroso.

Cuando por fin habla, su voz no se parece a nada que le haya escuchado antes. Suena… frágil.

—Ese nombre murió hace mucho.

La forma en la que lo dice me recorre la espalda como un escalofrío.

Quiero insistir hasta desvelar la verdad, pero algo en su expresión me detiene. Por imposible que sea, parece a punto de romperse.

—Todos merecen una segunda oportunidad —digo finalmente.

Akhir vuelve a moverse y me arrastra consigo hacia las profundidades de la galería.

—No para mí.

—¿Por qué, Akhir? —Ahora soy yo la que se planta, la que le obliga a detenerse—. ¿Tan malo fue lo que hiciste?

Se gira hacia mí. Sus ojos dorados brillan en la penumbra de la galería con una intensidad que me deja sin respiración.

—Dime quién eres —le pido.

—Ya lo sabes.

—Necesito que tú me lo digas.

Contengo la respiración durante un segundo antes de que Akhir haga su revelación.

—Mi nombre es Árogar —dice—. Soy el Rey Loco.

El mundo se queda sin sonido.

No reacciono de inmediato. No puedo.

El peso de la verdad es tan demoledor que derriba todas las murallas que mi mente había levantado para protegerse de este momento.

Lo supe desde el momento en que Seldrin pronunció su nombre. Me había preparado para esta conversación, pero supongo que siempre albergué la esperanza de estar equivocada. Esa esperanza es la que me había protegido hasta ahora. Aunque la evidencia la ha desterrado.

Árogar.

El rey que desató la matanza más cruel y despiadada de cuantas narran los libros de historia.

El hombre al que todos llaman monstruo.

—No… —susurro.

Sin embargo, él no aparta la mirada. Quiere ver cómo lo comprendo todo.

—Consumí materia hasta perderme —dice—. Creí que podría controlar su poder. Creí que podría proteger a mi reino con ella.

Se aclara la garganta.

—Lo único que hice fue alimentarla con la sangre de docenas de niños que maté con mis propias manos. Con la de las madres que se negaron a dármelos, con la de los padres que se interpusieron en mi camino…

El suelo desaparece bajo mis pies.

Recuerdo los poemas.

Recuerdo el horror narrado como leyenda.

Y ahora está aquí, sujetándome. Respirando frente a mí.

—¿Comprendes ahora por qué no hay redención para mí? —pregunta con un leve temblor en la voz—. Si vuelvo a sentir el dolor por lo que hice… me volveré loco de nuevo.

Mi mente quiere dar un paso atrás, pero mi cuerpo y mi corazón desean seguir pegados a él.

—Podría ayudarte —digo al fin, aunque mi voz suena demasiado pequeña—. Mi amor puede salvarte. Yo solo deseo…

La frase se queda atrapada en mi garganta.

Quedarme contigo, aunque todo lo demás arda.

Él sonríe.

No es una sonrisa cruel. Es triste.

—No hay amor suficiente en el mundo para salvar lo que hice, Genoveva.

Las palabras me atraviesan. Me quedo sin voz.

—Tú quieres creer que todo puede redimirse —dice—. Porque creciste en un lugar donde todo tenía solución.

Se acerca un poco más. Sus dedos se clavan en mi barbilla y me alza con suavidad la cabeza. Su respiración roza mis labios.

—Pero yo no quiero redención.

Silencio.

Oscuridad.

Respiraciones entrelazadas.

—Solo quiero que tú sobrevivas.

El tiempo queda suspendido en ese instante.

Su mano sigue en mi barbilla. El pulgar roza apenas mi piel, dudando incluso de tocarme.

Sus ojos dorados bajan un instante hacia mis labios y después se inclina despacio, como si cada centímetro fuera una batalla contra sí mismo. Durante un segundo pienso que se detendrá antes de llegar, que volverá a esconderse tras ese muro de hierro que nunca deja caer… pero no lo hace.

Sus labios se unen a los míos.

Es un contacto leve, cálido… triste.

El mundo no se detiene ni estalla; simplemente se vuelve más silencioso. Siento el dolor de todo lo que podríamos llegar a tener, de todo lo que cree que no se merece.

Respondo sin pensar. Apenas un latido.

Entonces él se separa.

Su frente queda apoyada contra la mía, respirando hondo, sintiendo que aquel gesto es más peligroso que cualquier batalla librada en el laberinto.

—No volveremos más a esta conversación —murmura, retomando su distancia habitual—. Podría olvidar quién soy.

Sus dedos tiemblan un segundo antes de soltar mi rostro.

Y el vacío que deja su ausencia es peor que la oscuridad.

21. Ella

Akhir me suelta. Ya no necesito su apoyo para caminar.

No soy yo quien se lo pide, sino él quien considera que la proximidad es demasiado peligrosa para extenderla más allá de lo necesario.

Sin embargo, durante varios pasos, sigo sintiendo el peso de su mano en mi cintura. Mi cuerpo se niega a aceptar que ya no está ahí.

Se adelanta unos pasos, interponiendo distancia con aquello que acaba de ocurrir entre nosotros. Pero el eco del beso aún vive en mi boca, cálido y triste, y no sé dónde colocar esa sensación dentro de mí sin que lo desordene todo. Así que avanzo en silencio, concentrada en el sonido irregular de nuestras pisadas sobre la roca húmeda.

La galería se ensancha poco a poco.

El suelo deja de ser roca áspera y empieza a pulirse bajo nuestras botas, como si hubiese sido acariciado durante siglos por agua invisible. Las paredes cambian y por fin distingo el origen de la luz tenue que baña las superficies. Pequeños corales brillan con un tono nacarado, anclados a las vetas y salientes de la roca.

Respiro hondo y siento que la presión que durante días ha arañado mis pensamientos se ha vuelto torpe, ha perdido el rastro de aquellos que buscaba devorar. Me llevo una mano a la base del cráneo sin darme cuenta.

—Aquí abajo la Herrumbre no tiene fuerza —dice Akhir—. Necesita luz para propagarse.

El camino desciende en una pendiente suave hasta abrirse a una cámara más amplia.

El suelo cambia por completo.

La roca es reemplazada por una superficie lisa, oscura, como un espejo opaco. Bajo ella, se mueven delgados hilos líquidos que emiten una luz plateada, pálida.

Me detengo. No me atrevo a poner un pie en aquella pátina. Parece tan frágil que pueda romperse bajo mi peso.

Akhir también se ha parado junto a la superficie oscura.

Es tan lisa que refleja nuestras siluetas con una definición inquietante. Apenas reconozco la imagen que me devuelve: rostro cansado, ojos marcados por la batalla, cabello blanco que a veces olvido…

Entonces la imagen se distorsiona porque la superficie vibra.

—*Ella* está aquí —dice Akhir.

La luz nacarada de los corales se vuelve más brillante, como si obedeciera a una voluntad que todavía no se ha mostrado. El líquido bajo el cristal opaco fluye de forma más acelerada.

Akhir da un paso atrás y vigila en silencio. No es una postura defensiva, pero sus músculos no están relajados lo suficiente como para haber bajado la guardia. La mano se mantiene a una distancia prudencial de la empuñadura de su espada.

—No te acerques más —dice entonces, muy bajo.

Y no sé si me lo dice a mí… o a lo que vive bajo la superficie.

De repente, el cristal se parte. No es una ruptura, sino que simplemente se separa en silencio. Todo el suelo se abre en dos, formando dos placas perfectas, desde cuyo centro asciende una figura.

Primero me fijo en su cabello. Largo y oscuro. Flota alrededor de su cuerpo, ligero como el humo. Después veo los hombros desnudos, la piel pálida que refleja la luz nacarada del ambiente.

Sus ojos se abren despacio. Son negros. Completamente negros. Iguales que el espejo del que ha emergido.

La mujer —la Dama— me observa. Sus facciones son extrañas. Apenas tiene líneas: no hay pómulos marcados, la nariz no sobresale, los párpados son demasiado finos…

Se aproxima todo lo posible, sin poner un pie más allá de su cristal oscuro. Me mira durante largo rato, inclinando la cabeza hacia un lado y hacia otro, como si cambiar la perspectiva pudiera darle más información sobre mí.

—¿Qué eres? —Parece casi divertida.

Siento cómo algo en mi pecho responde antes de ser consciente de nada. La Herrumbre se agita incómoda, debilitada en aquel lugar donde no tiene poder.

—¿Qué has traído hasta mis dominios, Heraldo? —añade.

—Necesita expulsar la Herrumbre.

La Dama no ha apartado sus ojos de mí ni un solo momento.

—Eso ya lo veo —dice—. Me refiero a lo otro. A la sangre que corre por sus venas. Nunca… nunca había presenciado un poder así.

Pestañea y sus ojos cambian de color. La oscuridad da paso a un reflejo ambarino, peligroso.

Siento el deseo de cubrirme, de esconder lo que llevo dentro, pero no puedo hacerlo. Su mirada atraviesa mi piel como si fuese transparente y derriba cualquier defensa.

Akhir da medio paso adelante, pero ella alza una mano y él se detiene sin que haya necesidad de contacto.

—Eres hija de Aethryon. —No es una pregunta.

El cristal a su alrededor titila con expectación.

—Por eso la Herrumbre no te ha destruido —concluye—, por eso no te afecta como a ellos —señala a Akhir con la cabeza, pero sus ojos siguen puestos en mí—. Por eso te quiere…

—La he rechazado —digo.

—Lo sé. —Su cabello oscuro se agita sin que exista brisa alrededor —. De ahí que ahora esté dispuesta a destruirte. Por eso estás aquí.

Asiento, aunque sé que no es necesario que lo haga.

El silencio se vuelve tenso entre nosotros.

Siento la presencia de Akhir detrás de mí, como una sombra que no se puede desprender del cuerpo que la origina.

—Acércate, niña —murmura la Dama. En su tono no hay órdenes, solo invitación.

Doy un paso y entro en aquella especie de lago sólido. El cristal cruje, aunque no se agrieta ni se fisura.

Ella me tiende la mano. Sus dedos son más largos de lo normal y bajo las uñas se acumula tierra y mugre.

—Si vienes conmigo —dice, antes de que me decida a moverme—, has de saber que nada que nace del dolor abandona un cuerpo sin dejar marca.

Lo dice con una calma tan absoluta que resulta más inquietante que cualquier amenaza. No intenta persuadirme ni detenerme. Simplemente se limita a enunciar una ley que existe mucho antes de que yo naciera.

Por primera vez desde que Akhir abrió el portal, me pregunto si no me habré equivocado. Si no tendría que haber escuchado la experiencia y el criterio de Vaerion, en lugar de dejarme llevar por el susurro de un Heraldo cuyo bando no está claro.

Entonces el cristal bajo mis pies se aclara un poco y veo mejor mi reflejo. Al aspecto cansado y la sombra bajo los ojos tengo que añadir las vetas rojas que han comenzado a aflorar sobre la clavícula. Paso la mano y las noto abultadas. Me duelen.

—¿Qué clase de marca? —susurro.

La Dama del Cristal Opaco no responde enseguida. Se mueve despacio, rodeándome sin llegar a tocarme. Los hilos de líquido bajo la superficie cambian su curso para fluir bajo ella. La obedecen.

—La Herrumbre ha estado demasiado tiempo dentro de ti —dice al fin—. Parte de tu vitalidad ya está anclada a ella.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Entonces, ¿no puedes salvarme?

Ella exhibe una sonrisa condescendiente, como si hubiera hecho la pregunta equivocada.

—Salvarte no es lo mismo que devolverte a lo que eras.

Sus ojos se posan *dentro* de mí. Siento que la Herrumbre en mi interior sisea ante la amenaza de su escrutinio.

—Solo puedo mantenerte con vida —continúa—, si le doy forma a la Herrumbre que extraiga de tu cuerpo.

Akhir se remueve a mi espalda.

—Un Demencial —susurra.

La palabra resuena dentro de mí con un eco extraño.

La Dama asiente y su cabello ondula alrededor, como sumergido en el agua.

—Sí —dice—, pero será la primera vez que extraiga *toda* la Herrumbre, así que escucha bien, hija de Aethryon, este Demencial será una extensión de tu propia vida.

Da un paso más.

—Tu vitalidad quedará dividida entre él y tú. Si os separáis, si tu criatura muere, entonces quedarás reducida a la mitad: la mitad de fuerza, la mitad de energía, la mitad de destreza… Nunca volverás a estar completa.

El suelo bajo mis pies parece licuarse, perder resistencia.

Pienso en las batallas que quedan. En el Señor Oscuro. En el duro camino de lo que está por venir.

Los segundos de silencio que siguen se acumulan en mi pecho y me dificultan la respiración.

Detrás de mí, Akhir apenas se mueve. No habla, pero sé que está escuchando cada palabra.

—¿No hay más opciones? —pregunto.

La Dama niega con suavidad.

—Con la Herrumbre solo hay tres opciones: que te consuma, que te gobierne o que te obedezca desde fuera, a costa de tu vitalidad.

Me llevo la mano al costado y al pecho, a las cicatrices que me identifican como superviviente. Una mano llena de tatuajes que gritan al mundo mi sacrificio. Yo he elegido este destino y ya he llegado demasiado lejos para darme la vuelta.

Sigo eligiendo sacrificarme.

—Hazlo —digo.

Sus ojos oscuros relucen con una intensidad que parece acumulada desde hace siglos.

—¿Qué forma tomará? —me pregunta.

Pienso en lo que aguarda en la siguiente puerta, en los dibujos que Méntor nos enseñó en el campamento base, al otro lado de las Montañas.

Y lo tengo claro.

—Un dragón —digo.

La mujer asiente de nuevo, despacio.

Desde el cristal, a mis pies, un fulgor anaranjado asciende hasta mi pecho y siento cómo la Herrumbre, dentro de mí, reacciona con violencia. Se retuerce, intenta aferrarse a mis huesos, a mi sangre, a cada rincón donde todavía gobierna.

—No luches contra ella —susurra la Dama—. Abre la mano.

Obedezco y extiendo los dedos.

El lago de cristal se ilumina. Hilos de agua se concentran bajo mi cuerpo y comienzan a fluir hacia el exterior. Su caudal se tiñe de rojo oscuro. La están sacando de mí.

Al principio no duele. Es una presión creciente, como si algo estuviera siendo desenraizado desde lo más profundo.

Entonces llega el dolor.

Se me escapa un grito ahogado cuando siento cómo tira de mi corazón, de mis pulmones, de los recuerdos que no sabía que estaban ligados a ella.

Caigo de rodillas sobre la superficie de cristal. El golpe es sordo, pero el dolor no tiene parangón con el de la resistencia de la Herrumbre.

No veo nada más que luz naranja.

Y, en medio de esa tormenta, una masa oscura empieza a formarse frente a mí.

Primero es polvo, luego sombra y, por último, escucho un latido que replica el mío.

El Demencial nace sin ruido, tomando forma a partir de aquello que casi me destruye.

No sé cuánto tiempo ha transcurrido. Cuando la luz se apaga, estoy jadeando y empapada en sudor frío.

Sé que ha funcionado porque tengo una sensación de hueco en el pecho, y algo más importante: siento la fuerza de mi sangre bullir libre por mis venas, preparada para conjurar por fin. Sin embargo, hay… hay algo más. Algo poderoso habita en mi interior. Algo que se mueve con serenidad y veneración.

Frente a mí, la sombra del Demencial ha desaparecido.

—¿Dónde está? —pregunto mientras me incorporo. Aún me siento dolorida, pero el alivio puede más.

La Dama del Cristal Opaco me señala el pecho.

—En tu interior —dice—. Aguarda tu llamada para salir.

Lo noto asentarse dentro. Su presencia es totalmente diferente a la de la Herrumbre. El Demencial es respetuoso, calmado. Me da paz.

Vuelvo la vista atrás.

Más allá de la superficie del cristal, Akhir no se ha movido.

Sus ojos dorados brillan con una mezcla de temor y orgullo que no consigo comprender.

22. Confesiones

La superficie del cristal vuelve a cerrarse con un susurro. La Dama se ha retirado sin despedirse, y el resplandor anaranjado de los corales queda suspendido en el aire, cálido y tenue, suficiente para dibujar nuestras sombras sobre la roca.

Mis piernas tiemblan cuando intento caminar. La tensión de las últimas horas ha dado paso a un agotamiento demoledor.

El mundo se me antoja demasiado lejano. Todo está en silencio dentro de mí. Ya no hay zumbido, ni sabor metálico en la boca, ni susurros que arañen mis pensamientos. Solo estoy yo. Y sé que esos instantes de calma son los últimos que tendré en cuanto vuelva a ponerme en marcha.

Akhir me ayuda a salir del cristal.

—Deberíamos descansar un poco —dice en voz baja—. Necesitas habituarte a la nueva situación.

Me dejo caer junto al borde del cristal opaco. La luz se refleja en las placas lisas y dibuja destellos sobre la armadura de Akhir cuando él se sienta a una distancia prudente, lo bastante cerca para socorrerme si me desmayo… lo bastante lejos para recordar la barrera invisible que ha levantado entre nosotros desde el beso.

Cierro los ojos un instante.

Respiro.

—Has hecho lo correcto —murmura.

No respondo de inmediato. El cansancio mantiene mi cuerpo pegado al suelo.

—No había otra opción —digo—. La alternativa era sucumbir al control de la Herrumbre.

Abro los ojos para mirarlo.

—Y sabes que razones no me faltarían para hacerlo.

Es un reproche y él lo entiende como tal, porque desvía un instante la mirada. No sé si dolido, avergonzado o tan solo insultado.

No me callo. Puede que sea el último momento que nos queda antes de que estalle todo.

—Todavía oigo la voz de Ceryán… llamándome traidora.

El nombre de mi antiguo capitán queda flotando entre nosotros. Sus hombros se tensan apenas un milímetro, lo suficiente para saber que entiende hacia dónde voy.

—No pensé que quisieras hablar de eso ahora. —Trata de evitarlo.

—Puede que no haya otra ocasión.

Durante unos instantes, solo se escucha el murmullo líquido bajo el cristal.

—Fuiste tú quien lo trajo aquí, ¿verdad? —continúo—. Me hiciste creer que te volvías sin un alma, condenado a las Llanuras Abisales, cuando la realidad es que ya te habías cobrado el precio de nuestro pacto.

Akhir exhala despacio. No está molesto por mi exigencia, solo cansado.

—No es tan sencillo como lo estás contando.

—Pues ilústrame, te lo ruego.

Levanta la vista y sus ojos se clavan en los míos.

—Lo traje aquí porque, de todas las tentaciones y pruebas del laberinto, prefería algo que pudiera controlar.

Entrecierro los ojos. Hay una cosa mucho más retorcida que su confesión.

—¿Sabías…? —titubeo. Me da miedo preguntar—. ¿Sabías que acabaría viniendo aquí?

Akhir no responde, pero el brillo en sus ojos dice más que cualquier frase.

Todos mis músculos se tensan. Siento al Demencial agitarse en mi interior, listo para salir a la primera orden. Lo contengo.

—¿Qué significa todo esto, Akhir?

Siento un nudo que se aprieta en mi garganta.

—No necesitas entender —dice, y odio la forma en la que mantiene la calma cuando mi interior grita de rabia—. No todavía.

La furia estalla dentro de mí y emerge a modo de sentencia final:

—Eres el peor error de mi vida.

Él sonríe de medio lado mientras sus ojos dicen otra cosa.

—No espero tu aprobación en nada de lo que hago.

Me tumbo y le doy la espalda. No quiero verlo, no quiero sentir su presencia más sobre mi piel.

—No es tu complacencia lo que siempre he anhelado —murmuro.

El frío me escala por el cuerpo mientras me quedo dormida. Lo último que pienso es en Ceryán y en su nobleza extinta.

23. Bajo la luz apagada

Durante el último tramo de escaleras, vuelve a oler a hierro oxidado. Otra vez esa sensación angustiosa de llevar una pátina áspera pegada a la garganta. Me sorprende haberlo olvidado tan rápido.

Abajo, en la cámara de la Dama, el aire era tan limpio que me parecía haber vuelto a Lirien. De nuevo arriba, todo vuelve a ser hostil.

El aire del laberinto regresa con su toxicidad.

La humedad desaparece poco a poco y el eco de nuestros pasos deja de perderse en las profundidades para regresar, débil, contra las paredes curvadas. Cada peldaño que dejo atrás es una despedida de la calma que reinaba bajo la tierra, y una bienvenida a la guerra que nos espera en la superficie.

Akhir asciende unos pasos por detrás, en silencio. No ha dicho una sola palabra después de despertar y yo tampoco lo he intentado. No tengo mucho más que hablar con él.

Siento al Demencial moverse en mi interior.

Es una presencia tranquila, expectante… parece aguardar el momento para existir del todo.

Aunque lo más importante es que vuelvo a sentir que mi sangre responde a mi voluntad.

Se agita. Viva.

La luz roja del laberinto me da de lleno en cuanto emergemos y tengo que entrecerrar los ojos.

Oigo a Trash gritar.

—¡Ya están de vuelta!

Los tres se aproximan para recibirnos.

Me invade una estúpida sensación de sorpresa, como si hubiera pasado demasiado tiempo desde la última vez que los vi, como si el descenso hubiera ocupado meses.

—Has vuelto —dice Vaerion. Hay alivio en su tono, y sus ojos recorren mi rostro con avidez buscando evidencias de que sigo siendo yo.

Eso me hace sonreír un poco.

—¿Acaso lo dudabais?

Trash suelta una carcajada ronca que rebota contra las paredes.

—Si una caída al vacío no pudo contigo, ¿cómo lo iba a hacer una escalera infinita?

Me abraza y yo le devuelvo el gesto. Siento que estoy entre amigos.

Méntor permanece un paso por detrás. Me observa con atención, luego mira a Akhir, y finalmente sus ojos se detienen en mi pecho, como si percibiera al Demencial.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Vaerion.

Sonrío tratando de reflejar optimismo.

—Lo que queríamos —digo—. La Herrumbre ya no está dentro de mí.

El silencio que sigue es tan profundo que incluso Trash deja de moverse.

—¿Así, sin más? —Vaerion no se fía.

—La Dama la extrajo —respondo—. Le dio forma y ahora puedo conjurar otra vez.

—¿Qué quieres decir con que le dio forma? —pregunta Trash.

Siento que ha llegado la hora de liberar al Demencial. Quiero ver qué aspecto tiene.

Inhalo profundo. Mostrarla significa tomar consciencia de que ya no soy la misma que bajó con Akhir a las profundidades.

—Significa… —empiezo, pero las palabras se quedan cortas—. Significa que ahora ya no estoy sola.

No sé muy bien cómo hacerlo. Nadie te enseña a invocar a un ser que llevas dentro. Sin embargo, lo siento como algo innato. Una conexión que hubiera estado ahí desde siempre.

Solo llamo sin pronunciar palabras. Es una intención.

Ven.

Y algo responde desde el centro de mi pecho.

El aire a mi alrededor vibra. Mi pelo se agita.

Una corriente suave recorre el suelo y la Herrumbre parece apartarse, huir, como si algo más antiguo estuviera reclamando su lugar.

Trash retrocede medio paso.

—¿Qué… demonios?

Una luz tenue nace frente a mí. No es roja, ni plateada. Tiene el resplandor anaranjado de los corales bajo tierra.

El Demencial toma forma despacio.

No es gigantesco.

No todavía.

Sus alas están hechas de humo oscuro atravesado por líneas incandescentes que recuerdan al metal fundido. El cuerpo es esbelto, casi etéreo. Las escamas brillan con un fulgor naranja. Sus ojos se abren y muestran una inteligencia antigua. Me buscan a mí primero.

No hay rugido ni amenaza. Solo una inclinación silenciosa de cabeza.

Siento cómo algo dentro de mí se alinea con él. Nuestros latidos se acompasan, y tengo la certeza absurda de que, si quisiera, podría mirar el mundo desde sus ojos.

Vaerion no aparta la mano de su espada, pero tampoco desenvaina. Sus ojos plateados recorren la criatura con una mezcla de cautela y asombro.

—Un… dragón —murmura Trash, incrédulo.

No suena asustado, suena maravillado.

La criatura gira la cabeza entonces hacia Vaerion. Lo observa, pero no hay desafío, sino una calma extraña, casi solemne.

Siento la mirada del Ancestral girarse hacia mí, tan afilada que podría perforarme.

—¿Cuál fue el precio? —dice al fin. Directo, sin rodeos.

Mi corazón se acelera.

Akhir no interviene.

—Nada que no estuviera dispuesta a asumir. —Mi voz suena firme, incluso para mí.

No es una mentira, aunque tampoco la verdad completa.

El Demencial se acerca. Su cuerpo se deshace en pequeñas hebras de luz que se enroscan alrededor de mis brazos y vuelven a fundirse conmigo. Es un recordatorio de que no somos dos cosas separadas.

Vaerion no parpadea.

—Eso no es una respuesta.

Sus ojos plateados tratan de leer en mi interior, pero ya he aprendido lo suficiente para protegerme de esa mirada.

—Estoy viva —añado—. Y eso debería bastarte.

El recuerdo de la forma que tuvo de apartarme de la batalla en la primera puerta atraviesa el espacio entre nosotros como una hoja invisible y afilada. Si le cuento toda la verdad, si le muestro lo vulnerable que me ha vuelto el Demencial, jamás me dejará tomar las decisiones que han de ser tomadas en el futuro.

No quiero volver a sentirme arrastrada lejos de mi propio destino.

—Debería contarnos… —empieza.

—Estoy bien —lo interrumpo—. Puedo luchar, puedo conjurar. Eso es lo único que importa ahora.

Méntor inclina la cabeza, pensativo.

—Tu aura ha cambiado —murmura—. Es cierto que ya no hay conflicto en tu sangre. El Demencial ha tomado forma de toda tu Herrumbre.

—Exacto.

No digo más.

Es Trash quien rompe la tensión con su tono ligero.

—Tenemos todo lo que necesitamos, ¿no? —dice—. La última puerta nos espera, y nos viene perfecta tu criatura.

Vaerion aún tarda unos segundos más en apartar la mirada de mí. No es ingenuo, sabe que le estoy ocultando algo.

—Descansemos unos minutos —dice finalmente—. Y luego preparemos la estrategia para el último Senescal.

El dragón vuelve a agitarse en mi interior, silencioso, como si también supiera que el final ya ha empezado.

24. Ecos antes de la última puerta

Anochece con una calma impostada.

La luz roja del laberinto palpita más despacio. Parece que incluso aquellas paredes de piedra han decidido concedernos una tregua antes del último descenso.

Nos hemos instalado en una cavidad amplia, protegida por un arco natural de roca que nos separa del corredor principal. No hay ruido de criaturas ni latidos disonantes, solo el murmullo lejano de la Herrumbre moviéndose bajo la superficie. Fuera de mí.

Trash afila sus hachas sentado sobre una losa plana, el metal chirría con un sonido seco que marca el ritmo del silencio. Méntor reposa con la cabeza apoyada en la pared de roca y los ojos cerrados. Vaerion permanece de pie, vigilando el pasillo más allá del umbral de la cavidad, inmóvil como una estatua de plata tallada para la guerra.

Akhir se ha apartado lo suficiente para no formar parte del círculo, pero no necesito volver la cabeza para saber dónde está. Ocupa el lugar preciso en el borde de mi atención, igual que una herida reciente roe el borde del pensamiento incluso cuando uno intenta ignorarla.

Yo también me apoyo contra la pared y cierro los ojos un instante. Siento al Demencial en mi interior, tranquilo. Su presencia ya no es algo ajeno. Me da consuelo y tranquilidad.

—¿Cuánto falta para la cuarta puerta? —pregunta Trash sin levantar la vista del filo de sus hachas.

Méntor responde sin abrir los ojos.

—No demasiado. El laberinto termina en unas escaleras. Más allá… pocos saben lo que hay.

—¿Más escaleras? —protesta Trash—. ¿Otro descenso?

Méntor agita la cabeza.

—Esta vez es hacia arriba.

—¡Oh! Una novedad para variar.

Nadie responde a eso.

La siguiente pregunta que hago ha estado dando vueltas en la cabeza de todos, no tengo dudas. Solo que soy yo quien la lanza en voz alta.

—Y tras la última puerta… ¿qué? ¿Cómo cruzamos las Llanuras Abisales para llegar al Castillo Negro? ¿Qué nos encontraremos?

Se produce un silencio cargado de incertidumbre. Méntor mira a Akhir, que se encoje de hombros.

—Ya os lo dijimos —dice—. No lo sabemos.

—Pero tendréis alguna idea —Trash desvía al fin la vista de sus hachas—. Siempre hay rumores, leyendas…

—Se dice que no es exactamente un lugar —interviene Méntor—. Que es una sensación, un estado salvaje de angustia y dolor que ninguna mente es capaz de soportar sin quebrarse. Las Llanuras en sí mismas no atacan, solo te devuelven lo que ya eres, lo que has enterrado para poder seguir avanzando.

Guardamos silencio durante un instante. Todos llevamos lo suficiente dentro como para temer un lugar así.

—¿Y ninguno ha atravesado ese… estado? —pregunta Vaerion, desconfiado—. ¿Ninguno ha estado en presencia del Señor Oscuro en su castillo?

—No necesitamos estar en su presencia para que nos hable —Méntor se señala la cabeza—. Llevo escuchando sus amenazas desde que atravesé la Grieta en las Montañas.

Vaerion se vuelve a Akhir.

—¿Y a ti? ¿Qué es lo que te dice?

—¿Por qué tendría que decirme algo? —pregunta, a la defensiva.

—Porque nos estás ayudando.

Akhir compone una de sus enigmáticas sonrisas de medio lado.

—¿Eso crees?

Una racha de viento sopla y se lleva el eco de las palabras de Akhir. Un sentimiento incómodo se instala en el centro del grupo.

—Creo que ya hemos descansado bastante —interviene Méntor—. Aprovechemos la noche para avanzar y quizás pillemos desprevenido al Senescal.

El pasillo se estrecha después de la cavidad y la luz rojiza del laberinto se vuelve más intensa, nos obliga a avanzar bajo su mirada. Caminamos en fila, con Méntor a la cabeza y Vaerion cubriendo la retaguardia. Trash murmura algo ininteligible detrás de mí mientras golpea con los nudillos una pared para comprobar su solidez. Akhir ha desaparecido una vez más.

El Demencial está tranquilo. Observa conmigo.

Durante un tramo largo nadie habla. El sonido de nuestras botas y el roce ocasional del metal contra la piedra bastan para rellenar el silencio.

Hasta que el pasillo se ensancha un poco y Méntor ralentiza el paso lo suficiente para que yo acabe caminando a su lado. No mira hacia atrás; su voz llega baja, apenas por encima de un susurro.

—¿Crees que tienes lo necesario para llegar hasta el final? —pregunta.

Agacho ligeramente la cabeza hacia él para escuchar mejor. Presiento que vamos a hablar de cosas que no pueden ser escuchadas por todos.

—¿A qué te refieres exactamente?

No me gusta su tono. No porque suene a amenaza ni a nada peligroso. Todo lo contrario, suena a alguien que ha pensado lo suficiente para saber de lo que habla.

El Heraldo suspira y mira al frente.

—Quizás haya que hacer sacrificios para poder atravesar la última puerta. —Hace una pausa—. He apostado muy fuerte por ti, Reina del Oeste, quiero asegurarme de que salimos con vida de aquí.

—¿Estás hablando de dejarlos morir? —No puedo creer lo que estoy oyendo.

Méntor agita la cabeza con vehemencia.

—No, por favor. No me malinterpretes. No hablo de dejarlos morir sin motivo, para salvarnos tú o yo. Hablo de que, llegado el momento de decidir, tengas bien en mente cuál es el objetivo real.

Siento una punzada incómoda en el estómago.

—¿Y cuál es, Méntor?

El Heraldo ladea apenas la cabeza. Sus ojos dorados recorren el pasillo delante de nosotros, aunque noto que mide cada palabra.

—Sé cuál no es.

Empieza a importunarme tanta adivinanza.

—Habla claro. —Mi tono exige.

—Creo que vos y el Ancestral no compartís el mismo objetivo.

Por un instante, el mundo se me antoja extraño a mi alrededor. Escucho los pasos de Vaerion a mi espalda, pero resisto la tentación de girarme.

—Ya sabéis que la materia se está extinguiendo fuera de estas fronteras —continúa—. La vida de su hermana se agota por ese motivo.

—¿Qué tiene que ver Shaelira en esto? —replico.

—Ella forma parte del tablero desde antes de que tú aceptaras cruzar las Montañas. Quizás tú seas reina en el continente, pero ella lo es sobre el tablero.

La frase me deja un sabor amargo en la boca.

Pienso en Shaelira tendida en su lecho, consumida, la voz apenas un hilo mientras hablaba del linaje de Aethryon. Recuerdo la serenidad con la que me instó a continuar mi viaje…

El Demencial se agita un poco en mi interior. Percibe la tensión.

—¿Qué estás insinuando?

—Que no fue casualidad que Vaerion ejecutara un Perpetuo para salvarte. Ni que te empujaran para que averiguaras la verdad de tu linaje. Ni que apostara por ti para abrir el camino hacia estas tierras.

El pasillo parece inclinarse. Siento que el suelo bajo mis botas pierde firmeza, aunque es solo una sensación.

—Pero… ¿para qué?

—Este lugar está lleno de *materia* —dice—. Corrupta, sí. Sin embargo, es *materia*. Una vez abiertas las Montañas, estas tierras

quedan libres a nuevos aires. A la posibilidad de que esta Herrumbre pueda ser purificada. Es su última oportunidad de salvarse, de seguir perpetuándose.

—Estás mintiendo —digo, aunque mi voz ya no suena tan firme—. ¿Cómo podrías tú saber todo eso?

—Ya te he dicho que el Señor Oscuro no deja de hablarme… Me ha susurrado todas vuestras debilidades, todas las grietas por las que puede romperos para convencerme del error de mi decisión. Solo quiero asegurarme de que no quiebran finalmente.

Gira la cabeza para mirarme, pero yo mantengo la vista fija en el pasillo. Me niego a que vea la zozobra que me invade.

—El Señor Oscuro no fue un Ancestral cualquiera —continúa—. Es el tercer hermano.

La palabra resuena dentro de mi pecho.

Hermano.

De pronto entiendo mejor los silencios, la forma en la que Vaerion rehusaba hablar del Señor Oscuro, la manera en la que me insistió para que lo dejara acompañarme a buscar el linaje de Aethryon… Me lo sugirieron todo con tanta sutileza que llegué a creer que la idea había sido mía.

Estúpida.

—Vaerion me ha salvado más veces de las que puedo contar —replico, en un último intento por aferrarme a una versión de la historia que hace aguas en mi propia cabeza.

—No lo dudo —dice Méntor—. Y tampoco dudo de que te aprecie de verdad. Las personas pueden querer y utilizar al mismo tiempo. O al menos eso es lo que recuerdo del tiempo en el que fui humano.

Lo dice sin crueldad, sin placer. Es una verdad gastada que conoce demasiado bien. Por eso duele, porque no nace de la manipulación, sino de la experiencia.

El silencio se abre entre nosotros, feroz y doloroso, mientras asimilo las palabras del Heraldo.

Trash avanza detrás de nosotros, ajeno a la conversación. Vaerion camina aún más atrás. Y Akhir sigue desaparecido, como si hubiera decidido no formar parte de aquello.

—¿Por qué me dices esto ahora? —pregunto al fin.

Méntor vuelve la vista al camino.

—Ya te lo he dicho. Me aseguro de que sepas con quién caminas para que no te tiemble el pulso a la hora de decidir lo que verdaderamente importa.

—El objetivo.

Asiente.

—Derrotar al Señor Oscuro.

Acelera y vuelve a situarse a la cabeza de la marcha para guiar nuestros pasos a través del laberinto.

Yo me quedo detrás, mirando las huellas que deja en la tierra cubierta de Herrumbre. *Materia* corrupta… *materia* al fin y al cabo.

Y tengo la desagradable sensación de que quizás el enemigo no me espera delante… sino que camina a mi espalda.

No me vuelvo. No quiero encontrarme con los ojos de Vaerion y descubrir en ellos algo que confirme las palabras de Méntor.

Sigo caminando, aunque la Herrumbre se ha vuelto distinta. Tiene otro sentido, otro propósito. Una sustancia que para nada es lo que aparenta. Igual que nosotros.

25. La Cuarta Puerta

Méntor se detiene ante una bifurcación.

Duda, y es la primera vez que le veo hacerlo.

Sus ojos dorados recorren las paredes, las vetas de Herrumbre, el suelo… y vacila, inseguro.

—¿Qué pasa? —pregunto detrás de él.

Se vuelve contrariado.

—Necesito un momento.

Trash resopla.

—Vaya. El Heraldo introspectivo al fin duda. Esto sí que es una novedad.

Méntor no responde a la provocación esta vez. Avanza unos pasos hacia la bifurcación y observa ambos corredores con atención. El silencio tenso que deja detrás se llena con el eco de nuestras respiraciones.

Vaerion se adelanta y se coloca a mi lado.

—Pensé que conocías bien el laberinto —le dice.

—Es imposible conocer del todo el laberinto puesto que cambia —responde el Heraldo sin mirarlo—. Tan solo he aprendido a leerlo. Pero a veces rompe los patrones… como ahora. Necesito retroceder y reorganizar el trayecto.

Trash se quita las hachas y las deja caer al suelo.

—Adiós al ataque sorpresa —se queja.

—Regresaré en cuanto me haya orientado.

El Heraldo desaparece por la última curva del estrecho pasillo. Trash apoya la espalda contra la pared y golpea una piedra suelta con el filo del hacha.

El Demencial se agita levemente en mi interior y comprendo que este es el momento.

Me giro hacia Vaerion.

—Necesitamos hablar.

Él me observa con atención, cogido por sorpresa.

Nos apartamos unos pasos de Trash, que finge no darse cuenta.

Durante unos segundos no digo nada. Lo observo como si lo viera por primera vez. La forma en la que la luz rojiza se refleja en sus vetas plateadas, la postura rígida de quien espera un ataque.

Durante mucho tiempo su presencia me había resultado reconfortante. Era una certeza de que, mientras estuviera cerca, existía una alta posibilidad de que todo saliera bien. Ahora ya no estoy segura de qué significa exactamente esta cercanía, y por eso me resulta tan doloroso.

—Méntor me ha contado algo—digo finalmente.

Su expresión no cambia.

—¿Ah, sí?

—Sobre Shaelira. Sobre la materia. Sobre la identidad real del Señor Oscuro. Sobre… por qué estás aquí realmente.

El nombre de su hermana atraviesa el espacio entre nosotros como una hoja invisible. Su mandíbula se tensa apenas un milímetro.

—¿Y qué crees que te ha contado exactamente? —pregunta con voz baja.

—Que nada de esto es casualidad —respondo—. Que sabías quién era yo y cuál era mi linaje desde el momento en el que mi padre cruzó la frontera de los bosques para pediros que me salvarais. Que necesitabais el poder de mi sangre para abrir el camino hacia estas tierras.

El silencio se espesa entre nosotros.

No niega nada y eso duele más que cualquier mentira que me hubiera dicho. Porque la mentira es un resquicio más al que agarrarse para mantener la ilusión, pero este silencio… solo confirma lo que ya temo.

—Respóndeme —le exijo, sin alzar la voz—. ¿Es verdad?

Sus ojos plateados me buscan con una intensidad que siempre me había hecho sentir segura. Ahora solo me obligan a aguardar una verdad que no quiero escuchar.

—Sí —dice al fin—. Sabíamos que descendías de Aethryon.

Y espero que añada algo más, que se justifique, que diga que Méntor no ha dicho toda la verdad… pero no lo hace.

Y el golpe llega tarde, como una ola que rompe cuando ya creías haber alcanzado la orilla.

—¿Y decidisteis empujarme hacia este lugar sin decírmelo? Por eso tu hermana siempre tuvo palabras de halago hacia mi causa.

—Pero nunca deseé que lo hicieses sola. Decidí acompañarte —señala—. Nunca te obligué a nada. De hecho, intenté detenerte en numerosas ocasiones.

Una risa amarga se escapa de mis labios.

—Sí, recuerdo tu vehemencia al hacerlo —escupo con ironía—. Sobre todo, cuando me instaste a hacer crecer mi culpa.

Los músculos de su cuello se tensan como si hubiera recibido un golpe. Guarda silencio un instante demasiado largo.

—Nada de eso fue mentira, Genoveva. No te puedo negar que siempre hubo un plan. Por eso mi conjuro se ancló a ti, para acabar atrayéndote a Faerin… Pero me bastó escucharte respirar detrás de mí en el Corazón de la Tierra para que empezaras a importarme más que ningún plan.

Quiero creerlo. Una parte de mí lo hace. Porque he visto demasiadas veces cómo arriesga la vida por mí. Porque he sentido su mano sujetándome cuando necesitaba apoyo. Porque sus ojos brillan diferente cada vez que me mira.

Pero la otra parte toma conciencia de que no he sido más que una marioneta vapuleada toda mi vida, moviéndome bajo los hilos que siempre han manejado otras manos.

—Mi hermana se muere —dice, y por primera vez su voz se quiebra —. Mi tierra se apaga. Si existía una mínima posibilidad de purificar la Herrumbre, tenía que intentarlo.

La sinceridad desnuda en su mirada me obliga a bajar la guardia solo un segundo.

—Y yo era la llave —susurro.

—Eras más que eso: la única esperanza.

No aparta la mirada. No intenta endulzarlo, y agradezco que no haya excusas.

El Demencial late conmigo. Percibe la grieta que se abre entre nosotros.

—Deberías haber confiado en mí —digo al fin—. Deberías haberme dejado elegir sabiendo toda la verdad.

—Lo sé.

La respuesta llega demasiado rápido. Es algo a lo que ha dado muchas vueltas.

—Entonces —insisto—, ¿por qué no lo hiciste?

—Tuve miedo de que me apartaras de tu lado, de no volver a verte.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire. No intenta esconder la verdad. Delante de mí hay un hombre al que nunca le ha importado admitir que nunca ha estado dispuesto a dejarme ir.

Por eso la rabia no estalla. Se convierte en algo más frío, más decidido.

—No vuelvas a decidir por mí —digo despacio, con control.

Él asiente sin discutir, sin intentar convencerme. Sin embargo, antes de que la conversación se extinga, parece comprender que quizás no haya más oportunidades para hablar con la calma y la privacidad de este momento.

—Siento mucho que hayas decidido amar lo imposible. —Se toca el tatuaje para evitarme la tentación de negar cualquier cosa—. Amar a sabiendas de que jamás serás correspondida. Yo podría haberte dado el mundo si me hubieras dejado.

Agacho la mirada. No quiero que vea cómo sus palabras me han desgarrado por dentro.

—No se puede elegir a quien se ama —digo—, pero creo que tú también lo sabes.

No sé cuánto tiempo pasa. La luz del alba comienza a encender el cielo cuando los pasos de Méntor regresan a nosotros.

—Creo que ya sé por dónde seguir —anuncia.

Su voz rompe la quietud de las últimas horas.

—El Heraldo salvador ha regresado —bromea Trash.

Méntor ni siquiera se detiene.

—Te patearé el culo en cuanto salgamos de aquí.

Trash sonríe, satisfecho con la amenaza.

—Es lo menos funesto que te he oído decir desde que te conozco.

Me levanto en silencio y me acoplo la armadura.

La luz rojiza que se filtra por las grietas de los muros se mezcla con el gris apagado del amanecer y convierte el lugar en algo extraño: una frontera suspendida entre dos mundos.

No miro a Vaerion, aunque noto su presencia como una sombra que no me puedo permitir perder. No todavía.

El laberinto vuelve a moverse, y nosotros dentro de él.

Caminamos un par de horas más. El día también avanza y las sombras se acortan.

Las flores rojas que crecen en los líquenes se han multiplicado y, a medida que nos acercamos al final, los muros se cubren de tapices rojos que lloran polvo de Herrumbre.

Aunque nuestras piernas se mueven, en realidad solo se trata de una lenta espera. Aguardamos el momento de desenvainar nuestras espadas. Cada paso es una cuenta atrás.

El sonido de las botas contra el suelo.

El roce del metal de las armaduras.

Las respiraciones cada vez más sofocadas.

Nadie habla.

Y, al final, tras una última curva, el laberinto nos sorprende.

La última puerta no está a nivel del suelo.

La escalera aparece ante nosotros como una cicatriz vertical en la roca. Peldaños anchos, tallados directamente en el corazón de los muros, ascienden medio centenar de metros por encima de nuestras cabezas hasta una plataforma circular semioculta entre la niebla rojiza.

Desde abajo apenas se distingue su borde, solo una silueta suspendida entre la bruma.

El último combate se celebrará en las alturas.

—Luchará con ventaja. —Trash escupe al borde de la escalera—. Cuando llegué arriba no tendré energía ni para sujetar un hacha.

Méntor observa la estructura con atención.

—Él cuenta con ello —dice.

El viento que desciende por la escalera trae un aire caliente que abrasa la piel.

—No podemos detenernos —dice Vaerion.

Trash mira los escalones, calculando.

—¿Algún conjuro para subir? —propone.

Niego con la cabeza.

—No desperdiciemos esa energía —digo—. Necesitaremos toda la capacidad de conjurar intacta para vencer.

El Demencial asiente dentro de mí.

Doy un paso y comienzo el ascenso.

Al principio es llevadero. Aguanto bien la respiración durante los primeros cien escalones; a partir de ahí dejo de contar.

El aire sigue aumentando de temperatura.

El sudor empieza a deslizarse por mi espalda. Mis piernas arden, cada músculo protesta, pero nadie se detiene.

Cuando llegamos arriba, el corazón me golpea las costillas con tanta fuerza que la bruma rojiza se mezcla con la niebla que enturbia mi vista.

El aire quema.

Toda la plataforma está rodeada de pilares negros de roca que parecen sujetar el cielo. Se elevan a nuestro alrededor como columnas de un templo olvidado. A sus pies, se enroscan líquenes oscuros de los que florecen crisantemos rojos como la sangre.

La bruma rojiza se arremolina entre los pilares y forma muros insondables.

Al otro lado, apenas se distingue la silueta de la cuarta puerta. Inmensa. Oscura.

El suelo está cubierto de placas negras de obsidiana que reflejan el cielo sobre nuestras cabezas. Tengo la sensación de que caminamos sobre un espejo que esconde un abismo debajo.

Trash suelta un silbido bajo.

—Bueno —murmura—, al menos este sí es un escenario digno para cerrar el viaje.

Nadie responde. Durante un rato, nos dedicamos a observar: cada columna, cada borde, cada posible lugar desde el que podrían atacarnos o que podríamos utilizar para protegernos.

Interiorizamos cada centímetro del campo de batalla.

El Demencial observa conmigo.

—Avancem…

Sin embargo, la palabra se trunca en mis labios.

Un vendaval de aire caliente desciende desde el cielo. La niebla oculta su presencia, pero podemos intuirla.

Desenvainamos casi al mismo tiempo. El metal canta al abandonar las vainas. El Demencial se agita en mi interior, ansioso por salir, por desplegar sus alas.

—Todos al centro de la plataforma —ordena Vaerion.

Es una orden sensata. Si nos quedamos cerca del borde, cualquier mal paso puede hacernos caer. Y la caída sería mortal.

Formamos en círculo con las espadas en alto y las hachas listas. La luz rojiza se refleja en el metal pulido de nuestras armaduras.

Por un instante, todo se queda inmóvil.

Antes de que el rugido estalle en las alturas, recuerdo lo que fuimos antes de que las verdades empezaran a abrir grietas entre nosotros.

El grupo que cruzó la Grieta.

El objetivo común que nos sostuvo —o eso creí—.

Respiro hondo.

El aire arde en mis pulmones.

Y entonces… estalla el caos.

26. El combate

Una bola de fuego se estrella contra las placas de obsidiana del suelo y el metal la reparte por toda la superficie.

El impacto sacude la plataforma. Las placas negras vibran como una campana gigantesca y el fuego se extiende en una onda ardiente que recorre el suelo en todas las direcciones.

Méntor reacciona a tiempo y levanta un muro de Herrumbre a nuestro alrededor que detiene la oleada de fuego. Las llamas golpean el muro y se derraman sobre él con un rugido sordo.

Aun así, siento que el suelo arde bajo mis pies. El calor atraviesa las suelas de mis botas y sube por mis piernas como la mordedura de una víbora.

Algunas más como esa y terminaremos asados en un horno improvisado.

—Creo que es el momento de dejar salir a tu criatura —dice el Heraldo.

Asiento.

Noto cómo sus alas se despliegan alrededor de mis costillas y se desprende de mí.

Es una sensación extraña. Una parte de mi respiración abandona mi cuerpo para tomar vida propia.

El aire se llena de un fulgor anaranjado cuando el Demencial emerge, extendiendo sus alas de humo incandescente. Su cuerpo se

forma poco a poco frente a mí. Primero, es una sombra ardiente y enseguida, luce el aspecto de un dragón completo.

El rugido que lanza es impetuoso, vibrante, el bramido de una criatura joven que desea demostrar su fuerza.

El dragón del Senescal atraviesa la niebla al mismo tiempo.

Sus alas rasgan la bruma roja y cada batida levanta un vendaval caliente que nos obliga a agacharnos para no salir despedidos. Sus escamas rojas brillan como metal fundido y sus ojos arden con inteligencia cruel.

No duda.

Se lanza directo hacia nosotros.

Mi Demencial asciende para interceptarlo y ambos cuerpos chocan en el aire con un estruendo seco. El impacto sacude la plataforma y hace temblar los pilares negros. Las llamas estallan entre las alas mientras las dos criaturas se enredan en una danza brutal de garras, dientes y fuego.

El cielo rojo se llena de sombras monstruosas que giran y chocan.

Ambos resisten, pero el dragón enemigo es más grande, más pesado, más experimentado. Cada embestida obliga a mi Demencial a alejarse unos metros.

No puedo quedarme mirando.

El Senescal nos espera frente a la puerta, inmóvil. Es una estatua de guerra. Su sigilo, tatuado en el brazo, resplandece en mitad de la bruma. Es el más grande de los cuatro. Supera con creces los dos metros de estatura. La armadura negra está cubierta de runas que resplandecen con una luz enfermiza y, bajo el yelmo, solo se intuyen sombras detrás del brillo dorado de sus ojos.

No se mueve. No lo necesita.

Se limita a esperar que nos acerquemos.

Me coloco mi yelmo de águila y nos lanzamos a por él.

De repente, mi Demencial golpea el suelo de obsidiana con tal violencia que nos obliga a detenernos. Lanza un bramido de dolor y el sonido me atraviesa el pecho como una cuchilla.

Aunque se pone en pie enseguida, sé que solo no va a conseguir derrotar al dragón del Senescal.

Me giro hacia Vaerion.

—Tú y Trash —le digo. Y señalo al Demencial del Senescal.

El Ancestral asiente. Agarra a Trash y vuelven sobre sus pasos para enfrentarse al Dragón.

Méntor y yo, los únicos que podemos conjurar, avanzamos hacia el Senescal.

Choco contra él con todo el impulso de la carrera.

El impacto hace vibrar mis huesos.

Su arma es pesada, lenta, pero cada golpe suyo arrastra una fuerza brutal que me obliga a retroceder un paso tras otro. La espada negra corta el aire con silbidos graves.

Intento conjurar para sacar la Herrumbre de su sangre como hice con el segundo Senescal, pero está prevenido.

En cuanto siente el tirón de mi conjuro, contrarresta. La Herrumbre de su interior se repliega, reconoce el peligro.

Arriba, el dragón enemigo embiste al mío y lo hace girar en el aire, lanzándolo contra uno de los pilares. La piedra se resquebraja y una lluvia de polvo negro se precipita al vacío tras la plataforma.

Vaerion consigue herir al dragón en un ala para obligarlo a tomar tierra. Casi lo tiene.

Me enfurece no poder ayudarles.

El Senescal me golpea en el pecho con la empuñadura de su espada y me lanza contra las placas de obsidiana. No me da tiempo a reaccionar. El aire se escapa de mis pulmones.

Se lanza sobre mí y me golpea en el yelmo con una de sus botas de metal. El impacto me sacude el cráneo. El sonido del metal chocando me destroza la cabeza.

El yelmo sale despedido rodando por la plataforma y el cabello se me arremolina alrededor de la cara.

Estoy mareada. La náusea me sube hasta la garganta.

Apoyo las manos en el suelo, y me las quemo. Todavía está caliente.

Entonces se me ocurre una idea.

Recojo ese calor. Lo siento fluir bajo mis dedos, acumulado en las placas de obsidiana como una reserva de fuego.

Y se lo lanzo al Senescal en una onda ardiente. El metal de su yelmo se ilumina, incandescente.

Grita de dolor.

Intenta quitárselo, pero se quema las manos.

Méntor, que lo ha visto, me ayuda. Recoge más calor del suelo y lo lanza en oleadas contra el cuerpo del Senescal. El metal de su armadura se enciende.

El grito se vuelve más profundo, más gutural.

El olor nauseabundo de la carne quemándose inunda el ambiente.

Da un paso hacia atrás, tambaleante. Luego otro. Y lo veo claro.

Golpeo con el puño las placas de obsidiana y amplifico el impacto. Las losas se levantan y empujan al Senescal hacia atrás.

Sigue gritando de dolor, incapaz de comprender lo que pasa.

Otro puñetazo y un empujón más.

Dos.

Tres.

Hasta el borde de la plataforma.

No hace falta el último. Mi Demencial vuelve a gritar y a estrellarse contra el suelo. El impacto es más violento que cualquiera de los anteriores.

El Senescal trastabilla y el borde desaparece bajo sus pies. Durante un instante imposible, su cuerpo queda suspendido en el vacío. Luego cae.

Su grito se pierde en las profundidades.

Corro hacia el extremo para asegurarme de que no usa ningún conjuro para salvarse. Pero no me hace falta agudizar la vista. La plataforma vibra y, en el otro extremo, la cuarta puerta se abre con un gemido.

En el suelo, el dragón enemigo lanza un rugido furioso que sacude el cielo rojo. El vínculo con su amo se ha roto. Sin embargo, él mantiene su vitalidad intacta. Más salvaje, más impredecible.

Observo el campo de batalla.

Mi Demencial se lame las heridas en un rincón. Trash está apoyado contra una columna con una brecha en la cabeza que sangra de forma abundante sobre la armadura. Solo Vaerion le hace frente al dragón, más a base de fe que de fortaleza.

El Senescal ha caído. La puerta está abierta, pero la bestia ha girado su rostro hacia mí y tengo la certeza de que no me va a

permitir pasar.

Clava las garras en las placas de obsidiana, preparada para saltar.

Levanto las manos para preparar un conjuro, pero no se me ocurre cómo defenderme. El truco de las olas de calor que he usado contra el Senescal no va a funcionar con las escamas de un Dragón que escupe fuego.

En el último segundo, antes de ejecutar el salto, mi Demencial reacciona y lo embiste. Chocan de nuevo, y el impacto lo obliga a retroceder hasta casi rozar el borde de la plataforma.

Atisbo la cuarta puerta al otro lado.

Tras ella no hay luz. Solo un horizonte oscuro desprovisto de planes. Lo que aguarda ahí detrás es incierto.

—¡Cruza! —grita Méntor.

Vaerion se coloca a un lado, espada en alto, para cubrir el pasillo que se ha abierto hasta la puerta.

—Yo lo contengo —dice, sin mirarme—. ¡Cruza ahora!

El dragón vuelve a alzarse y ambos, Vaerion y mi Demencial, lo reciben al mismo tiempo.

La colisión sacude los pilares negros y abre nuevas grietas.

Méntor se sitúa a mi lado.

—Por favor, Genoveva —dice, con la voz baja, casi inaudible—. Llegó el momento de tener claro el objetivo.

Aprieto los dedos alrededor de la empuñadura.

—Si los dejo, morirán.

—No puedes salvarlos a todos —responde sin dureza—. La primera vez te empujamos. Esta vez decides tú.

Un rugido acompañado de fuego.

Mi Demencial se interpone para evitar que Vaerion acabe ardiendo. Su forma se deshace en humo durante un instante antes de recomponerse.

Siento la mitad de mi vitalidad vibrar con él.

No lo saben. Ninguno de ellos lo sabe.

Por eso me siento libre de tomar la decisión.

—Pasaré —digo—, pero dejaré mi dragón con ellos.

Miro a Vaerion.

Está de rodillas, pero vuelve a levantarse. Su espada aún firme. Su mirada busca la mía un segundo, atravesando el caos.

Él siempre quiso preservar su mundo, y ahora por fin está dispuesto a dejarme salvar el mío.

Avanzo un paso hacia la puerta mientras le doy instrucciones a mi Demencial.

Quédate y mantenlos con vida.

Lo veo inclinar la cabeza hacia Vaerion antes de que el dragón enemigo se abalance otra vez sobre él. Lo recibe con ambas alas extendidas para detener mejor el impacto.

Avanzo.

Paso junto al Ancestral. Nuestros ojos se encuentran un instante entre el humo y el fuego.

—Sé que lo conseguirás —dice.

Sus palabras son suaves, casi un susurro que se pierde entre el rugido del combate.

Siento el peso de todo lo que fuimos, de lo que pudo crecer entre nosotros si el mundo hubiera sido distinto. Pero ese camino nunca fue el mío.

Y lo extraño es que no duele tanto como pensé. Tal vez porque, en algún lugar muy profundo, siempre supe que nuestros destinos solo se cruzaban para separarse.

Camino hacia la oscuridad con Méntor a mi lado. No sé si para guiarme o simplemente quiere asegurarse de que no me arrepienta en el último momento.

Ya no soy la pieza que otros mueven en el tablero. Ahora decido mis propios pasos.

Cruzo a las Llanuras Abisales. Y el rugido del dragón queda en el otro lado, como el eco de algo que he decidido dejar atrás… aunque haya significado perder una parte de mí por el camino.

27. Tras el laberinto

Al otro lado de la puerta solo hay ausencia.

No hay cielo. No hay suelo. Todo cuanto me rodea es gris, y el horizonte no se distingue.

No huele a nada. No suena nada.

Mis pasos ni siquiera producen eco.

Es como caminar dentro de un recuerdo que se está desvaneciendo.

Lo único que atisbo al frente es una silueta negra, difusa, en lo alto de una colina escarpada. Torres que se alzan hacia el cielo como si quisieran arañarlo. Muros de perfil anguloso, amenazador.

El Castillo Negro. El final de mi camino.

Méntor camina a mi lado, ligeramente adelantado. No parece afectado por el entorno. Su contorno se recorta contra la nada con una claridad incómoda.

—No mires atrás —dice sin volverse.

No lo hago.

El rugido de los dragones ya no se escucha. Tampoco los golpes de metal al entrechocar. No hay gritos ni órdenes.

Nada.

Solo percibo el silencio sordo de este lugar.

El Demencial ya no está dentro de mí, y comienzo a notar su distancia. Las piernas me pesan como si la gravedad se hubiera multiplicado y me anclara al suelo. Cada músculo protesta, cada paso es más lento que el anterior.

Intento conjurar y aún soy capaz de hacer vibrar la tierra bajo mis pies, pero lo hace con debilidad.

—Estaba seguro de que sabrías elegir bien —dice Méntor.

—Si hubieras estado seguro, no me habrías hablado del verdadero propósito de Vaerion —respondo con más acritud de la que me gustaría.

Sigo caminando, aunque cada paso es un tormento. Siento el peso de mi espada, de mi cota de malla, incluso de mi propio cabello sobre la nuca.

Todo es más pesado en este lugar.

La distancia al castillo es cada vez menor, pero el coste de dar un paso más es cada vez mayor.

—¿Estas son las Llanuras Abisales? —pregunto—. Esperaba algo más…

No sé cómo terminar la frase.

Tal vez más horror. Más oscuridad… Algo que justifique el miedo que se supone que da este lugar. Sin embargo, aquí no hay nada.

Me cuesta coger aire. La mitad de mi vitalidad se aleja. La siento como una cuerda invisible que tira de mí desde muy lejos.

Méntor reduce el ritmo.

—Recuerda tu objetivo —dice—. El Señor Oscuro.

Avanzo otro paso. El suelo gris cede bajo mis botas. No es tierra, es polvo. Camino sobre una especie de ceniza antigua. Las de un pueblo arrasado por la ambición.

—No necesito que me lo recuerdes. —Aprieto los dientes.

—Todo el mundo lo necesita cuando empieza a dudar.

Me detengo un instante, solo para tomar aliento.

—No estoy dudando —respondo.

—Claro que sí. —Su voz es suave. Demasiado—. No crees que puedas llegar… y, aunque lo hagas, dudas que puedas conjurar para derrotarlo.

La silueta del Castillo Negro ha crecido. Las torres parecen inclinarse hacia nosotros para observarnos mientras nos acercamos.

—¿Estás segura de que éste es tu objetivo? —pregunta el Heraldo.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Has encabezado una causa que no es tuya solo para asegurarte de que la Grieta que has abierto en las Montañas Rocosas no sea la puerta por la que saldrá el Señor Oscuro, pero ¿qué te hace pensar que él quiera salir?

Doy otro paso. Mis pies se arrastran por las cenizas y levantan polvo gris a mi alrededor.

—Porque desea conquistar y corromper el resto del Continente.

—Conquistarlo ¿para qué? —Su voz no cambia—. Fuera ya no hay nada que él desee. No queda materia.

No respondo. El aire huele fétido.

—Dime algo, Genoveva —continúa—. ¿Quién te aseguró que el Señor Oscuro desea abandonar estas tierras?

El castillo ya domina el horizonte.

—Bueno… es lo que…

—Es lo que te insinuaron Vaerion y su capitán —me interrumpe—, aunque ya sabemos qué es lo que buscaban realmente.

Me detengo.

—¿Qué me estás queriendo decir, Méntor?

—Este lugar está saturado de materia —prosigue—. Corrupta, sí… pero sigue siendo materia.

Su mirada se clava en mí.

—Tal vez él ya encontró la forma de purificarla.

Intento dar un paso. Sin embargo, mis piernas apenas responden.

—Y solo necesita una cosa —añade en voz baja.

Me mira.

—A ti.

Todo encaja de golpe con una claridad que me ciega.

—Siempre estuviste con él —susurro—. Nunca lo traicionaste.

Comprendo entonces algo terrible: todo el camino no ha sido más que engaño para alejarme de quien habría podido ayudarme.

—Solo tuve que asegurarme de que llegases hasta aquí sola.

El cansancio se intensifica. Mis rodillas tiemblan.

Intento conjurar para defenderme.

La tierra vibra débilmente, pero no con la fuerza suficiente para hacerle frente. La mitad de mi vitalidad está luchando lejos de aquí.

Y él lo sabe. Lo ha planeado.

Da un paso hacia mí. Su sombra se alarga y me cubre.

El castillo, dominante sobre nosotros, parece respirar.

—Tu sangre es la única que puede devolver la materia a su forma original. Y Él sabe cómo hacerlo.

Otro paso.

Intento retroceder, pero no puedo.

—Nunca necesitó salir —dice—. Solo necesitaba que tú llegaras hasta él.

Siento su voluntad cerrarse alrededor de mi cuello como un puño invisible.

Mis músculos ceden y caigo de rodillas.

Estoy sola.

Y entonces un destello dorado atraviesa el gris.

No lo veo llegar. Solo escucho el sonido seco de algo cortando carne y hueso.

El cuerpo de Méntor se queda inmóvil un segundo y luego su cabeza cae al suelo sin dramatismo. El tronco tarda un poco más, pero luego se desploma.

Akhir aparece detrás, con la espada aún en la mano.

La hoja gotea un líquido negro sobre las cenizas.

Su expresión no es de triunfo ni de rabia

Jadeo cuando la presión de mi cuello se desvanece.

—Gracias… —susurro.

Arriba, las puertas del Castillo Negro se abren. El sonido es profundo.

Akhir limpia la hoja de su espada contra la armadura de Méntor con un movimiento mecánico.

Se acerca.

Sus ojos dorados me recorren. No hay alegría en ellos.

—Lo siento mucho, Genoveva.

Algo en su tono no encaja.

Levanto la vista hacia él.

—¿Qué…?

Sus dedos rozan mi mejilla un instante. El gesto es casi tierno. Luego llega el golpe. Rápido. Preciso.

La oscuridad sube desde el suelo y me traga antes de tocarlo.

Lo último que veo es su silueta inclinándose sobre mí.
Y lo último que escucho es su voz, casi un murmullo.
—No hay otro modo.
Después, nada.

28. El precio de la sangre

Despierto con la garganta seca.

No es la sed de quien lleva horas sin beber, es una sequedad producida por el ambiente opresivo y basto que me rodea.

Trago saliva y apenas consigo humedecer los labios.

Estoy colgada del techo por una multitud de cadenas negras. Aunque, en realidad, no hacen falta. Siento la mitad de mi vitalidad tan lejana que apenas puedo moverme. Debe ser una sensación similar a tratar de levantar un brazo que ha sido cercenado. Mi cuerpo recuerda cómo hacerlo, pero la fuerza ya no está ahí.

El techo es alto y abovedado, construido con bloques de piedra negra que absorben la luz rojiza que emana de los pobres braseros que cuelgan de la bóveda. Las llamas tiemblan dentro de sus jaulas de hierro, lanzando sombras que se estiran por las paredes.

Me encuentro en una celda amplia.

No veo ventanas ni puertas cercanas. Solo una sucesión de arcos que se pierden en la lejanía, formando corredores oscuros que se entrelazan como anillos gigantes.

Intento luchar contra las cadenas y el cuerpo responde… a medias. Apenas se oye un leve tintineo. Siento la mitad que me falta como una amputación invisible.

Entonces el recuerdo me sacude como un relámpago.

El golpe.

La voz.

No hay otro modo.

Aprieto los dientes.

El eco de unos pasos resuena entre los arcos. Lentos, pero seguro. Me sorprendo reconociendo esa forma de caminar. Es tan familiar que duele.

Akhir entra como una aparición espectral. La luz rojiza de los braseros perfila su silueta, su armadura negra. Resplandecen en sus ojos dorados.

No se acerca. Se detiene a varios pasos de mí.

—Por fin despiertas.

Su voz está desprovista de aspereza, de victoria, de disculpa. Solo se intuye el cansancio.

—¿Qué has hecho? —pregunto.

Tampoco hay rabia en mi tono, solo una profunda tristeza.

Akhir baja la vista un instante.

Silencio.

Uno demasiado largo.

—Tenía que traerte hasta aquí.

—¿Para qué? —mi voz no tiembla.

Él alza la mirada y nuestros ojos se encuentran. Soy incapaz de traducir lo que hay tras ellos.

—Para ganarme su favor. Para que me invista Senescal.

El frío me asciende por los dedos entumecidos.

—Cuando regresé con los ojos rojos tras tocar tu sangre, Él me ofreció tornarlos dorados de nuevo y convertirme en Senescal… si conseguía traerte hasta aquí.

Me muerdo el labio inferior hasta sentir la sangre abrirse paso a través de la herida. El sabor metálico me permite seguir escuchando.

—¿De eso trata todo esto? —escupo con estupor—. ¿De ambición?

Lo observo. Lo busco.

—Me niego a creer que todas las veces que has peleado por mí, que me has levantado, hayan sido solo para alcanzar un título. ¿Por qué me quiere aquí?

—El Señor Oscuro solo necesita una cosa —dice con tono neutro—. Una mujer con sangre de Aethryon.

El peso de esas palabras cae despacio.

—Y tú eres la primera reina de ese linaje —continúa—. La primera mujer que puede convocar a un Heraldo capaz de manipular su destino y atraerla hasta aquí.

La tensión crece a mi alrededor. Puedo sentirla vibrar en cada articulación moribunda.

—¿Para qué necesita una mujer? —pregunto.

Akhir no responde de inmediato.

Da un paso más cerca, sin llegar a tocarme.

—Para tener hijos.

El aire desaparece. No es que me falte el aliento, es que mi cuerpo decide que no merece la pena respirar después de escuchar eso.

Parpadeo una vez. Dos… El mundo sigue en pie.

—Intentó purificar la Herrumbre con los niños de Nereth-Kahl —continúa—. Pero no soportaron su influjo. Sus cuerpos se corrompieron antes de que pudieran ser utilizados.

Mi estómago se contrae.

Los rostros regresan. Las manos pequeñas. Las miradas asustadas… La historia que escuché bajo el laberinto regresa nítida para volver a herirme.

—La sangre de Aethryon es fuerte —dice—, ya has visto que resiste la Herrumbre. Un niño con tu linaje sobreviviría el tiempo suficiente.

Suficiente.

La palabra me atraviesa como el filo de una espada. Me llevo la mano al vientre sin darme cuenta. La piel bajo la armadura se siente ajena.

—¿Sobreviviría… para qué? —pregunto. Aunque me temo que ya conozco la respuesta.

—Para morir cuando aún sea puro.

No lo dice con crueldad, sino con la naturalidad de quien enuncia una ley universal.

—Su muerte purificaría la Herrumbre. La volvería materia de nuevo.

El suelo parece inclinarse hacia mí.

No levanto la voz. El miedo me lo impide.

—Quiere que le dé hijos.

Akhir guarda silencio. Sus ojos dorados no celebran nada, no brillan.

—Anhela salvar estas tierras.

La risa que se me escapa es breve, seca.

—No —contradigo—. Quiere repetir el horror de Faerín y camuflarlo bajo la bandera de una causa legítima.

Mis dedos se clavan en el metal de las cadenas.

—Es una aberración.

Mi mano sigue apoyada sobre mi vientre.

Siento asco. No de él. De la idea. De que mi cuerpo haya sido convertido en herramienta antes siquiera de saberlo.

—Por eso cogiste el alma de Ceryán, ¿no es cierto? —digo casi para mí—. Para atraerme hasta aquí con el propósito de rescatarlo.

Akhir asiente.

—Pero casi al final descubrió un gancho más poderoso.

Hace una pausa.

—Entendió que te habías enamorado de mí. —Hay un atisbo de tristeza en su tono—. Yo fui el anzuelo.

—Nunca quiso mi alma —murmuro.

—Nunca. —Otra pausa—. Siempre quiso tu cuerpo. Necesitaba que viajaras físicamente hasta aquí.

Trato de erguirme, pero las cadenas están demasiado tensas. No me permiten moverme demasiado.

—¿Y por qué no encuentro triunfo en tus palabras, Akhir?

El Heraldo gira la cabeza. Aparta de mí su mirada.

—Ya tienes lo que anhelabas —insisto—. ¿Por qué no te regodeas?

El suelo del castillo vibra bajo mi cuerpo.

—Ya tienes lo que querías.

Akhir vuelve a mirarme. Hay algo desnudo en su expresión que no veía desde hacía mucho tiempo. Desde nuestras confidencias en Lirien.

—Nunca quise esto.

Es casi imperceptible, pero está ahí.

—Entonces ¿por qué?

Silencio.

Largo.

Pesado.

Da un paso atrás.

—Todo acabará pronto.

—¿Permitirás que use mi cuerpo para eso? —pregunto—, ¿que me fuerce?

Es solo un instante, pero sus dedos se crispan y cierra los puños con fuerza. Luego, todo se disipa.

No añade más y el horror sigue en pie.

Cuando su silueta se pierde entre el complejo entramado de arcos, dejándome sola en la luz mortecina del calabozo, me doy cuenta de que nunca fui la pieza que debía morir, sino la que debía dar vida.

Y, entonces, entiendo algo que me daña más que el miedo: morir habría sido misericordia.

29. El Señor Oscuro

Mi sangre gotea sobre el tablero blanco y negro del suelo. Cada gota emite un sonido apagado, casi delicado. Demasiado frágil para lo que está sucediendo aquí.

El cuchillo en la mano de Akhir brilla bajo la luz naranja de las antorchas… y me pregunto si es necesaria tanta crueldad.

Me han engañado. Me han doblegado. Me han vencido.

El Señor Oscuro va a utilizar mi vientre para concebir niños con los que purificar la Herrumbre… ¿por qué me desangran?

Siento la presencia del Señor Oscuro como una losa conteniendo mi determinación. Es una voluntad Ancestral que presiona mi mente desde todas direcciones.

La mitad de mi vitalidad está muy lejos de aquí, luchando en una cruenta batalla o quizás ya hayan perecido todos… y la posibilidad de emprender un acto heroico es tan remota que he renunciado a ella.

De repente, ocurre algo que no entiendo.

Siento a Akhir inclinarse sobre mí. Sus manos se apoyan en mis hombros y su boca desciende hasta mi cuello. Me besa con ansia. Su lengua recorre mi piel con tanta intensidad que me obliga a inclinarme hacia atrás.

Trato de protestar. No comprendo lo que está haciendo.

Luego aparta su rostro y lo veo cubierto de sangre. De mi sangre.

Sus labios están teñidos de rojo. El contraste con el oro de sus ojos es brutal.

Ahora es Senescal. La sangre de los reyes no le debilita. Ahora podría incluso bebérsela, podría utilizar el poder del linaje de Aethryon para amplificar su poder, para hacer frente a aquel que lleva confabulando contra mí desde el mismo momento en el que conoció mi existencia.

Akhir se incorpora lentamente.

Levanta una mano y las baldosas del suelo se inclinan. La rampa se forma bajo mi cuerpo y me desliza lejos de ellos. Me aleja del centro de la sala, del conflicto que acaba de estallar.

Y yo estoy demasiado agotada para resistirme.

El Señor Oscuro observa a Akhir. Observa la sangre que mancha sus labios.

—¿Cómo te atreves a traicionarme?

Su voz no resuena en el aire, estalla dentro de nuestras cabezas.

Akhir se limpia con el dorso de la mano. Sus ojos dorados arden con una intensidad feroz.

—¿Cómo creíste que la traicionaría a ella?

De repente, sin aviso, los conjuros estallan.

La Herrumbre del castillo responde. Las columnas vibran, las paredes tiemblan. Las sombras se desprenden de las paredes como si tuvieran vida propia y se lanzan contra el Señor Oscuro en forma de lanzas negras.

Él no se mueve.

La sombra que lo compone se expande y devora las lanzas antes de que lo alcancen.

La lucha no es visible, trasciende la realidad. Son dos voluntades gigantescas chocando en un plano que mis ojos no alcanzan a vislumbrar.

El suelo se resquebraja. Las baldosas negras se levantan y giran, suspendidas en el aire.

El Señor Oscuro extiende una mano y la sala entera se curva hacia Akhir, como si la gravedad hubiera cambiado de dirección.

Akhir resiste. Extiende ambos brazos en direcciones opuestas para contener la fuerza que pugna por aplastarlo. La sangre de Aethryon corre por su garganta y alimenta la Herrumbre de su interior. Su poder se multiplica.

El choque de sus conjuros se vuelve visible.

Una esfera de energía negra a un lado y roja al otro que vibra entre ambos, alimentada por sus voluntades. Se trata de dos conjuros Crecientes que les restan fortaleza. Las esferas se hacen más grandes a medida que los dos se agotan.

Perderá el que primero se vacíe.

Las columnas de la sala comienzan a agrietarse. Las vidrieras negras estallan. El aire se vuelve irrespirable.

El salón entero parece a punto de colapsar.

Y yo no puedo moverme, solo atino a mirar.

Las esferas laten, crecen… amenazan con devorarlo todo.

El Señor Oscuro aprieta los dedos y trata de lanzar otro conjunto. Akhir hace lo mismo. Sin embargo, ninguno consigue completarlo. El poder de la Herrumbre de sus cuerpos es limitado, y está todo puesto en los conjuros Crecientes.

Ninguno puede liberar energía para otra cosa.

Akhir cae sobre una rodilla y el Señor Oscuro retrocede un paso.

Ninguno sangra, pero sus sombras parpadean.

Ambos lo comprenden al mismo tiempo: no pueden derrotarse así.

El Señor Oscuro saca una espada negra de entre los pliegues de su capa. El filo absorbe la luz. Es tan ancha que podría confundirse con un hacha.

Akhir desenvaina la suya.

El sonido del metal es brutal. Se propaga hasta mí y hace temblar mi cuerpo.

Chocan.

El primer golpe arranca chispas negras de los filos.

El segundo resquebraja el suelo.

El tercero desestabiliza aún más las dos esferas de energía, que siguen ganando espacio dentro del salón. Los muros se agrietan y pequeñas piedras se desprenden del techo.

Akhir es rápido. Quizás más de lo que el Señor Oscuro esperaba. Pero no es suficiente.

Cada intercambio lo obliga a retroceder medio paso. Cada choque le roba aire.

Una estocada le abre el costado. Otra le corta el muslo.

La sangre cae y la herida no se cierra. La Herrumbre de su cuerpo está demasiado agotada, demasiado consumida por el conjuro creciente para emplearse en sanar.

Se enfrentan espada contra espada.

Hoja contra hoja.

Empujando.

La hoja negra presiona la espada de Akhir contra su propio pecho, y empieza a hundirse en la armadura. Un centímetro. Dos.

No puede ganar.

Lo sabe. Yo lo sé. Y el Señor Oscuro también.

Entonces hace lo impensable. No retrocede ni trata de librarse del filo. Aparta su espada y se impulsa hacia delante. La espada negra atraviesa su pecho por completo.

El sonido es seco. Irreversible.

La hoja emerge por su espalda.

Grito, pero no me sale ningún sonido.

El Señor Oscuro apenas tiene tiempo de comprender. Porque ahora están lo bastante cerca… y Akhir sonríe mientras una lágrima de sangre se desliza por sus labios.

Alza su espada con la última fuerza que le queda y la hunde en el cuello del Señor Oscuro.

No es un corte limpio. Es brutal. Desesperado… Decidido.

La hoja atraviesa sombra y carne al mismo tiempo.

El mundo parece detenerse.

El cuerpo del Señor Oscuro se inclina y la cabeza cae. No rueda, sino que se deshace en polvo antes de tocar el suelo.

La sala entera vibra. El castillo gime.

La bola de energía negra es devorada por la esfera roja, que sigue creciendo.

Akhir sigue en pie un segundo más, empalado por una espada que ya no sostiene ninguna mano.

Tose y cae de rodillas.

Después, el silencio pesa más que cualquier grito.

Me obligo a moverme.

Cada centímetro es una tortura. El suelo se eleva bajo mis manos, resbaladizo por la sangre. Me arrastro hasta él.

—Akhir…

Apenas oigo mi propia voz.

Caigo a su lado. La espada sigue incrustada en su pecho, que sube y baja con dificultad.

La sombra que fue el Señor Oscuro se deshace a nuestro alrededor en hebras oscuras que se evaporan como humo.

Intento curar su herida a base de conjurar. Lo intento con todo lo que me queda.

Busco la sangre. La suya. La mía. El poder del linaje.

Cierro los ojos y desciendo dentro de mí misma. Siento que mi interior se desgarra con la fuerza del mayor dolor que alguien puede soportar. Lo abrazo. Lo anclo y dejo que ese dolor me devore, que me atraviese… que encuentre el poder de mi sangre, que encuentre los últimos resquicios de materia en mi organismo.

Mi cuerpo arde con violencia y grito.

La energía se abre paso por mis venas.

De mis ojos brotan lágrimas de sangre.

Un nuevo tatuaje se forma en mi mejilla mientras observo cómo la herida del pecho de Akhir se cierra, la carne se recompone alrededor de la espada y la sangre deja de brotar.

Durante un instante absurdo creo haberlo logrado, pero es un espejismo. La herida vuelve a abrirse. Más oscura, más profunda. Mi poder se deshace como un castillo de arena. No es suficiente. … La mitad de mi vitalidad está lejos de aquí, luchando por otra causa que ahora se me antoja ridícula.

Miro alrededor, desesperada, buscando Herrumbre. Estoy dispuesta a volver a consumirla, a hundirme en la oscuridad si con eso consigo salvarlo. Pero allí no hay nada.

Solo piedra, rugidos y sangre.

—No… —susurro—. No me dejes.

Sonríe. Es una sonrisa distinta a todas las que conocí. No hay ironía, no hay arrogancia, no hay distancia. Solo alivio.

—Siempre persiguiendo imposibles.

Tose.

La sangre le mancha los labios.

Intento socorrerlo, pero al tocar la espada que lo atraviesa mis manos tiemblan. No sé si debo retirarla o dejarla donde está.

—Déjala —murmura—. Si la sacas… será más rápido, y quisiera que este instante durara para siempre.

La frase me desgarra.

—Te salvaré —miento.

—Ya lo has hecho —responde con una calma insoportable—. Me mostraste que se puede amar a pesar de la oscuridad.

El castillo cruje.

Una vibración profunda sacude el salón. La esfera roja sigue creciendo, late como un corazón enfermo. Inestable.

Con el tamaño que tiene, si estalla, no quedará nada de las Tierras Baldías.

Akhir sigue mirándome.

—Escúchame.

El brillo de sus ojos dorados se apaga. Su mano, fría, busca la mía, y la encuentra.

—Te utilicé. Te acerqué a la oscuridad… pero fue para poder destruirla desde dentro.

Su respiración se quiebra.

—Él no habría parado hasta convertirte en su esclava… y no podía detenerlo como Heraldo. Solo podía hacerlo con la fuerza de tu sangre.

—Debiste confiar en que yo lo haría.

Sus dedos aprietan los míos.

—No podía arriesgarme a verte morir. Nunca supe sentir… como tú sientes, pero te elegí. —Un hilo de sangre se desliza por su mentón —. Sin emoción, sin esperanza, sin absolución. Te elegí igual.

El mundo tiembla.

—Te amé… incluso sin saber cómo.

La esfera en el centro del salón late con violencia. Las grietas de las paredes se hacen más profundas. El castillo empieza a colapsar.

—No… —mi voz se rompe—. No me obligues a verte morir.

Akhir exhala.

—Es un final justo para un Rey Loco.

Su mirada se vuelve más clara, como si por fin algo dentro de él encontrara paz.

Sus dedos se aflojan sobre mi mano y la espada negra vibra.

—No mentí…

Es apenas un susurro.

—Tú me has salvado.

Su cuerpo pierde tensión y sus brazos caen a ambos costados.

Akhir, el Rey Loco, el Heraldo, el traidor… muere en mis brazos.

No grito. No tengo aire para hacerlo. Solo puedo llorar con un dolor que no sé si seré capaz de soportar.

La esfera de energía ruge. Akhir ha caído, pero no se apaga. Ha alcanzado el tamaño suficiente para sustentarse a sí misma. No es estable. Se hincha.

El castillo entero empieza a desmoronarse.

Intento ponerme en pie y lo consigo a duras penas.

Entonces lo siento, una especie de latido que regresa, como si una puerta se abriera en mi pecho.

La energía vuelve.

Alzo la vista hacia las vidrieras rotas y lo veo.

Mi dragón. Mi Demencial.

Atraviesa el cielo gris como una flecha incandescente. Sus alas dejan estelas de fuego oscuro.

Ha sobrevivido. Han vencido. Y ahora me encuentra.

Cuando está lo suficientemente cerca, desciende en picado hacia la esfera de energía. Abre las fauces y la devora. Desaparece dentro de su cuerpo.

Por un segundo fugaz, su silueta se ilumina desde dentro.

Rojo. Dorado. Blanco.

Es demasiada energía, demasiada destrucción.

Alza el vuelo. Se eleva por encima del castillo, que comienza a colapsar.

Más alto. Mucho más.

Hasta que un estallido ilumina el cielo. Una bola de luz roja enciende el firmamento. Ambos se desintegran.

Una lluvia roja cae sobre las Tierras Baldías. Gotas ardientes que tocan la tierra corrupta. Y, donde caen, la Herrumbre retrocede

como si temiera el significado del sacrificio.

El cielo gris se abre. No es azul, pero sí más claro. Libre.

Yo sigo arrodillada sobre las baldosas agrietadas, sosteniendo el cuerpo inerte de Akhir.

El castillo cae a mi alrededor a pesar de que las sombras se disuelven.

Y comprendo que la tercera traición no fue tal, que solo se trató del único modo que conoció de amar.

Incluso sin saber cómo hacerlo.

30. Reencuentros y despedidas

El castillo cae a mi espalda.

Se desmorona con un gemido prolongado. Las columnas se inclinan una tras otra, los ventanales se quiebran, las sombras que durante generaciones se arrastraron por aquellos muros se evaporan al contacto con el aire, incapaces de sobrevivir sin la voluntad que las mantenía unidas.

El horror que durante siglos condenó aquellas tierras se disuelve en una columna de humo y polvo.

Yo no miro atrás.

No porque sea valiente, todo lo contrario. Temo que, si me vuelvo, el dolor y la angustia por lo que he dejado allí no me permitan respirar.

Mis dedos siguen manchados de sangre. La mía. La suya.

La mitad de mi vitalidad se ha extinguido para siempre y noto su ausencia con cada paso. Es un estado de cansancio profundo, instalado en los huesos, un agotamiento perpetuo con el que tendré que aprender a convivir.

Uno de mis ojos falla. El izquierdo. No sé si ha sido la muerte de mi Demencial o el desgaste por el conjuro que lancé para intentar cerrar su herida. Tal vez ambas cosas. Aunque no creo que vaya a recuperar la visión.

Ahora percibo el mundo ligeramente incompleto. Igual que yo.

Me tambaleo, pero una mano firme me sostiene por el brazo antes de caer.

Es Vaerion.

Sus dedos, cálidos, se cierran alrededor de mi brazo con una firmeza cuidadosa. Teme terminar de romper algo que ya está

dañado.

—Despacio —dice. Su voz es baja, tranquila.

Él me ha sacado del Castillo Negro antes de que colapsara.

Al final, después de todo lo que he luchado por ser suficiente, he necesitado que me salvaran. Akhir con su sacrificio. Vaerion con su protección.

Quizás la verdadera fuerza no consiste en sostener el mundo sola, sino en confiar lo bastante en una misma como para aceptar las manos que se tienden hacia ti.

Me apoyo en Vaerion y doy otro paso.

—Gracias —consigo decir.

—No tienes que dármelas.

La oscuridad que cubría el territorio yermo desde el laberinto hasta el castillo comienza a disiparse. En el cielo se abren pequeñas hebras de luz dorada. Camino sobre ceniza antigua, polvo sin historia. Conforme nos alejamos, el aire se enfría. Se respira mejor.

El silencio absoluto deja paso al susurro de una brisa mínima. Luego a un rumor más reconocible: movimiento.

Y, entonces, oigo voces.

Al principio creo que es otra ilusión, un último intento de aquellas tierras malditas por hacerme enloquecer. Pero la voz de Trash no se confunde con nada en este mundo.

—¡Eh! ¡EH! ¡Mirad quién viene por ahí!

Su carcajada sale rota, como si se hubiera quedado atrapada en su garganta demasiado tiempo y ahora no supiera salir con normalidad.

Apenas puedo levantar la cabeza cuando lo veo avanzar hacia nosotros con la torpeza del que está herido y no quiere admitirlo. Lleva la armadura manchada, el rostro arañado, una venda improvisada alrededor de la frente. Sin embargo, está vivo.

Detrás de él, varias figuras emergen de la bruma rojiza.

Helmor está allí también. Han conseguido atravesar el laberinto y cruzar la cuarta puerta.

Su capa está rasgada y, aun así, sostiene el porte de quien cree que el mundo todavía conserva cierta jerarquía. A su lado hay hombres del Oeste, o lo que queda de ellos: rostros tiznados, ojos

enrojecidos, manos temblorosas aferradas a espadas que han visto demasiado.

Y, entre todos, una silueta delgada, un poco más baja, con un constante ceño fruncido: Maevriel.

Mi pecho se contrae. Le pido a Mae que no juegue conmigo, que la visión sea real.

Se queda inmóvil un segundo, me observa como a una criatura afortunada que ha regresado del vientre de una bestia. Luego avanza.

Camina con esa elegancia innata de la que siempre hizo gala en Faerín. Pero en sus ojos hay algo distinto a la supervivencia.

Hay… alivio.

Mis rodillas sienten la tentación de rendirse, de dejar salir toda la tensión hasta olvidarse de cómo sostenerme.

Vaerion me sujeta más fuerte.

—Genoveva —murmura, tratando de anclarme a la realidad.

Yo no puedo apartar la vista de Maevriel.

—Estás… —Me sale la palabra como un hilo—. Estás viva.

Ella llega hasta mí y, por un instante, no sé si va a golpearme o a abrazarme. La conozco lo suficiente como para saber que cualquiera de las dos cosas sería coherente.

En lugar de eso, me agarra del antebrazo.

Firme.

Como si también quisiera comprobar que no soy un fantasma.

—Has tardado en salvar el mundo —dice.

La voz le tiembla un poco.

Yo noto que una risa pequeña, absurda, se me escapa.

—Me entretuve.

Maevriel aprieta la mandíbula. Se agarra al sarcasmo para no romperse. Y entonces, con una brusquedad que le es impropia, me rodea con los brazos.

El abrazo me duele.

No por la fuerza, sino por lo que me recuerda.

Nereth-Kahl. El anfiteatro. La plataforma ascendiendo. Su figura volviéndose pequeña a medida que yo desaparecía.

La culpa me sube como bilis y tengo que cerrar los ojos.

—Creí que… —empiezo, pero no termino.

No hace falta.

Y ella no añade nada. Solo respira contra mi hombro, y yo me siento incapaz de sostener el peso de lo que siento. Las lágrimas me colapsan los ojos.

Trash carraspea a un lado con torpeza teatral.

—Bueno, bueno, bueno… —dice con una sonrisa que intenta ser grande y no le sale—. ¿Esto es un reencuentro privado o puedo unirme yo también a abrazar a la reina?

Maevriel se separa lo justo para fulminarlo con la mirada.

—Tú no.

Trash se encoge de hombros, pero el alivio en sus ojos lo delata.

—Vale, vale. Al menos, lo he intentado.

La niebla se mueve y, entre las figuras, Helmor da un paso al frente. Se detiene a una distancia respetuosa. No se inclina de inmediato. Me mira primero, para confirmar que sigo siendo yo. Aunque realmente ya no lo sea.

Después baja la cabeza en una reverencia que es más un reconocimiento a todo lo que he conseguido.

—Majestad —dice.

La palabra golpea algo dentro de mí, y por un segundo me sorprende lo familiar que suena pese a lo lejos que siento el palacio. Lo absurda que parece la corona comparada con esto.

—Helmor… —susurro.

Sus ojos se detienen en la herida de mi cuello, en la sangre reseca. No pregunta, pero frunce el ceño con preocupación.

—Vuestra madre me matará por eso —señala—. Será mejor que alguien os lo cure.

Vaerion no suelta mi brazo. Me sostiene con una lealtad silenciosa, como siempre ha hecho.

Trash mira hacia el horizonte, hacia donde el castillo sigue derrumbándose sobre sí mismo.

—¿Y los…? —empieza, tragando saliva—. ¿Los Heraldos? ¿Ellos…?

No dice sus nombres.

No hace falta.

Yo miro también.

Las torres se hunden en una nube de polvo negro y ceniza. El aire tiembla con cada nuevo derrumbe. Bajo esas ruinas reposa el cuerpo de Akhir, sepultado por toneladas de piedra ennegrecida, en una tumba improvisada que nadie velará.

Solo yo conozco el verdadero destino del mal llamado Rey Loco.

—Todo ha terminado —dice Vaerion por mí.

Su voz es grave. Contenida.

La palabra "terminado" no suena a paz. Significa que no queda nada por lo que seguir luchando.

Trash baja la vista.

—¿Y tu criatura? —pregunta al fin, casi en un susurro, como si temiera estar preguntando cosas que no son de su incumbencia.

No contesto y nadie vuelve a insistir.

Siento su ausencia como una mano fría dentro del pecho.

La mitad de mi vitalidad se ha ido para siempre. Sabía que era una posibilidad real de que acabara sucediendo algo así, pero no me arrepiento de haberlo hecho. He sacrificado la mitad de mi fuerza por tenerlos ahora allí frente a mí. Sosteniendo mi espíritu.

—¿Puedes andar? —me pregunta Vaerion.

Asiento, aunque el movimiento me cuesta.

—Puedo.

Es mentira y no lo es.

Puedo dar pasos.

Sin embargo, cada paso me cobra intereses.

Vaerion no me contradice. Solo ajusta su mano en mi brazo con una delicadeza que no le conocía.

—Entonces salgamos de aquí —dice.

Como si decirlo en voz alta pudiera convertirlo en realidad.

Nos ponemos en marcha.

Helmor da órdenes cortas a los suyos. Trash se coloca a mi otro lado por si lo necesito. Maevriel avanza un poco por delante.

Y, mientras caminamos, la niebla roja comienza a cambiar. Cede. Una corriente de aire se cuela por primera vez con un olor distinto: piedra mojada, musgo, tierra viva.

Me detengo sin querer.

—¿Qué pasa? —pregunta Vaerion.

Entre las ondas de la bruma, una figura camina hacia nosotros desde una zona donde el paisaje se aclara.

Es una mujer. Su andar es suave, sin prisa, ya no tiene miedo de nada en estas tierras. Y, conforme se acerca, mi corazón se encoge.

El castaño de su cabello.

El color arena de su piel.

Los ojos vivos.

Lërian.

Mi garganta se cierra.

La he imaginado muerta tantas veces que me cuesta aceptar esto sin sospechar.

Ella se detiene frente a mí y sonríe con delicadeza. En sus manos sostiene una espada.

La reconozco al instante.

La espada de Camila. El metal brilla débilmente bajo la luz apagada de este cielo sin color.

Lërian la alza en horizontal, ofreciéndomela de vuelta.

—Clavé tan profundo como pude —dice.

Mis dedos buscan la empuñadura. Tiemblan.

Una humedad caliente me resbala por la mejilla y cae sobre la hoja.

Lërian.

Camila.

El Oeste.

La niña que fui.

La reina que me obligaron a ser.

La mujer que intentó amar lo imposible… y no se equivocó.

Agarro la espada con ambas manos y la acerco al pecho, mientras las lágrimas siguen recorriendo mis mejillas.

Trash baja la cabeza.

Helmor se queda inmóvil.

Maevriel me mira en silencio.

Y Vaerion no se mueve, pero en sus ojos plateados hay un dolor silencioso que nace de todo lo que hemos vivido en este tiempo.

Porque en este final nadie sale ileso.

La bruma se abre un poco más.

El castillo se hunde del todo en la distancia. Es una herida que al fin decide cerrarse.

Y yo, con la espada de mi hermana entre las manos, siento la verdad instalarse en mis huesos: no he salido ilesa.

Nunca volveré a estar completa.

Pero sigo en pie y eso basta.

Aunque mi corazón haya quedado enterrado en las ruinas de un castillo que nadie volverá a nombrar.

Epílogo

El viento del mar trae olor a sal cuando cruzamos el puente levadizo.

La fortaleza de Maredur se alza gris contra el cielo del atardecer y las torres recortan su perfil sobre las nubes carmesí. Cuando partí de estas tierras la última vez no tenía la certeza de que volvería a verlas. Y, sin embargo, ahora estoy aquí.

Aunque apenas puedo sostenerme para contemplarlo.

Helmor me ayuda a descender del caballo con una paciencia impropia para un hombre de mil batallas. Su mano firme me sostiene mientras mis botas tocan el suelo.

El ojo izquierdo, blanco y muerto, apenas distingue sombras.

Apoyo más peso en su brazo y avanzamos hacia el interior de los riscos.

Los guardias apostados a ambos lados de la entrada se quedan mirando demasiado tiempo el ojo muerto, el tatuaje que marca mi mejilla, el cansancio que ni la corona ni la capa pueden ocultar.

No los culpo. Yo tampoco reconozco del todo a la mujer que ha vuelto.

—¿En el invernadero? —pregunto a uno de aquellos soldados.

Asiente con rapidez.

El camino hasta allí se me hace largo.

Cada escalón del corredor es una prueba a mi entereza. Las paredes familiares de la fortaleza me rodean, pero me siento una extrajera en ellas. Me parece pertenecer más a las ruinas del Castillo Negro que a estos muros.

Helmor aparta finalmente la cortina de plástico y el aire cálido me envuelve al instante.

El olor a tierra húmeda, a hierbas a flores…

Maireen está allí, inclinada sobre una mesa de cultivo. Tiene las manos manchadas de tierra y el cabello recogido de forma caótica. El tiempo no ha pasado por ella.

No se vuelve cuando entramos.

—Cierra la puerta, Helmor —dice—. Estáis dejando escapar el calor.

Helmor obedece.

Maireen se incorpora entonces y se gira.

Sus ojos blancos recorren mi rostro, mi cuerpo, mi postura, mis cicatrices… El silencio dura exactamente dos segundos.

—Tienes un aspecto de mierda.

Helmor carraspea.

Yo no puedo evitar que una sonrisa cansada se me escape.

—También me alegro de verte, Maireen.

Ella se acerca.

No hay delicadeza en su inspección. Me levanta el mentón con dos dedos, observa el ojo muerto, el tatuaje de la mejilla —que tiene forma de lágrima de sangre—, la palidez de mi piel.

—Sí —dictamina—. Mierda absoluta.

—He dejado la mitad de mi vitalidad en las Tierras del Sur.

—Se nota.

Aparta la mano y vuelve a su mesa.

—Quizás pueda ayudarte con eso, pero no esperes milagros. Ya casi no queda materia. —Vuelve a inclinarse entre sus plantas—. ¿A qué has venido?

Saco la pequeña caja de madera del bolsillo de mi capa y me acerco para dejarla sobre la mesa, frente a ella.

Maireen la observa con desconfianza.

—Prometí que volvería a contarte cosas de las Tierras Baldías.

La coge y abre la tapa. En su interior hay polvo rojo oscuro.

Herrumbre.

Su expresión cambia de golpe. Aunque no mucho.

—Interesante —murmura.

Introduce la punta de un dedo y lo frota entre las yemas.

—Ten cuidado —digo—. Es materia corrupta y es más peligrosa de lo que parece.

La duquesa de Maredur resopla.

—Todo lo interesante lo es.

Cierra la caja y regresa a sus plantas.

—Gracias. Promesa cumplida. Aunque no has venido solo a eso.

Respiro hondo.

—Necesito una cosa.

Maireen alza una ceja en señal de sorpresa.

—¿Más? —pregunta sarcástica.

—Quiero que vengas conmigo.

—¿Adónde?

—A Taurenhold.

Maireen se queda quieta.

—Voy a sacar a Camila de allí.

El silencio se instala entre nosotras. Luego ella niega lentamente con la cabeza.

—No.

Frunzo el ceño.

—¿No?

—No puedes hacer eso.

—Claro que puedo. Soy la maldita reina del Oeste.

—No debes.

Me apoyo en la mesa para no perder el equilibrio.

—Todo ha terminado, Maireen. Las Tierras Baldías están libres. El Señor Oscuro ha muerto. He dejado al Ancestral Vaerion en el Sur para restaurar el orden y la paz en ese territorio.

Maireen me mira como si acabara de decir la estupidez más grande del continente.

—Con todo lo que has vivido… y sigues siendo una ingenua.

Helmor se mueve incómodo detrás de mí.

—La oscuridad del mundo no se concentra en un solo hombre —continúa—. ¿Crees que por haber derrotado al Señor Oscuro has terminado con ella?

Se aproxima a mí.

—Has abierto las puertas del único lugar del continente donde quedaba materia… ¿y crees que has establecido la paz?

Sus labios se curvan en una delgada sonrisa.

—No, niña —niega despacio—. La paz es lo único que nos has negado.

Sus palabras me hielan la sangre, pero no las discuto. Quizás porque en el fondo sé que tiene razón.

—Camila está donde tiene que estar —añade.

—Pero es mi hermana.

—Y también es algo más.

Sus ojos se pierden un instante en algún lugar que yo no puedo ver.

—Va a desempeñar un papel importante en el futuro, y ha de permanecer en el Norte. —Suspira—. Déjala donde está.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotras.

Me enderezo y pido la ayuda de Helmor para apartarme. Poco más queda por decir.

Maireen me mira de arriba abajo por primera vez y sonríe de forma distinta. Más enigmática.

—¿Cómo la vas a llamar? —pregunta.

Parpadeo.

—¿A quién?

—A la niña.

Mi mente tarda un segundo en reaccionar.

—¿Cómo sabes que es una niña?

Maireen me mira como si hubiera preguntado por qué sale el sol cada mañana.

—¿De verdad quieres que te responda? —Se limpia las manos manchadas de tierra en el delantal—. Elige bien el nombre. Está llamada a hacer grandes cosas.

Hace una pausa y sus ojos brilla con algo extraño.

—Con una madre descendiente de Aethyron… un padre Ancestral de los bosques… —Exhibe una última sonrisa. Podría parecer tierna si no viniera de ella—. Y habiéndose gestado entre Herrumbre…

El calor del invernadero se vuelve sofocante.

Mis manos se posan instintivamente sobre mi vientre… y siento algo parecido a la esperanza.

Fuera, el viento del mar golpea la fortaleza de Maredur.

El mundo sigue siendo un lugar oscuro. La Herrumbre no ha desaparecido. La guerra quizás tampoco. Y mientras una nueva generación comienza a latir bajo mi corazón, entiendo que la oscuridad nunca desparece del todo.

Sin embargo, tampoco lo hace la luz.

Y a veces basta una sola chispa para volver a encender el mundo.

AGRADECIMIENTOS

Ahora que esta aventura toca a su fin, no puedo por menos que echar la vista hacia atrás y contemplar el camino recorrido: los aprendizajes, las horas de sueño robadas, las ilusiones, las dudas y los miedos.
Y puedo decir, sin lugar a dudas, que esto merece la pena. Que quiero seguir.

Y para ello tengo que agradecer, de todo corazón, a las personas que me han ayudado a que hoy estés leyendo esto.

En primer lugar, a mi marido. Gracias por respetar y apoyar mis silencios y mis ausencias en esta carrera tan solitaria.

A mis chicas de oro: Cristina, May, Mary, Eva, María, Olga, Paula, Shila y Alanna. Gracias por existir. Gracias por el apoyo real, por las risas, las confidencias, la imaginación y las alas. A seguir. Siempre (seguidnos en nuestro Instagram: @chicasdeoro_autoras).

Y, por último, pero no menos importante, a mis padres, por inculcarme este inconmensurable amor por la lectura y las historias fantásticas.

Y a ti, por supuesto.

Este es el último libro de la Trilogía, pero no del Continente. La siguiente historia está a punto de comenzar…